

FRANCISCO
DE HIJO DE INMIGRANTES A
PAPA

ESTHER-MARIE MERZ / MATHILDE SCHWABENEDER

FRANCISCO
DE HIJO DE INMIGRANTES A PAPA

ESTHER-MARIE MERZ / MATHILDE SCHWABENEDER

FRANCISCO
DE HIJO DE INMIGRANTES A
PAPA

Traducción de Susana Carrera Risco



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Francisco
De hijo de inmigrantes a papa

© Esther-Marie Merz / Mathilde Schwabeneder, 2015

Título original en alemán: *Franziskus*

© Styria premium in der Verlagsgruppe Styria GmbH & Co KG,
Viena, Austria, 2013

Traducción al español de Susana Carrera Risco

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2015

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-612-317-113-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-07865

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500317

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Índice

UN PAPA QUE VINO DEL FIN DEL MUNDO / <i>Mathilde Schwabeneder</i>	9
INFANCIA Y JUVENTUD: UNA VIDA PLENA Y MODESTA / <i>Esther-Marie Merz</i>	23
JESUITA Y MAESTRO, MAS NO PROFESOR / <i>Esther-Marie Merz</i>	35
LA DICTADURA MILITAR. «NADIE DEBE LAVARSE LAS MANOS» / <i>Esther-Marie Merz</i>	47
Las turbulencias de la dictadura militar, la iglesia Santa Cruz y Esther Ballestrino de Careaga	47
El caso Orlando Yorio y Francisco Jalics	55
Sospechas, condenas y responsabilidad	60
<i>Alicia Oliveira</i>	60
<i>Miguel La Civita y José Caravías</i>	62
<i>Adolfo Pérez Esquivel</i>	63
<i>Crítica y responsabilidad</i>	66
LADO A LADO. LA LUCHA DIARIA CONTRA LA INJUSTICIA / <i>Esther-Marie Merz</i>	69
AMISTAD Y DIÁLOGO INTERRELIGIOSO / <i>Esther-Marie Merz</i>	89
UN ABUELO SABIO / <i>Mathilde Schwabeneder</i>	101
TIENEN QUE SALIR A LA PERIFERIA / <i>Mathilde Schwabeneder</i>	109
SAN PEDRO NO TENÍA CUENTA BANCARIA / <i>Mathilde Schwabeneder</i>	121
UN JOVEN QUE NO PROTESTA, NO ME AGRADA / <i>Mathilde Schwabeneder</i>	139
SEAN PASTORES CON OLOR A OVEJA / <i>Mathilde Schwabeneder</i>	163

COMENTARIO FINAL DE LAS AUTORAS	177
Esther-Marie Merz	177
Mathilde Schwabeneder	180
Agradecimiento	181
BREVE BIOGRAFÍA DEL PAPA FRANCISCO	183
BIBLIOGRAFÍA	187

UN PAPA QUE VINO DEL FIN DEL MUNDO

«Podría suceder esta tarde», me susurró mi camarógrafo. El cónclave no dura ni veinticuatro horas, pero el evento histórico que aguardamos aviva la hoguera de los rumores. Una elección papal tras la dimisión de un papa: es algo que el mundo nunca antes había presenciado —como tampoco tantos periodistas juntos al mismo tiempo en Roma—. Ha transcurrido un mes desde la impactante decisión del papa Benedicto XVI. Desde entonces, la ciudad se encuentra sitiada por reporteros de los cinco continentes. Todos esperamos el humo blanco.

Reacomodo mi relación personal de favoritos. De mis originalmente veinte minibiografías, selecciono diez. El perfil del papa a ser elegido parece estar claramente delineado —sobre eso existe un consenso entre la mayoría de los colegas alrededor del globo: un hombre lo suficientemente fuerte como para lidiar con los vatileaks y otros escándalos, un padre espiritual, un buen organizador, no europeo y, lo que es muy importante, no mayor de setenta años—.

Una mirada a mi lista y un breve intercambio con un vaticanista romano ratifican un dato: podría ser el arzobispo de Buenos Aires, si su fecha de nacimiento no fuese el 17 de diciembre de 1936. No, el cardenal Jorge Mario Bergoglio pasa a los últimos lugares de nuestra columna. Unas horas más tarde, la historia se encarga de desmentir este cálculo.



Retrato del papa Francisco en su visita pastoral a Corea del Sur. La foto corresponde al 17 de agosto, Día de la Juventud en Asia. Fuente: Servicio de Información y Cultura Coreano, Ministerio de Cultura, Deporte y Turismo.

No es la tarde, es la noche del 13 de marzo de 2013. El anochecer de un día frío y lluvioso. A más tardar a las 7:00 pm debería salir humo de la chimenea ardiente de la Capilla Sixtina en cualquier elección, asegura en sus comunicados de prensa a diarios el vocero del Vaticano, Federico Lombardi. Humo negro o blanco, dependiendo del resultado.

Me ubico en el lugar que me corresponde para la transmisión en vivo. La Plaza de San Pedro lleva horas abarrotada de gente y el suspenso es enorme. Las miradas de todos los presentes se dirigen bajo sus paraguas tercamente hacia arriba.

A las siete y seis minutos sucede finalmente: un grito resuena por encima de la plaza y se introduce en los techos y terrazas desde los cuales los periodistas arrancamos con la transmisión en vivo. Una señal contundente, ya que el humo es blanco: *habemus papam*. Pero, ¿a quién han elegido los 115 cardenales en quinta ronda de votación para que sea el jefe supremo de la Iglesia?

El nombre del sucesor 265 de San Pedro que se da a conocer unos instantes después deja un tanto desorientada a mucha gente. Es un nombre muy poco conocido y acústicamente difícil de entender. Y, sin embargo, la decisión del nuevo hombre del Vaticano de llamarse Francisco, que anuncia el protodiácono, el cardenal Jean-Louis Tauran, desata una reacción de júbilo y entusiasmo en la Plaza de San Pedro. Los comentaristas se agolpan en el lugar.

Incluso en el Twitter, Francisco se convierte de inmediato en el tema dominante. Más de siete millones de tuits en total circulan al respecto el día del cónclave. Inmediatamente después de que el nuevo papa, Francisco, es presentado, la actividad de los tuiteros alcanza su punto más alto: 130 000 tuits por minuto.

Ningún papa se había atrevido a elegir el nombre del gran reformador de Asís hasta ahora, comenta el experto en el Vaticano de *TV 2000*, la emisora de la Conferencia Episcopal Italiana, totalmente sorprendido. Además, apenas unos meses antes, el gurú del Movimiento Cinco Estrellas italiano, Roberto Casaleggio, había escrito en el libro

El grillo canta siempre al tramonto: «No puede ser casualidad que hasta ahora no haya habido ningún papa que se llame Francisco. Nosotros creamos el Movimiento Cinco Estrellas de manera deliberada el día de San Francisco. La política no financiada con fondos públicos. El respeto por la naturaleza y el medio ambiente».

Pero de pronto ahora todo es diferente. Ahora, es el arzobispo de Buenos Aires —el primer jesuita en ocupar el trono de San Pedro— quien eleva los ideales del revolucionario cristiano a la categoría de máxima prioridad de la Iglesia Católica Romana. «Un nombre, un programa», escriben unos días después periodistas de todo el mundo.

El *pobrecito*, como solía ser llamado San Francisco de Asís, actualmente uno de los santos más queridos, fue un renovador en vida. El «loco de Dios» aplicó el Evangelio radicalmente. Hijo de un rico comerciante de telas, nacido en 1182, le puso un espejo al frente a un clero signado por la decadencia moral. Renunció a una vida de privilegio, fundó la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos y reformó con ello la Iglesia desde adentro, la misma que a la sazón —como ahora— enfrentaba una profunda crisis de credibilidad.

¿Y la Iglesia? Durante mucho tiempo le costó aceptar a quien hoy es el santo patrón de Italia, para muchos el santo más importante de la Iglesia Católica Romana.

En su audiencia con los cerca de 6000 periodistas que se encontraban en Roma para cubrir la renuncia del papa Benedicto y la elección del nuevo papa, Francisco se enfrasca unos días después en una conversación franca y abierta con ellos desde el cónclave. Cuando el conteo de los votos «se ponía peligroso» a su favor, el —en las palabras de Francisco— «gran amigo» que estaba sentado a su lado, el cardenal Claudio Hummes, arzobispo emérito de Sao Paulo, alumno de los jesuitas y franciscano, «me confortaba». Y, cuando salieron los dos tercios de los votos, los cardenales aplaudieron, como es habitual, porque ya había papa. «Hummes me abrazó y me dijo: “No te olvides de los pobres”. Y aquello se me grabó: los pobres, los pobres». De inmediato pensó en San Francisco de Asís, comenta.

«Francisco, el hombre de la pobreza, de la paz, el hombre que ama todo lo creado», explicó el flamante papa su muy aplaudida decisión, para finalmente compartir con nosotros, los representantes de los medios, su principal objetivo: «¡Cómo me gustaría tener una Iglesia pobre y para los pobres!».

Ya desde su primera aparición pública se puede apreciar cuán en serio se toma Jorge Mario Bergoglio la humildad y la modestia: enfundado en una sotana blanca pero sin estola, se asoma al balcón de las bendiciones de la Basílica de San Pedro. Lleva en el pecho un sencillo crucifijo de hierro, que ya usaba como arzobispo de Buenos Aires. Con un «*buonasera*», Francisco saluda a los jubilados creyentes en la Plaza de San Pedro y describe en términos sencillos el trabajo de los cardenales. «Sabéis que el deber de un cónclave es dar un obispo a Roma y parece que mis hermanos cardenales han ido a buscarlo al fin del mundo». Ni una sola vez se escucha la palabra «papa» esa noche. Francisco habla más bien del camino de obispo y pueblo juntos, un camino «en hermandad, amor y confianza recíproca». Y les pide a los fieles «un favor». Antes de darles la bendición, «os pido que vosotros recéis al Señor para que me bendiga: la oración del pueblo, pidiendo la bendición para su obispo». Cuando al final les desea las buenas noches y que descansen, ha conquistado ya el corazón de las romanas y los romanos.

Las escenas que presenciamos por todas partes en la Plaza de San Pedro son increíbles. Mujeres y hombres ríen, resplandecientes, se abrazan y emprenden felices la vuelta al hogar. La mayoría de los presentes coincide en que es el inicio de una nueva era.

El punto fuerte de Francisco es su autenticidad. En cada palabra de Francisco aflora la esencia de Jorge Mario Bergoglio. Ni su elección al papado habría de cambiar eso. Lo que en los días siguientes deja estupefacto al conjunto de la prensa internacional, para el exarzobispo de 76 años no es más que la continuación lógica de su vida hasta ahora. Así, para el trayecto a la cena la noche de la elección se niega a tomar una lujosa limusina papal y se sube como hasta ahora en una buseta junto con los demás prelados.

Sentido del humor y dinamismo, refieren luego algunos, serían otras dos cualidades del argentino. Mientras que Joseph Ratzinger, debido a la carga de su mandato, hablaba de una «guillotina», su sucesor irradia una especie de levedad del ser muy propia del sur. Con un «¡Que Dios los perdone por lo que han hecho!» agradece a los cardenales un relajado Francisco durante la cena.

No acaba de instalarse Francisco en el cargo y ya se observa un cambio de estilo en el Vaticano. Benedicto XVI también era un hombre modesto, pero como papa proyectaba externamente la imagen de una Iglesia del siglo diecinueve. Vestía zapatos rojos, ropajes suntuosos e incluso el camauro —un gorro de terciopelo forrado en piel—. El armiño y las telas refinadas no son santos de la devoción de Francisco, sin embargo. Incluso rechazará los zapatos rojos. En un encuentro con seminaristas y novicias en ocasión del «año de la fe», describe una vez más lo que para él significa ser sacerdote. Los hombres de la Iglesia deben ser coherentes con la pobreza, afirma. «A mí me hace mal cuando veo un cura o una monja con un auto último modelo. ¡Eso no está bien!». No es que el papa quiera que se movilicen a pie. «Creo que el auto es necesario, pero tengan uno más humilde. Piensen cuántos niños mueren de hambre». El júbilo no nace de las cosas que se tienen, «del último modelo de los teléfonos inteligentes o del automóvil que se hace notar».

Francisco pone acentos, entonces, desde el principio. Cuando los cardenales presentan sus respetos al flamante papa en la Capilla Sixtina, Francisco no toma asiento en el trono papal, como suele ser la costumbre. Recibe las adhesiones de pie. «Ponerse en el centro a uno mismo, es el mayor peligro para la Iglesia». Esta frase la escucharemos de sus labios en adelante muchas veces.

Francisco mantiene los pies sobre la tierra. Entre tanto, es legendaria su partida de la residencia sacerdotal que habitara en Roma hasta el inicio del cónclave. Empaca sus pertenencias él mismo y cancela su cuenta en la recepción del hotel. Con ello pretendería dar un buen ejemplo a otros sacerdotes y obispos, revela el portavoz del Vaticano, Federico Lombardi.



Los jóvenes argentinos esperan la entronización de Bergoglio, figura popular entre la juventud, como papa. Fuente: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, foto de Nahuel Padrevocchi.

Un huésped del hotel recuerda: «No te dabas cuenta de que era un cardenal. No pedía un auto nunca; tomaba el transporte público o se desplazaba a pie». Era un pasajero normal.

Tan normalmente como sea posible desea seguir viviendo detrás de los muros del Vaticano igualmente. El protocolo establece que debe mudarse a la residencia *Domus Sanctae Marthae* (también conocida como Casa Marta). Cuánto tiempo permanecerá en la habitación 201 depende de cuándo concluyan las obras de restauración de los aposentos pontificios. Estas están listas muy pronto, pero Francisco no hace ningún ademán de abandonar la residencia de Santa Marta. En ella se instalan nuevamente, después del cónclave, sus residentes originales: unos cincuenta prelados que trabajan en la curia de manera permanente. «El papa desea intentar una forma normal de convivencia con otros», reza un comunicado oficial del Vaticano a fines de marzo. A principios de junio, el propio papa Francisco se pronuncia al respecto en un encuentro con 9000 escolares en el Vaticano. A la pregunta de una alumna, «¿Por qué has renunciado a la riqueza, por ejemplo, a vivir en el apartamento apostólico más grande?», Francisco responde: «No es solamente una cuestión de pobreza; para mí es un problema de personalidad. Tengo necesidad de vivir entre la gente. Si viviese solo, estaría un poco aislado y no me haría bien. Esa pregunta me la hizo también un profesor y le dije: es por motivos psicológicos. No puedo vivir solo». Francisco vuelve luego sobre el tema de la pobreza y la riqueza: «La pobreza en el mundo es un escándalo. En el mundo, donde hay tanta riqueza, tantos recursos para dar de comer a todos, no se puede entender cómo hay tantos niños hambrientos, sin educación, ¡tan pobres! La pobreza hoy es un grito. Y debemos pensar si podemos volvernos un poco más pobres».

Francisco permanece entonces en Casa Marta. Toma sus comidas como cualquier persona en el comedor grande, se sienta a la mesa con los otros huéspedes de la residencia, toma el ascensor junto con ellos, habla por teléfono cuando quiere y con quien quiere. Felicita a los viejos amigos por sus cumpleaños, llama a su dentista en Buenos Aires o a las

entidades públicas en Roma. Él decide a quién ver o con quién hablar y no sus secretarios, confía a un amigo. Las prerrogativas de los secretarios papales con frecuencia reducían a los papas a la condición de rehenes. A los encargados de la seguridad les tomará mucho tiempo aún acostumbrarse a este estilo directo y poco curial.

Francisco ocupa las primeras planas casi a todas horas desde un inicio. La mañana siguiente de la elección, abandona el perímetro del Vaticano y se dirige a la Basílica de Santa María la Mayor (Santa Maria Maggiore), la iglesia marianista más grande de Roma. Una vez dentro, el obispo de Roma reza frente a la imagen de la Virgen María venerada por las romanas y los romanos, *Salus Populi Romani* (Protectora del Pueblo Romano), y deposita una sencilla ofrenda floral en señal de agradecimiento. Regresará a la Basílica, apodada también Nuestra Señora de las Nieves, muchas veces: en ella se prepara para su visita a la Jornada Mundial de la Juventud en lo que será su primer viaje al extranjero. A ella acude a su retorno para dar las gracias. El «papa de los pobres» es, como Juan Pablo II, un gran devoto de la Virgen María, lo cual saldrá a flote especialmente en Brasil.

La primera actividad oficial de Francisco tiene que ver, sin embargo, con la colectividad judía de Roma —la mayor comunidad de la diáspora en el mundo—, a la que le escribe una carta tras su elección. «Espero poder contribuir al progreso que las relaciones entre judíos y católicos conocieron a partir del Concilio Vaticano II, en un espíritu de renovada colaboración y al servicio de un mundo que pueda estar cada vez más en armonía con la voluntad del Creador», escribe en la carta personal que le hace llegar al rabino jefe, Riccardo Di Segni, y que es publicada en la página web de la comunidad judía. La carta contiene, además, una invitación a la inauguración de su pontificado. En una entrevista concedida al matutino *Corriere della Sera*, Di Segni se muestra optimista. Dice estar esperanzado y curioso. Señala que los nudos a deshacer en las relaciones entre católicos y judíos son difíciles, algunos quizás imposibles de desatar, pero que lo que cuenta es la buena voluntad del papa.

«Están dadas todas las condiciones para un camino de diálogo común». El rabino jefe acepta la invitación, no sin antes agregar que también Benedicto XVI los había invitado. En aquella ocasión, sin embargo, en 2005, «celebrábamos el *pesaj*» —una de las festividades judías más importantes— y le fue imposible aceptar. Riccardo Di Segni se convierte con ello en el primer rabino jefe de Roma en asistir a la consagración del pontificado de un papa católico romano.

Inmediatamente después de la elección papal, el presidente de Israel, Shimon Peres, invita a Francisco «a visitar Tierra Santa en la primera oportunidad que se presente». Según Peres, la relación entre el Vaticano y los judíos no habría sido muy auspiciosa «en los últimos 2000 años». Espera, sin embargo, que la relación se fortalezca. Peres realizará una visita a Francisco a fines de abril, la misma que genera una gran expectativa.

Ninguna otra persona recibe en estos días una atención mundial como la que concita Francisco. Noticias felices en todos los canales. Modesto, jovial, cercano al pueblo —así lo describen—. Su estilo hace mella incluso en el nuevo gobierno italiano. La presidenta de la cámara de diputados de Italia, la defensora de los derechos humanos Laura Boldrini, rechaza un auto oficial y se traslada a la juramentación a pie y sin protección policial. Su correligionario político, el presidente del senado electo Piero Grasso, una figura clave en la lucha contra la mafia, se aparece en jeans y zapatillas de deporte. El diario romano *La Repubblica* habla de una nueva sencillez, un nuevo «estilo franciscano» en los centros de poder romanos. Un estilo de la Santa Sede que ha calado en las instituciones romanas.

En medio del entusiasmo general, sin embargo, aparecen noticias sobre la conducta de Jorge Mario Bergoglio durante la dictadura militar argentina (1976-1983). Francisco cae en el fuego cruzado de la crítica. Es acusado de no haber asumido una posición claramente contraria al régimen brutal del general Jorge Rafael Videla en la década de los años setenta. Unas 30 000 personas desaparecieron o fueron asesinadas durante

el gobierno del dictador, que se mantuvo en el poder entre 1976 y 1981. Más allá de ello, Bergoglio, a la sazón provincial de la Compañía de Jesús en Argentina, habría estado implicado en el secuestro de dos sacerdotes de su congregación, Franz Jalics y Orlando Yorio, que trabajaban en las villas miseria del sector porteño de Bajo Flores. Ambos fueron secuestrados por los militares en 1976 y liberados recién cinco meses después. El novel papa recibe el respaldo de figuras absolutamente prominentes. El Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, que viaja a Roma en marzo, sale en defensa del pontífice. «Hubo obispos cómplices, pero no Bergoglio», subraya el activista de los derechos humanos, arrestado él mismo en 1977 y víctima de crueles torturas. En términos similares se pronuncia el teólogo de la liberación brasileño, Leonardo Boff. El religioso no encuentra asidero en las acusaciones de una supuesta cercanía del nuevo papa con la otrora dictadura militar argentina. «Al contrario: [él] salvó y escondió a muchos perseguidos por la dictadura militar», declara Boff a la agencia de prensa DPA en Río de Janeiro.

En defensa de Francisco sale también un ex enemigo del régimen dictatorial uruguayo. Gonzalo Mosca fue, según confesión propia, «miembro de un grupo de izquierda» que a menudo se enfrentaba a la dictadura, y su vida corría peligro. Su hermano, un cura jesuita, recurrió al padre Bergoglio en busca de ayuda. Según este recuento, Francisco le prometió ayuda a un Mosca en aquel entonces de veintiocho años y facilitó su huida a la Argentina, para escapar desde ahí a través de Brasil a Europa.

De los dos sacerdotes jesuitas secuestrados en Argentina en 1976, únicamente Franz Jalics estaba vivo cuando Bergoglio fue elegido al pontificado. Orlando Yorio falleció el 9 de agosto de 2000 en Montevideo. Dos días después de la elección, el padre Jalics escribe una carta en la que exculpa al papa.

Viví en Buenos Aires a partir de 1957. En 1974, movido por el íntimo deseo de vivir el Evangelio y de llamar la atención sobre la tragedia de los pobres, con el permiso del arzobispo y del entonces provincial Jorge Mario Bergoglio, y junto con otro hermano de mi congregación, fuimos a habitar en una favela, en un barrio marginal de la ciudad. Desde ahí, proseguimos con nuestra actividad docente en la universidad. En la situación de entonces, o sea, de guerra civil, fueron muertos por la junta militar, en el espacio de uno a dos años, cerca de 30 000 personas, guerrilleros de izquierda y civiles inocentes. Nosotros dos, en el asentamiento marginal, no teníamos ningún contacto ni con la junta ni con la guerrilla. A causa de la falta de información, y de informaciones falsas y tendenciosas, nuestra situación fue interpretada mal, aún dentro de la vertiente intereclesial. En aquel tiempo habíamos perdido contacto con uno de nuestros colaboradores laicos porque se había unido a la guerrilla. Nueve meses después, cuando fue arrestado ese señor, interrogado por los militares, tuvieron conocimiento de que estaba en contacto con nosotros. En la hipótesis de que nosotros también hubiésemos tenido algo que ver con la guerrilla, fuimos arrestados. Después de un interrogatorio de cinco días, el oficial que había dirigido el interrogatorio nos dijo que nos iba a liberar. En sus palabras, «Padres, ustedes de ninguna manera son culpables. Ya les buscaré el modo de que vuelvan a trabajar por los pobres». A pesar del apoyo de esa afirmación, de un modo para nosotros incomprensible nos retuvieron en la cárcel durante cinco meses, encadenados y con los ojos vendados. No puedo tomar ninguna posición con respecto al papel que el padre Bergoglio cumplió en esos acontecimientos. Después de ser liberados, abandoné Argentina. Recién al cabo de varios años tuvimos la oportunidad de hablar con el padre Bergoglio, quien entre tanto había sido nombrado arzobispo de Buenos Aires, sobre lo que había sucedido. Después de ello, celebramos una misa pública y nos dimos un abrazo fraterno. Estoy reconciliado en relación con los hechos y por mi parte lo considero un asunto cerrado. Le deseo al papa Francisco las bendiciones del Señor en el desempeño de su cargo.

Padre Franz Jalics

15 de marzo de 2013¹

¹ Carta extraída de www.jesuiten.org.

El 19 de marzo de 2013, el día de la inauguración del pontificado de Francisco, las sombras del pasado se encuentran nuevamente muy lejos. Francisco ha pedido a sus compatriotas que no viajen a Roma, que donen a obras de caridad el dinero; sin embargo, muchos han viajado. Por todas partes se distinguen banderas argentinas entre la multitud.

Incluso en esta fecha, el día de San José, el santo patrono de la Iglesia universal, Francisco viste su sencilla sotana blanca. 132 delegaciones han llegado a Roma desde todos los rincones del mundo. Francisco pide un favor a los jefes de Estado y de gobierno reunidos, en memoria de «José, a quien Dios confió la misión de ser custodio de María y Jesús»:

Seamos «custodios» de la creación, del diseño de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; ¡no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro! Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad; más aún, ni siquiera de la ternura.

Y dirige su mensaje central a los cientos de miles de fieles que celebran con él: «Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio». Se trata de servir «al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado. ¡Solo el que sirve con amor sabe custodiar!».

A la inauguración del papado del obispo de Roma asisten también representantes de muchas iglesias y colectividades religiosas. Por primera vez en la historia —desde el Gran Cisma de 1054— participa en la ceremonia el patriarca ecuménico de Constantinopla. Bartolomeo I, quien detenta esta investidura desde 1991, hace hincapié en la mejora de las relaciones entre católicos y ortodoxos. El propio patriarca califica de «desarrollo histórico» su decisión de viajar a Roma para el evento.

El cálido abrazo en que se estrechan es interpretado como una importante señal de unión entre las iglesias.

Con la misa empieza el pontificado oficialmente. El primer papa latinoamericano, el primer jesuita en ocupar este cargo en la historia, es a estas alturas poco menos que un desconocido en el Vaticano. El vocero de la Santa Sede, Federico Lombardi, jesuita como Francisco, admite en una conversación haber visto a Jorge Mario Bergoglio una sola vez antes del cónclave.

Ser un extraño en el Vaticano supone para Francisco a la vez un riesgo y una oportunidad.

INFANCIA Y JUVENTUD: UNA VIDA PLENA Y MODESTA

«La que me enseñó a rezar fue mi abuela»

Papa Francisco

Los boletos para la travesía a la Argentina en el lujoso transatlántico Principessa Mafalda estaban comprados. Para Giovanni Angelo Bergoglio el viaje a Sudamérica junto a su esposa, Rosa Margarita Vasallo, y su hijo, Mario Giuseppe Francisco, debía empezar en octubre de 1927. Sus tres hermanos ya habían abandonado Italia y se habían labrado una existencia en Argentina, en aquel entonces lugar de destino de muchos inmigrantes italianos. Giovanni Angelo echaba tanto de menos a sus hermanos que decidió dejar su hogar en la región piamontesa, al norte de Italia, para sentarse a la mesa con la familia en Argentina. Quiso la burocracia, sin embargo, que él y su familia no pudieran embarcarse en el Principessa Mafalda —algunos documentos de viaje fueron expedidos muy tarde—. Y así, el barco de pasajeros zarpó del puerto de Génova el 11 de octubre de 1927 sin ellos. Por suerte, ya que el 25 de octubre de 1927 el suntuoso transatlántico naufragó en el trayecto de Génova a Buenos Aires, frente a las costas de Brasil. Más de 1000 personas se encontraban a bordo; 312 perdieron la vida.

En enero de 1929 llegó por fin el ansiado día, y para Giovanni Angelo Bergoglio y su familia empezó la añorada travesía a Sudamérica a bordo del Giulio Cesare. La abuela del hoy papa, Rosa Margarita Vasallo, había cosido todos sus ahorros en el forro de un abrigo de piel y se negó a quitárselo —pese a las altas temperaturas estivales—



Jorge Mario Bergoglio, aún cardenal de Buenos Aires, estrecha la mano del político argentino Mauricio Macri en la misa anual por la educación. 18 de abril de 2012. Fuente: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, foto de Sandra Hernández.

al arribar al puerto de Buenos Aires. El papa Francisco contó esta anécdota en una de las pocas entrevistas que concediera como arzobispo de Buenos Aires.

En 1931, Argentina padecía una severa crisis económica. La nueva vida que se habían construido los hermanos Bergoglio en la ciudad de Paraná, al norte de Buenos Aires, se fue por la borda. Tuvieron que venderlo todo para sobrevivir, desde el palacio que habitaban los tres hermanos con sus familias, que bautizaron como Palacio Bergoglio, hasta el panteón familiar en el cementerio. Tras la muerte del hermano mayor de Giovanni, Angelo Bergoglio, a manos del cáncer y el traslado del menor de ellos a Brasil, Giovanni decidió mudarse a la capital, Buenos Aires. Con ayuda de un préstamo, pudo adquirir un pequeño almacén. Su hijo, Mario Giuseppe Bergoglio, padre del papa actual, tenía en ese tiempo veintitrés años y buscaba un empleo tras haberse recibido de contador.

Los padres del papa Francisco se vieron por primera vez en 1934, durante un servicio religioso en una iglesia del barrio bonaerense de Almagro. Se casaron un año después. El 17 de diciembre de 1936, Regina María Sívori trajo al mundo a su primogénito. Jorge Mario Bergoglio fue el mayor de cinco hermanos. De sus cuatro hermanos, Oscar, Marta, Alberto y María Elena, la única aún con vida es su hermana menor.

María Elena Bergoglio vive en Ituzaingó, una pintoresca localidad a unos sesenta kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Durante los primeros días y semanas posteriores al 13 de marzo de 2013, la fecha de la elección del papa, la callecita Darragueyra se convirtió en una suerte de punto de encuentro para un enjambre de periodistas nacionales y extranjeros. Desde entonces, un auto policial se encuentra estacionado en la intersección de dos calles, un posible indicio de que ahí podría vivir la hermana del papa. El número es el 785, no hay en la puerta una placa con el nombre y las cortinas están corridas. El sonido del timbre es sofocado por enérgicos ladridos. Un hombre joven nos abre la puerta —es el sobrino de Jorge Mario Bergoglio—.

Es un día frío y nublado. La fuerte humedad ya ha sentado sus reales en el salón de la casa de María Elena Bergoglio. Envuelta en un grueso poncho, María Elena comenta: «Hace un frío fuera de lo común, ¿verdad?». Una gran mesa de madera ocupa el centro de una habitación que funge de sala y comedor. Un par de sillones sencillos, una pequeña cómoda sobre la cual reposan varias fotos familiares enmarcadas y una pequeña mesa esquinera que soporta un viejo televisor engalanan la habitación. De la pared, de aspecto frío y húmedo, cuelga un cuadro de grandes dimensiones en el que aparece retratado el papa Francisco, con una sonrisa radiante, sobre un fondo celeste. «Me lo trajeron unos amigos de Roma», explica María Elena orgullosa, aunque con un ligero tono de disculpa.

Cuando le informó a su hermano que quería viajar a Roma para la consagración de su papado, este le habría dicho: «Vas a verme y tenerme más si sigues la ceremonia por televisión. No va a haber tiempo para



María Elena Bergoglio, hermana del papa. Foto de Esther-Marie Merz.

estar juntos en estos días». María Elena Bergoglio no viajó a Roma. Todos los sábados habla por teléfono con su hermano mayor. Son momentos en los que pueden hablar de todo. Momentos que aprovechan dos hermanos para ponerse al día con sus vidas.

La última vez que se vieron fue en la Nochebuena de 2012. Antes de partir para Roma a fines de febrero de 2013, su hermano la llamó por teléfono para despedirse. «Hasta dentro de dos semanas», le dijo. Las cosas habrían de tomar un curso diferente, y ahora no saben cuándo se verán de nuevo. María Elena comenta: «Yo lo extraño mucho. Hasta ahora los periodistas casi no me han dejado tiempo para procesar todo lo que ha pasado». Y entonces la emoción la vence y rompe a llorar.

María Elena tiene 65 años; era la benjamina de la familia Bergoglio. Tiene pocos recuerdos de una vida en común con su hermano mayor. Refiere que él se mudó a vivir al seminario de Villa Devoto en Buenos Aires cuando ella tenía nueve años. Permanece en silencio un minuto, durante el cual parece perderse en sus recuerdos de infancia. Entonces dice: «Jorge era muy alegre; estaba siempre de buen humor» y, casi con orgullo, añade: «Siempre tuvo un instinto protector muy marcado».

Pese a la distancia geográfica que separó durante toda su vida a los dos hermanos, Jorge Mario Bergoglio cultivó siempre un estrecho contacto epistolar con su hermana pequeña. En una de sus cartas, recuerda María Elena, él le pidió que lo apoyara en su labor sacerdotal. Le dijo que debía estar agradecida por no tener que pasar hambre o frío —a diferencia de tantas otras personas—. Además, le pidió rezar el rosario todos los días, y ella le hizo caso. Hasta el día de hoy, apunta María Elena, guarda las cartas de su hermano.

Los Bergoglio eran una familia muy unida. Tanto para su hermano mayor como para la propia María Elena, la abuela, Rosa María Vasallo, jugó un papel especialmente importante. Pasaban mucho tiempo en casa de los abuelos, explica María Elena, y describe a su abuela como una persona menuda, de temperamento fuerte y con mucha energía, características siempre emparejadas con una gran dulzura.

Rosa María Vasallo jugó un papel primordial en la vocación religiosa de su nieto. Fue su abuela la que le enseñó a rezar, confía Jorge Mario Bergoglio a su amigo Abraham Skorka. Le cuenta cómo su abuela a menudo le recitaba versos de chico que hasta el día de hoy no ha olvidado. Por ejemplo: «Hombre, tú que pasas, detén tu paso y piensa, de tus pasos, el último paso».

Su abuela le inculcaba también la conciencia de que todo termina, que todo hay que dejarlo bien. «Para la vida cristiana, la muerte tiene que ser una compañía en el camino. En mi caso, por ejemplo, pienso todos los días que voy a morir. No me angustio por eso, porque el Señor y la vida me dieron preparación».

Rosa María Vasallo no solo le enseñó a su nieto a rezar, también le contaba a menudo historias de santos de la religión católica. Y luego María Elena revela una de las especialidades culinarias de su abuela: calamares rellenos. Confiesa que sigue siendo su plato favorito, y que su hermano lo prepara como nadie: «¡A Jorge le salen riquísimos!».

Apreciar el valor de las cosas fue siempre una prioridad en la educación de los niños Bergoglio. María Elena asegura que nunca les faltó nada, pero que aprendieron de sus padres a ser cuidadosos con las cosas y a no desechar nada que pudiera tener algún uso. Añade que su mamá convertía las sobras de la comida del día anterior en una nueva receta al día siguiente, porque a su padre no le gustaba comer dos días lo mismo.

Los padres del papa, Mario Giuseppe Bergoglio y Regina María Sívori, no solo enseñaron a sus cinco hijos a ser cuidadosos con el dinero, les inculcaron también la importancia de la educación y el amor al trabajo. Bergoglio recuerda en el libro *El jesuita* cómo su padre, el mismo día que terminó la escuela primaria, le dijo: «Mirá, como vas a empezar el secundario, conviene que también comiences a trabajar; en las vacaciones te voy a conseguir algo». Y así, Jorge Mario Bergoglio empezó a trabajar a los trece años en una fábrica de medias, primero haciendo la limpieza y luego junto a su padre en la parte administrativa.

Fue una época valiosa para su formación, refiere el papa actual. El trabajo y la educación acompañarían la vida del joven Bergoglio también en el futuro. Cuando a los diecisiete años empezó su formación de técnico químico, por las mañanas trabajaba en un laboratorio y por las tardes asistía a clases hasta las 8:00 pm. Bergoglio manifiesta en el libro *El jesuita*: «Le agradezco tanto a mi padre que me haya mandado a trabajar. El trabajo fue una de las cosas que mejor me hizo en la vida. Es que, en última instancia, el trabajo unge de dignidad a una persona». Y luego esgrime el ejemplo del inmigrante europeo que llegaba en aquellos tiempos a América Latina, muchas veces sin nada, y cómo, a punta de lucha y de trabajo, «hacía la América». Bergoglio advierte, sin embargo, que con el hijo o el nieto puede empezar la decadencia si no está educado en el trabajo. Por eso, dice, cuando era joven «los inmigrantes no toleraban al hijo o al nieto vago».

La humildad fue otra virtud que inculcó el jefe de la familia, Mario Giuseppe Bergoglio, a sus hijos, aparte del amor al trabajo y la educación. «Cuando vayas subiendo, saluda a todos. Son los mismos que vas a encontrar cuando vayas bajando. No te la creas». Estas palabras de su padre acompañan a Jorge Mario Bergoglio hasta hoy.

Néstor Carabajo es un antiguo compañero de estudios de Bergoglio. Cursaron juntos el secundario en una escuela técnica. «Para esa época, a los catorce, quince años, [Jorge] ya era militante religioso. Nadie sabe bien por qué terminó estudiando química, porque él era bueno en literatura, en psicología y en religión», relata Carabajo a los medios de prensa argentinos. Los amigos jugaban y discutían sobre fútbol. Con frecuencia era el joven Bergoglio el que organizaba los equipos y decidía el enfoque estratégico de los partidos. Aunque no era el mejor jugador, indica su amigo Carabajo, destacaba como líder del equipo. En el vecindario no era raro que rompieran uno que otro vidrio, admite Carabajo entre risas, para luego acotar: «Jorge era un líder pero de perfil bajo, como hoy lo ve el mundo».

Tras la elección del papa en marzo de 2013, en Buenos Aires apenas parece haber alguna persona que no tenga una anécdota personal que contar con Bergoglio —por ejemplo, Amalia—. A los reporteros, que no escatiman esfuerzos para desempolvar hasta el último secreto de la vida de Jorge Mario Bergoglio, y ante un gran número de cámaras, una Amalia de 76 años detalla en la puerta de su casa que el papa Francisco habría sido su primer amor de juventud. Eran del mismo barrio y ambos tenían doce años. Según Amalia, el adolescente Jorge Mario Bergoglio le habría escrito una carta: «Si no me caso con vos, me hago cura». Siempre según su relato, el adolescente habría dibujado una casa blanca con techo rojo con una inscripción encima: «Esta casita es la que te voy a comprar cuando nos casemos». Sin embargo, los afanosos hombres y mujeres de prensa nunca han tenido acceso a la carta. Su padre se habría opuesto a ese amor de juventud, asegura Amalia.

En una conversación con Abraham Skorcka que aparece en el libro *Sobre el cielo y la tierra*, Jorge Mario Bergoglio sostiene que nunca se le cruzó por la cabeza casarse. Sin embargo, hubo una muchacha que conoció en el casamiento de un tío cuando era seminarista a quien no podía borrar de su pensamiento. Y entonces Bergoglio le confiesa a su amigo: «Me sorprendió su belleza, su luz intelectual... y, bueno, anduve boleado un buen tiempo y me daba vueltas en la cabeza. Cuando me disponía a rezar, aparecía la chica en mi cabeza. Tuve que pensar la opción [de hacerse sacerdote] otra vez. Volví a elegir el camino religioso. Sería anormal que no pasara este tipo de cosas».

Ocurrió el 21 de setiembre de 1954, el inicio de la primavera en Buenos Aires, una fecha que el papa jamás olvidará. Estudiaba en la escuela secundaria industrial de la que posteriormente se recibiría como perito químico. Ese día quería ir con su amigo a una fiesta de primavera, cuando pasaron por la Basílica de San José en el barrio de Flores. De pronto sintió un impulso irrefrenable de entrar y confesarse. En una entrevista radial concedida antes de partir para Roma, Bergoglio cuenta a fines de febrero de 2013 que nunca llegó a la fiesta de primavera, porque Dios fue ese día más rápido:

Ahí se me dio por entrar, sentí que tenía que entrar. Esas cosas que vos sentís adentro que no sabés por qué son... Y miré... y veo que venía un cura caminando que yo no conocía, no era de la iglesia. Y se sienta en uno de los confesionarios. El último confesionario a la izquierda, mirando al altar. Sentí como si alguien me hubiera agarrado de adentro y me hubiera llevado al confesionario. No sé lo que pasó. Evidentemente le conté mis cosas, me confesé, pero no sé lo que pasó y cuando terminé le pregunté al padre de dónde era. Me dijo: «Soy de Corrientes y vengo a celebrar misa aquí, en la parroquia, de vez en cuando». Tenía un cáncer, una leucemia, y murió al año siguiente. Y ahí sentí que tenía que ser cura, pero no dudé, eh, no dudé.

Hoy se estacionan unos buses turísticos blancos de gran tamaño delante de la iglesia de Flores. De ahí salen los «papa tours» que ofrece la ciudad de Buenos Aires a quien desee hacer un recorrido tras las huellas del papa Francisco. A poca distancia de la Basílica de San José, en la calle Membrillar, una placa de latón en la casa que lleva el número 531 anuncia que aquí vivió una vez la familia Bergoglio. En esta casa se recogió un Jorge Mario Bergoglio de diecisiete años después de sentir el llamado de Dios aquel 21 de setiembre de 1954. En un primer momento, no habla con nadie sobre lo que le ocurrió ese día de primavera. Mucho tiempo después, Bergoglio cuenta en una entrevista que vivió los años siguientes en una especie de «soledad pasiva». Una soledad desde la que debía tomar por sí mismo una decisión de suma importancia.

Dos años después, Bergoglio tenía el diploma de técnico químico en el bolsillo y manifestó a sus padres su deseo de estudiar medicina. Su madre, Regina, se alegró con la noticia e incluso le acondicionó un cuarto de estudio en la casa, recuerda su hermana María Elena. Un día, su madre entró en la habitación para limpiarla y se encontró con una sorpresa. En vez de libros de medicina, había sobre su escritorio libros de teología y filosofía. Al preguntarle a Jorge por qué le había mentado diciendo que quería estudiar medicina, el joven respondió: «No te menté,

mamá. Voy a estudiar medicina del alma». Su madre se habría quedado muy triste ese día.

En 1957, Bergoglio comunicó finalmente a sus antiguos compañeros de estudios y amigos del vecindario su decisión de ingresar al sacerdocio. Muchos se alegraron por él, otros se lamentaron de que el trato entre ellos ya no fuera a ser el mismo y algunas chicas incluso lloraron, recuerda Alba Colonna. Ella formaba parte del grupo de amigos de Bergoglio. Refiere que era un joven muy educado y reservado que siempre iba vestido de traje e invitaba a las chicas a bailar tango. Era un gran bailarín de tangos y le gustaban mucho, refiere Alba Colonna.

Sin embargo, antes de ingresar al noviciado de los jesuitas el 11 de marzo de 1958, Bergoglio enfermó a los veintinún años de una grave afección pulmonar; una experiencia que en retrospectiva no haría sino reafirmarlo en su fe. Por esa época cursaba estudios en el seminario de la arquidiócesis de Buenos Aires. Sus compañeros seminaristas recuerdan esa época: «Lo visitábamos en los ratos libres y pasábamos parte del día con él e incluso a veces nos quedábamos a dormir en el hospital. Y sufríamos mucho por él», relata Bonet Alcón, de 82 años, en una entrevista.

La salud de Bergoglio se deterioró gravemente. Los médicos le detectaron tres quistes. Decidieron realizar una intervención quirúrgica que es considerada innecesaria hoy por la medicina moderna y le extirparon una parte del pulmón derecho infectado. Una intervención peligrosa que hubiera podido evitarse tomando antibióticos.

Bergoglio describiría años más tarde los intensos dolores sufridos y haber sentido algo similar a una barra de hierro que le perforaba el tórax. Volando en fiebre, le preguntó a su madre qué le ocurría, pero su madre no pudo responder la pregunta. Un día lo visitó en su lecho de enfermo una religiosa, la hermana Dolores, que lo había preparado para la primera comunión años atrás, y le dijo: «Con tu dolor, lo estás imitando a Jesús». Esta frase, narraría Bergoglio años después, le dio mucha paz y le ayudó a entender el significado del dolor. Más adelante teorizaría sobre el dolor en el libro *Sobre el cielo y la tierra*:

El dolor no es una virtud en sí mismo, pero sí puede ser virtuoso el modo en que se lo asume. Nuestra vocación es la plenitud y la felicidad y, en esa búsqueda, el dolor es un límite. Por eso, el sentido del dolor uno lo entiende en plenitud a través del dolor de Dios hecho Cristo.

Desde su elección al papado, observa María Elena Bergoglio, su hermano parecería cobrar cada día más fuerza, energía y alegría de vivir. Confiesa que al principio le preocupaba que las tareas y responsabilidades que recaerían sobre su hermano pudiesen debilitar su salud, pero que habría sucedido exactamente lo contrario. Una prueba, según María Elena Bergoglio, de que su hermano se encontraba en Roma en el lugar adecuado, pese a que nunca imaginó que un día se convertiría en el primer papa latinoamericano.

JESUITA Y MAESTRO, MAS NO PROFESOR

«Siempre la educación supone un desequilibrio. Uno empieza a caminar cuando nota lo que le falta, porque si no le falta algo no camina».

Jorge Mario Bergoglio, *El Jesuita*

A la localidad de San Miguel se accede en tren desde Buenos Aires. El trayecto hasta el colegio de los jesuitas es como una pequeña vuelta al mundo. La línea de ferrocarril San Martín —bautizada así en honor del libertador argentino, general José de San Martín— se inscribe dentro de las más modernas de Argentina. Son las 9:00 de la mañana. El tren ya salió de Buenos Aires. Un vendedor ambulante avanza a empujones entre los pasajeros, que viajan apretujados, y pregona a viva voz las bondades de sus productos: «Pañuelitos de papel de doble hoja, extra suaves para la nariz delicada, dos paquetes por cinco pesos». Un viajero no quiere desaprovechar la oferta y demuestra interés. Obtendrá un precio especial si compra tres paquetes. De pronto, el tren frena bruscamente en un tramo abierto. Las madres sujetan a sus hijos, un hombre que lee el periódico pierde el equilibrio y evita caer, amortiguado por los cuerpos de otros pasajeros. Lentamente y a empujones, el tren se pone en marcha nuevamente. Tres cuartos de hora después, ingresa finalmente en una pequeña estación. El nombre San Miguel se lee fugazmente por las ventanas. La odisea ha terminado. El andén se llena de pasajeros con aspecto agotado. Junto a ellos, ambulantes locales se ponen en fila a paso ligero, siempre a la caza del próximo cliente.

Jorge Mario Bergoglio recorrió este tramo muchas veces cuando visitaba el colegio jesuita de San Miguel desde Buenos Aires. Un autobús lo llevaba los últimos cinco kilómetros entre la estación de tren y los portales del imponente edificio, construido en 1930.

Un esplendoroso cielo azul le da la bienvenida al viajero y un suave viento lo invita a llenar sus pulmones de aire fresco, lejos de los gases tóxicos de la gran ciudad. De las copas de empinadas palmeras emergen unos chillidos penetrantes. Pequeños loros verdes elevan el vuelo incansables desde las tupidas hojas de las palmeras, solo para volverse a posar sobre ellas al poco rato.



Oficiando una misa en la Plaza de la Constitución. Fuente: Asociación La Alameda.

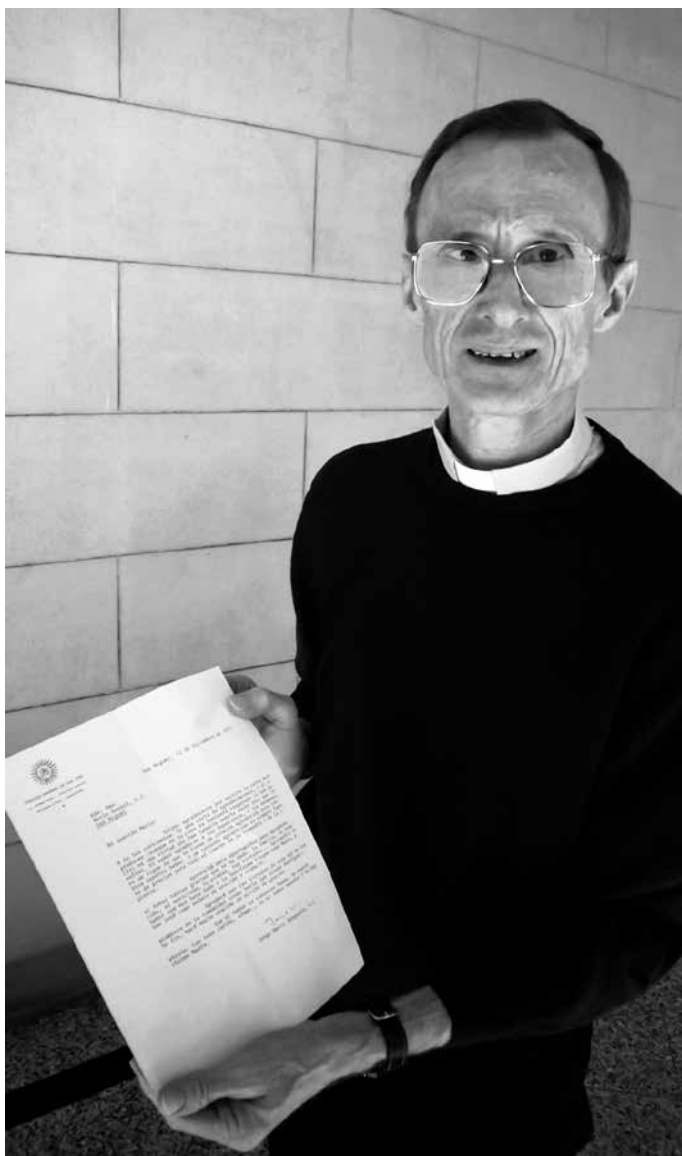
Mario Rausch vive aquí desde 1977. Nació en la provincia argentina de Entre Ríos. De allí lo enviaron al noviciado del colegio jesuita ese año, a estudiar teología y filosofía. «Vas a sufrir aquí», fueron las palabras del provincial, para poner a prueba al joven de veintitrés años y darle una

oportunidad para meditar una vez más su decisión de encomendarse al sacerdocio. Pero Mario Rausch respondió calmado: «Eso no me importa». Esto convenció al provincial y futuro rector del colegio. «Con la mayor alegría te damos la bienvenida a nuestra congregación», le dijo Jorge Mario Bergoglio.

Este hecho sucedió 36 años atrás. En aquellos tiempos, Mario Rausch no imaginaba que la amistad que se forjaría con el correr de los años entre él y su provincial y posteriormente rector habría de despertar el interés de tantos periodistas. Desde el 13 de marzo de 2013 funge de guía una y otra vez para reporteros internacionales y sus equipos de camarógrafos, a quienes acompaña en un recorrido por los austeros y altos pasillos y habitaciones del colegio de la Compañía de Jesús. Estos, con ojos curiosos, intentan captar cada detalle que pudiera revelarles un dato adicional sobre el pasado del papa Francisco.

Diez días después de la primera aparición pública internacional de Bergoglio como primer papa argentino, Mario Rausch recibió una llamada telefónica. Era el 23 de marzo, el día de su cumpleaños. La secretaria contestó el teléfono. Al otro lado de la línea se identificó un tal «Jorge», que quería hablar con el hermano Mario. Preciso que era una llamada personal. Sin embargo, la recepcionista le reconoció la voz de inmediato y anunció, no a «Jorge», sino al papa, según cuenta hoy, orgullosa. «Me llama cada año por mi cumpleaños», explica Mario Rausch. Y, como todos los años, también esta vez la conversación no duró ni dos minutos. Al despedirse, el papa le pidió a su amigo que rezara por él. El jesuita añade que, como ahora es papa y por lo tanto tiene mayores responsabilidades, con mayor razón siente el deber de apuntalarlo con sus oraciones.

El 11 de marzo de 1958 un joven Jorge Mario Bergoglio ingresó al noviciado de los jesuitas. En 1960, luego de hacer sus primeros votos de pobreza, castidad y obediencia, fue enviado a Chile, donde estudió humanidades y dictó clases a estudiantes de tercero y cuarto. Muy pronto, sus superiores se percataron de su talento para la docencia. Y se hizo evidente que, detrás del en apariencia tímido Bergoglio,



El sacerdote Mario Rausch muestra una carta que le envió su amigo y maestro, Jorge Mario Bergoglio, en 1979. Foto de Esther-Marie Merz.

se escondía un joven despierto y muy inteligente, siempre preocupado por el bienestar de los demás. «Cuando te dispones a hacer algo, él ya lo hizo dos veces», era por entonces un comentario asiduo sobre Bergoglio, comenta Mario Rausch.

Jorge Mario Bergoglio culminó sus estudios de filosofía en 1963 en el Colegio Máximo de San Miguel —en un tiempo en que los exámenes todavía se rendían en latín y los seminaristas debían hablar latín entre ellos en los recreos—. En 1980, no habían pasado veinte años cuando fue nombrado rector. Bergoglio fue responsable de la formación de los jesuitas hasta 1986. Su otrora alumno, Mario Rausch, observa: «Es una persona muy positiva y recalca siempre que lo principal era ver lo positivo en los demás. Si lo olvidábamos, nos amonestaba».

La llave gira con dificultad en la cerradura. Tras varios intentos, Mario Rausch logra abrir finalmente la puerta. Un pequeño letrero nos hace saber que estamos en la oficina del rector. Un escritorio de grandes dimensiones, de madera maciza, ocupa un gran espacio al interior de la habitación. Sobre el tablero reposan un teléfono con marcador circular y una pequeña lámpara, al costado asoma un cartapacio de cuero. Mario Rausch explica: «Esta habitación está vacía en este momento. Desde que Jorge Mario Bergoglio fue elegido papa, es como si se hubiera mudado a vivir nuevamente aquí —al menos para los cuantiosos periodistas—». Su rostro adquiere una vaga expresión de comprensión.

Una butaca, igualmente de madera maciza oscura, un radiador y una biblioteca constituyen todo el mobiliario de esta imponente habitación. Un rayo de luz se abre paso a través del postigo a medio abrir de la ventana e ilumina un sencillo crucifijo que cuelga de la pared. Entonces, Mario Rausch abre una segunda puerta de madera y proclama: «Este era el dormitorio del papa». Una habitación sin ventana de apenas diez metros cuadrados se descubre ante la mirada del visitante, en su interior una cama simple, un velador y sobre él una lámpara sin bombillo que actualmente incumple su función. Contra la frugal pared opuesta, un ropero y una silla.

Entre el lugar de descanso y el ambiente de trabajo no median ni diez pasos. Trabajo y estudio son los elementos predominantes en estos aposentos. Una tercera puerta conduce a un pequeño cuarto de baño. Las mayólicas reflejan un estilo moderno de otros tiempos. Al abandonar las habitaciones, una última mirada busca frenéticamente algún detalle personal que suponga una señal inequívoca de que el papa vivió aquí alguna vez. La búsqueda permanece infructuosa. Pero las apariencias engañan, pues la evidencia se encuentra en cada uno de los detalles descritos. Mario Rausch cierra la puerta y señala: «El hermano Jorge es una persona que siempre celebró y vivió una vida simple, de trabajo, en la austeridad». Y, luego de una breve pausa, agrega: «Bergoglio fue mi provincial, mi maestro, mi rector; pero en primer lugar fue el formador de mi corazón». La explicación de esta frase la brinda el propio Bergoglio en una entrevista concedida a la periodista argentina Francesca Ambroghetti. A la pregunta sobre las prioridades de la educación, responde que el punto de partida de la educación debe ser el amor. Y luego añade:

Cuando se quiere educar solamente con principios teóricos, sin pensar en que lo importante es quién tenemos enfrente, se cae en un fundamentalismo que a los chicos no les sirve de nada, ya que ellos no asimilan las enseñanzas que no están acompañadas con un testimonio de vida y una proximidad.

Esta cercanía emocional la percibieron sus alumnos en todo momento, de lo cual da fe Mario Rausch: «Se mostraba siempre asequible. Parte de nuestra formación consistía en sostener conversaciones regulares con él, en las que debíamos hacer una especie de acto de conciencia. Y él siempre se las ingeniaba para hacernos sentir emocionalmente cuidados y comprendidos. Era respetuoso con las personas y estricto en sus convicciones, que explicaba y transmitía. Y nunca faltaba una necesaria dosis de humor. Le encanta reír y hacer reír a los demás». Y entonces Mario Rausch, visiblemente conmovido, se sumerge en sus recuerdos, que no hacen sino confirmar que Bergoglio, en sus épocas de

rector del colegio, estaba siempre dispuesto a dar una mano cuando se requería: «Iba los domingos, después de misa, a la cocina del colegio para colaborar en lo que hiciera falta».

En el libro *Sobre el cielo y la tierra*, que reproduce una serie de conversaciones entre Jorge Mario Bergoglio y su amigo, el rabino Abraham Skorka, entre otras cosas sobre el tema de la educación, el otrora preceptor explica la diferencia entre un maestro y un profesor:

Hay una diferencia entre ser profesor y ser maestro. El profesor da fríamente su materia, mientras que el maestro se involucra. Es profundamente testimonial. Hay coherencia entre su conducta y su vida. No es un mero repetidor de la ciencia, como el profesor. Hay que ayudar a los hombres y a las mujeres para que sean maestros, para que sean testigos, esa es la clave de la educación.

En 1963 Jorge Mario Bergoglio fue destacado a la provincia de Santa Fe para dar clases en el colegio Inmaculada Concepción de Santa Fe, el colegio jesuita más antiguo de Argentina, como parte de su formación sacerdotal. En 1610, los jesuitas construyeron una escuela primaria en ese lugar, cinco años después introdujeron la educación secundaria y desde 1873 fue posible cursar ahí también estudios superiores.

El español San Ignacio de Loyola fundó la Compañía de Jesús en 1540. Muy pronto, la orden ocupó un espacio importante en el sistema educativo europeo. El trabajo de las misiones jesuíticas los llevó al Nuevo Mundo. En 1585 llegaron a la Argentina desde el Perú. En el norte del país, cuya población está mayoritariamente compuesta por la etnia indígena guaraní, establecieron un gran número de centros educativos y las llamadas reducciones. Estas eran misiones que los aborígenes podían habitar para protegerse de los traficantes de esclavos y los encomenderos españoles, y en donde aprendieron a vivir de la agricultura, principalmente del cultivo del árbol de yerba mate. Los guaraníes consumían yerba mate sobre todo por sus propiedades estimulantes y supresoras del hambre. Fueron los jesuitas los que cultivaron extensas plantaciones de yerba mate en Paraguay

y en el norte de Argentina. La comercialización de la yerba mate, que se extendió hasta Uruguay y Brasil, propició un ciclo de bonanza económica en toda la región. Muy pronto, la yerba mate pasó a ser conocida también como «la yerba de los jesuitas».

En menos de dos siglos la región había experimentado un notable desarrollo. Los guaraníes no solamente habían aprendido diversos oficios, contribuyendo con ello al auge económico de la zona, sino que también produjeron importantes pintores, músicos y artistas. Los guaraníes y los descendientes de inmigrantes españoles, los criollos, desarrollaron una relación constructiva, y ambas culturas se fueron mimetizando. La Corona española no vio con buenos ojos este desarrollo, sin embargo. En 1767, los jesuitas fueron expulsados de Argentina por orden del rey de España, Carlos III. Presionado por las casas reales europeas, en 1773 el papa Clemente XIV decretó la supresión de la Compañía de Jesús. Recién en 1814, tras la caída de Napoleón, el papa Pío VII restituyó la orden.

Por esas fechas, Argentina era gobernada por un dictador, el general Juan Manuel de Rosas, quien autorizó el regreso de los jesuitas al país. La idea era encargarles la educación de las nuevas generaciones. Sin embargo, cuando los jesuitas se percataron de la creciente influencia política que el general Rosas pretendía ejercer sobre los contenidos educativos, se negaron a ello, lo cual dio lugar a su segunda expulsión. Los jesuitas regresaron al país recién en 1852, tras el derrocamiento de Rosas. Actualmente hay 2447 jesuitas en actividad en América Latina, 197 de ellos en la región de Argentina y Uruguay.

La formación jesuita puede durar hasta trece años y se caracteriza por la alternancia entre la teoría y la práctica. En 1963, un Jorge Mario Bergoglio de veintisiete años fue enviado a Santa Fe como parte de su formación sacerdotal, para ejercer la docencia por espacio de dos años —el llamado magisterio—. Enseñó literatura y psicología en el secundario del colegio Inmaculada Concepción de Santa Fe.

Uno de los alumnos de Bergoglio de esa época es el periodista y escritor argentino Jorge Milia. Ambos mantienen un estrecho contacto

hasta ahora. Milia recuerda cómo su otrora profesor de literatura lograba entusiasmar a los alumnos por su materia, que en un primer momento se pintaba aburrida para estos jóvenes de diecisiete años. Pero Milia estaba entre aquellos que se dejaron entusiasmar por Bergoglio con relación a esta disciplina y participó en las horas de clase adicionales que este ofrecía para los alumnos interesados.

El hoy abogado José María Candiotti es otro exalumno de Bergoglio que guarda vívidos recuerdos de la creatividad de su entonces profesor de literatura. Este habría sido un maestro muy exigente y habría hecho un esfuerzo tremendo para despertar la vocación artística, literaria, en los alumnos, sostiene en una entrevista.

El joven profesor Bergoglio se las ingenió para invitar a prestigiosos escritores argentinos, por ejemplo María Esther de Miguel o María Esther Vázquez, a sus clases de literatura. En 1965, Bergoglio sorprendió a sus alumnos en clase con un invitado especial: el escritor argentino de renombre internacional Jorge Luis Borges (1899-1986). Por espacio de cinco días, los alumnos pudieron asomarse a la mirada literaria de uno de los escritores latinoamericanos más ilustres. A principios de la semana, Borges dictó un seminario sobre literatura gauchesca, seguido por un concurso de relatos breves que fue la culminación del encuentro. Se seleccionaron los mejores textos de los jóvenes estudiantes y así nació el libro *Cuentos originales*, que fue prologado por Borges. Bergoglio es hasta el día de hoy un ferviente admirador de Borges, quien por intermedio de la revista *Sur*, fundada en 1931 en Buenos Aires, se abocó principalmente al intercambio cultural entre América Latina y Europa. Jorge Luis Borges falleció en 1986 en Ginebra, donde están sepultados sus restos.

Sin embargo, el compromiso del profesor Bergoglio con el concurso de relatos breves de sus alumnos no terminó con la publicación del libro. Escribió una carta al entonces director del diario de mayor circulación regional, que se editaba en la ciudad vecina de Paraná, solicitando que publicara un artículo sobre el libro de sus alumnos.

Nuestro deseo es hacer destacar los aciertos y valores de esta obra que se ha constituido en un best-seller en Santa Fe. Sería para nosotros una satisfacción si usted se dignara publicarla por intermedio de su distinguido diario y un honor, no exento de gratitud, si se diera a conocer en la ciudad de Paraná por intermedio del mismo.

Una vez finalizado su periodo como maestro, Jorge Mario Bergoglio retornó en 1967 a San Miguel, donde se graduó de teólogo de la Facultad de Teología del colegio jesuita de San José. El 13 de diciembre de 1969 —cuatro días antes de cumplir 33 años— Bergoglio fue ordenado sacerdote. Grande fue su sorpresa cuando al final de la ceremonia se encontró con su madre, Regina María Sívori, quien le pidió de rodillas la bendición. Un momento emotivo para madre e hijo pues, de todos los miembros de la familia, a ella le costó más aceptar que su hijo mayor optara por el sacerdocio.

Su abuela también estuvo presente ese día. Fue ella la que le enseñó a rezar el rosario de niño y le contaba historias de santos. En una de las pocas entrevistas radiales que dio Bergoglio durante su gestión como cardenal en Buenos Aires, relata que de niño pasaba muchísimo tiempo en casa de sus abuelos.

Fue también de su abuela de quien el joven Bergoglio aprendió su primera devoción religiosa. Cuando comunicó a su familia su deseo de ser sacerdote, ella le dijo: «Si Dios te llama, bendito sea. Pero, por favor, no te olvides de que las puertas de la casa están siempre abiertas y de que nadie te va a reprochar nada si decidís volver». Las palabras de su abuela significan mucho para él hasta hoy, tanto es así que el papa Francisco la cita en su homilía del Domingo de Ramos el 24 de marzo de 2013:

Miremos a nuestro alrededor: ¡cuántas heridas inflige el mal a la humanidad! Guerras, violencias, conflictos económicos que se abaten sobre los más débiles, la sed de dinero, que nadie puede llevárselo consigo, lo debe dejar. Mi abuela nos decía a los niños: «El sudario no tiene bolsillos». Amor al dinero, al poder, la corrupción, las divisiones, son crímenes contra la vida humana y contra la creación.

Los ancianos, que en la sociedad actual a menudo son descartados como fuente de conocimiento y experiencia y depositados en un geriátrico, comportan para Jorge Mario Bergoglio una de las fuentes de aprendizaje más importantes que el ser humano tiene a su disposición. En el libro *Sobre el cielo y la tierra*, Abraham Skorka y Bergoglio conversan sobre la ancianidad. Bergoglio sostiene lo siguiente:

El anciano es el transmisor de la historia, el que nos trae los recuerdos, la memoria del pueblo, de nuestra patria, de la familia, de una cultura, de una religión... El viejo nos transmite una herencia. Esa es una de las acciones más fuertes de la ancianidad. Ha vivido mucho y, aunque lo haya hecho como un cretino, merece una consideración seria. Cuando creemos que la historia empieza con nosotros, empezamos a no honrar al anciano.

María Elena Bergoglio, la hermana del papa, once años menor que él, recuerda cómo su hermano en los últimos años, después de oficiar la misa de Nochebuena en la catedral de Buenos Aires, se encaminaba a la residencia de sacerdotes ancianos. Prefería acompañar a sus correligionarios en la residencia de ancianos esa noche que celebrar con la familia. «Así es él», desliza María Elena, y añade con orgullo: «siempre preocupado por la gente que más lo necesita. No sería mi hermano si hubiese hecho otra cosa en Nochebuena».

Cuando Bergoglio realizó el cuarto y último voto de los jesuitas —de obediencia especial al papa— en 1971, ni por asomo sospechaba que este sería el voto que sentaría los rieles para su camino a Roma. El jesuita que eligió una vida de austeridad al servicio de los más necesitados y que privilegió siempre la docencia y el trabajo, nunca tuvo la ambición de ser papa, refiere María Elena Bergoglio. Puntualiza que, cuando el papa Juan Pablo II lo nombró obispo auxiliar de Buenos Aires, su hermano se limitó a obedecer el cuarto voto que hiciera como jesuita.

Tanto la hermana de Bergoglio como Mario Rausch añoran la presencia y el diálogo que sostenían regularmente con «Jorge». Para ellos,

el papa Francisco seguirá siendo por sobre todas las cosas el hermano y amigo. Mario Rausch guarda cuidadosamente las tarjetas de Navidad y algunas cartas de Bergoglio y en ocasiones las relee —le dan fuerzas, aclara—. También María Elena Bergoglio conserva las cartas de su hermano. Hay una que le escribió en 1960 que atesora especialmente. Se la mandó desde Chile, donde el joven novicio hacía sus primeras experiencias como maestro. Una carta en la que compartía con su hermana, a la sazón de doce años, sus reflexiones sobre la pobreza, y que constituye una prueba de que, ya en sus años mozos, Bergoglio era un convencido de la importancia de la educación, en especial la educación religiosa.

Te voy a contar algo: yo doy clases de religión en una escuela a tercer y cuarto grado. Los chicos y las chicas son muy pobres; algunos hasta vienen descalzos al colegio. Muchas veces no tienen nada que comer, y en invierno sienten el frío en toda su crudeza. Tú no sabes lo que es eso, pues nunca te faltó comida, y cuando sientes frío te acercas a una estufa. Te digo esto para que pienses... Cuando estás contenta, hay muchos niños que están llorando. Cuando llueve y hace frío, muchos están viviendo en cuevas de lata y a veces no tienen con qué cubrirse. Los otros días me decía una viejita: «Padrecito, si yo pudiera conseguir una frazada, ¡qué bien me vendría! Porque de noche siento mucho frío». Y lo peor de todo es que no conocen a Jesús. No lo conocen porque no hay quién se lo enseñe. ¿Comprendes ahora por qué te digo que hacen falta muchos santos?

LA DICTADURA MILITAR. «NADIE DEBE LAVARSE LAS MANOS»

LAS TURBULENCIAS DE LA DICTADURA MILITAR, LA IGLESIA SANTA CRUZ Y ESTHER BALLESTRINO DE CAREAGA

Era el único lugar donde se sentían seguras y sentían que podían hablar libremente, organizarse y apoyarse entre sí. Es el lugar de donde fueron secuestradas el 8 de diciembre de 1977. Y es el lugar donde fueron a parar sus restos en 2005, el lugar de su último descanso: la iglesia de la Santa Cruz, en el barrio porteño de San Cristóbal.

En esta iglesia se reunieron y organizaron en un primer momento las madres cuyos hijos fueron secuestrados y en su mayoría asesinados durante la dictadura militar argentina (1976-1983). La iglesia es el lugar que vio nacer a la organización de derechos humanos Madres de la Plaza de Mayo. Las madres de los jóvenes secuestrados se reunían en la plaza ubicada delante de la sede del gobierno, la Casa Rosada, donde marchaban en silencio para expresar su protesta por desconocer la suerte de sus hijos. Las reuniones en emplazamientos públicos durante la dictadura militar estaban prohibidas, por lo que las Madres no se detenían nunca, desfilando en círculos alrededor de la plaza, incansables.

Desde el 30 de abril de 1977 hasta hoy, las Madres aún vivas marchan todos los jueves alrededor de la Plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada, portando fotografías de sus hijos e hijas desaparecidos. Nos recuerdan que aún no se ha esclarecido el destino de miles de argentinos que cayeron

víctimas de la dictadura. En medio del gentío que circula por la zona apurado sobresalen por los pañuelos blancos que cubren sus cabezas. Estos pañuelos blancos son su sello y estaban hechos originalmente del material de los pañales de tela que sus hijos habían usado de bebés. Su intención es resaltar el dolor por la pérdida de sus hijos.

Quien en aquella época hacía muchas preguntas o exigencias y expresaba su descontento con el régimen, se exponía al riesgo de ser también secuestrado. Así, algunas Madres sufrieron la misma suerte que sus hijos desaparecidos. Tres sencillas lápidas recuerdan hoy, en el pequeño jardín de la iglesia, a las mujeres y madres secuestradas, torturadas y asesinadas. Una de ellas es Esther Ballestrino de Careaga. Su lucha empezó aquí mismo, en la iglesia de la Santa Cruz.

De las 177 iglesias católicas que existen en Buenos Aires, la iglesia Santa Cruz es conocida principalmente por su excepcional historia. Fue construida por inmigrantes irlandeses en 1884. Hasta 1945 los servicios religiosos se oficiaban en inglés únicamente. Desde 1962 la iglesia ha representado siempre un espacio para la discusión de temas controvertidos al amparo de sus paredes. Las bancas de la iglesia están dispuestas en círculo para facilitar el diálogo. Durante el Concilio Vaticano II (1962-1965) se realizaron en este lugar debates entre feligreses en torno a la apertura de la Iglesia Católica. En la casa de Dios de Santa Cruz se promueve una cultura del intercambio permanente de ideas y la libre comunicación, y en ella los teólogos de la liberación, con sus ideologías teológicas, despertaron un gran interés entre los católicos creyentes. La teología de la liberación se desarrolló en América Latina a partir de los años sesenta con base en la teología cristiana, con miras a defender los derechos de los pobres. Se basa parcialmente en las ideas políticas sobre movimientos de liberación impulsadas por Karl Marx, en el sentido de que respalda los movimientos revolucionarios —en caso necesario, incluso la lucha armada— y critica las instituciones tradicionales de la Iglesia.

En aquel tiempo, es decir, a principios de los años sesenta, el joven Jorge Mario Bergoglio era novicio y estudiaba filosofía y teología

en el Colegio Máximo San José de San Miguel, una pequeña localidad a una hora de distancia del gran Buenos Aires. Ahí conoció, en 1962, a los jesuitas Orlando Yorio y Francisco Jalics, que fueron secuestrados y torturados durante la dictadura militar. Ambos pertenecían desde 1972 al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

Jorge Mario Bergoglio había recibido el sacramento del sacerdocio el 13 de diciembre de 1969 y completado sus estudios de teología en 1970. Las ideas del teólogo Lucio Gera habían ejercido una fuerte influencia sobre él. Este era el fundador de la «teología del pueblo», una variante argentina de la teología de la liberación cuyos fundamentos desarrolló Gera junto con el padre jesuita Juan Carlos Scannone. Si bien hacían suyas las ideas libertarias, se remitían con mayor énfasis a las tradiciones de la religiosidad popular y sus potencialidades para la igualdad de derechos. Bergoglio tomó de Lucio Gera y Juan Carlos Scannone el concepto de que la Iglesia debía estar claramente del lado de los pobres, reivindicar los derechos de los pobres y fomentar su participación en la Iglesia y en la sociedad. En 2012, el cardenal Bergoglio ordenó que Lucio Gera fuera sepultado en la cripta de la catedral de Buenos Aires.

Juan Carlos Scannone desarrolló una estrecha amistad con Bergoglio. Hoy recuerda el día en que le dio su primera clase de griego a un Bergoglio de dieciocho años y también el día en que asistió, unos años después, a la primera homilía del recién consagrado sacerdote. Cuando Bergoglio fue nombrado superior provincial de los jesuitas, en julio de 1973, a la temprana edad de 37 años, residía con Juan Carlos Scannone y los jesuitas Orlando Yorio y Francisco Jalics en el Colegio Máximo San José de San Miguel. El colegio jesuita fue fundado en 1932 y funcionó desde entonces también como un santuario de retiro espiritual, lejos de la vorágine de la gran ciudad y de los problemas de una gran metrópolis como Buenos Aires, de varios millones de habitantes —un refugio que especialmente en los años setenta ofreció protección a mucha gente perseguida por la dictadura—.

Por espacio de seis años (hasta 1979), Jorge Mario Bergoglio dirigió la Orden de la Compañía de Jesús en Argentina. Una época turbulenta, durante la cual el país se escindió crecientemente en dos bandos. El gobierno militar, en el poder desde 1966 bajo la égida de los generales Juan Carlos Onganía, Marcelo Levingston y Alejandro Lanusse, se vio confrontado por una creciente oposición, que se había formado entre las más diversas agrupaciones sociales. Los sindicalistas desafiaban a las empresas haciendo huelga y los estudiantes salían a las calles a exigir reformas a nivel universitario, democrático y de modernización social. Sus facciones más radicales se organizaron en grupos revolucionarios.

Uno de los dirigentes estudiantiles de aquella época, y miembro fundador de la Unión Nacional de Estudiantes, es el hoy cientista político Julio Bárbaro. En su pequeño apartamento del distrito residencial porteño de Recoleta, recuerda cómo los estudiantes y trabajadores proclamaban la lucha armada y exigían una reestructuración socialista de la sociedad, la desaparición del latifundio y mejores condiciones de vida para las clases bajas. Al igual que muchos de sus compañeros de armas, Julio Bárbaro fue secuestrado durante el régimen militar que se mantuvo en el poder entre 1976 y 1983 e interrogado bajo tortura. Bárbaro admite que los tiempos han cambiado, pero afirma seguir siendo un ferviente admirador de Karl Marx.

Julio Bárbaro estuvo presente el 20 de junio de 1973, cuando el expresidente Juan Domingo Perón regresó a la Argentina después de dieciocho años en el exilio. Según Bárbaro, todas las esperanzas de encontrar una salida a una situación política cada vez más complicada y de reconciliar a un país dividido bajo una sola línea común peronista estaban cifradas en Juan Domingo Perón. Añade que la política del justicialismo (peronismo), que Perón había puesto en marcha desde mediados de los años cuarenta junto a su esposa, Eva (conocida como «Evita»), y por la cual incluso Jorge Mario Bergoglio había mostrado un gran entusiasmo en sus años mozos, ya no existía más en su forma original. Veinte años después, sostiene, las necesidades y demandas políticas y sociales de la sociedad argentina habían cambiado.

Es así que el peronismo se dividiría a principios de la década del setenta en dos facciones. De un lado estaba la izquierda peronista, que luchaba por una Argentina socialista y contra el poder de la clase alta dominante y los grandes latifundistas. Y en el otro bando estaba la derecha peronista —formada por representantes del aparato partidario y sindical y a la cual pertenecía Perón—, que representaba la tradición autoritaria y conservadora del justicialismo. El 23 de setiembre de 1973, Juan Domingo Perón asumió finalmente una vez más la conducción del Estado. Sin embargo, incluso el patriarca fundador del peronismo fracasó en el intento de reconciliar a ambas facciones.

En mayo de 1974 se produjo un rompimiento definitivo y los grupos peronistas de izquierda pasaron a la clandestinidad. Jorge Mario Bergoglio era ahora, desde hacía casi un año, provincial de los jesuitas en Argentina. Se avecinaban tiempos difíciles —incluso al interior de la orden—. En ese contexto, el trabajo de los religiosos Orlando Yorio y Francisco Jalics como «sacerdotes para el tercer mundo» en los barrios marginales de Buenos Aires generó roces al interior de la congregación. Fue criticado y rechazado, especialmente por las corrientes jesuitas conservadoras argentinas.

La muerte de Juan Domingo Perón, el 1 de julio de 1974, llevó a una escalada de la situación. Su tercera esposa, María Estela Martínez de Perón, más conocida como Isabel Perón, asumió el manejo del Estado, flanqueada por peronistas de derecha que, junto con los responsables de las fuerzas de seguridad, fundaron la Alianza Anticomunista Argentina, más conocida como la Triple A, una suerte de escuadrón de la muerte. Mientras los peronistas de izquierda, denominados «montoneros», atentaban contra la vida de funcionarios peronistas de derecha, la Triple A recibía luz verde de los peronistas de derecha para secuestrar montoneros, interrogarlos bajo tortura y aniquilarlos. Entre 1974 y 1975 los enfrentamientos armados se cobraron la vida de 2500 personas. Tan solo a la Triple A se le atribuyen 2000 homicidios. Una de sus víctimas fue el padre Carlos Mugica. Este era un apasionado defensor de la teología de la liberación, así como —a diferencia de Bergoglio— un convencido de la legitimidad de empuñar

las armas en casos extremos por los derechos de los pobres. Carlos Mugica se describía a sí mismo como un peronista convencido del ala de izquierda, según refiere su amigo y compañero de ruta Julio Bárbaro.

Perón y su política, que por sobre todo estableció nuevos derechos para los trabajadores, no pasaron sin dejar huella por la vida del joven Jorge Mario Bergoglio. A principios de los años cincuenta, durante su formación como perito técnico, trabajó en un laboratorio químico de la empresa Hickethier-Bachmann de Buenos Aires, donde su jefa fue Esther Ballestrino de Careaga. Esta había fundado el Movimiento Feminista, de corte socialista, en su Paraguay natal, y se vio obligada a huir de la dictadura militar de ese país. En Buenos Aires, le enseñó a un joven Bergoglio el guaraní, la segunda lengua oficial de Paraguay. Como militante política, lo introdujo además a la literatura comunista.

Dos veces fue amonestado el joven Jorge Mario Bergoglio durante su época estudiantil por llegar a clases portando un prendedor con el escudo justicialista en el uniforme escolar. En ese tiempo estaba prohibido llevar cualquier clase de distintivo político en el centro de estudios. Una prohibición que un joven Bergoglio, que se interesaba por la política, eligió ignorar. Años después, se refirió en una entrevista para el libro *El jesuita* a su entonces jefa, Esther Ballestrino de Careaga, como una mujer extraordinaria, que le había enseñado, entre otras cosas, la seriedad del trabajo. En dicha entrevista, enfatizó que le debía mucho a esa gran mujer. Esther Ballestrino de Careaga y Jorge Mario Bergoglio habrían de encontrarse nuevamente mucho tiempo después, en los años setenta, durante la dictadura militar.

El 24 de marzo de 1976, Argentina sufrió un nuevo golpe militar. Isabel Perón fue derrocada y huyó rumbo al exilio en España. Jorge Mario Bergoglio era a la sazón provincial y por lo tanto responsable de 166 sacerdotes, 32 hermanos jesuitas y veinte estudiantes en Argentina. Julio Bárbaro describe lo difícil que fue ese periodo. Refiere que el país estaba tan dividido que cualquiera que no apoyara a los militares solo podía ser un subversivo. Al final, ambos bandos se enfrentaron a los sectores que

deseaban permanecer neutrales. Y Bergoglio representaba a un sector que estaba abiertamente en contra de la violencia de las agrupaciones revolucionarias —y también en contra de la represión militar—.

En aquellos tiempos difíciles, el joven sacerdote y provincial recibió una llamada de su otrora jefa en el laboratorio químico, Esther Ballestrino de Careaga, quien le pidió que administrara los santos óleos a su suegra, próxima a fallecer. Algo sorprendido por este pedido, dado que sabía que Esther no era creyente, Bergoglio accedió. Para entonces, la junta militar ya había secuestrado, torturado y dejado en libertad cinco meses después a la hija embarazada de Esther Ballestrino de Careaga, de diecisiete años. Tras poner a su hija a buen recaudo en Brasil, Ballestrino de Careaga —contra todas las advertencias— reanudó su lucha y volvió a marchar todos los jueves junto a otras madres frente a la sede del gobierno. Ella sabía que hacerlo entrañaba un riesgo. Cuando Bergoglio acudió a su casa para administrar los santos óleo a su suegra, Esther Ballestrino de Careaga le pidió ayuda. Tenía que esconder algunos libros que habían sido declarados «literatura subversiva» por la dictadura militar. Si alguien tenía en su poder las obras de Karl Marx, o incluso *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry, era considerado sospechoso y podía ser detenido simplemente por esa razón.

La lucha de Esther Ballestrino de Careaga llegó abruptamente a su fin el 8 de diciembre de 1977. Frente a la iglesia Santa Cruz había dos Ford Falcon verdes estacionados, recuerda el hoy sacerdote Carlos Saracini. La misa acababa de terminar cuando cuatro mujeres fueron introducidas a empujones en los Ford Falcon por hombres armados, a plena luz del día. Una de ellas era Esther Ballestrino de Careaga.

El 22 de diciembre de 1977, varios cadáveres aparecieron varados a orillas del Río de la Plata, en la zona sur de Buenos Aires. La autopsia arrojó como causa de muerte contusiones por una caída de gran altura. Los cuerpos fueron enterrados en una fosa común. Recién en 2005 los restos pudieron ser parcialmente identificados: entre ellos estaba el cadáver de Esther Ballestrino de Careaga. Esther fue víctima de los llamados

«vuelos de la muerte» que sobrevolaban el Río de la Plata. Los detenidos eran torturados, sedados con narcóticos y arrojados luego con vida al río.

Fue el cardenal Bergoglio quien acogió el pedido de los deudos y autorizó que los restos de las mujeres secuestradas fueran sepultados en



Retrato del papa Francisco. Fuente: Agência Brasil.

la iglesia Santa Cruz el 24 de julio de 2005. En 2008, la iglesia porteña de la Santa Cruz fue declarada monumento histórico.

EL CASO ORLANDO YORIO Y FRANCISCO JALICS

«Bergoglio hizo todo lo posible para liberar a los hermanos de su orden», dice el jesuita Juan Carlos Scannone en alusión a Jorge Mario Bergoglio, provincial de la Compañía de Jesús en tiempos de la dictadura militar. Prosigue su relato señalando que por entonces había publicado unos textos sobre la «teología del pueblo» y mantenía una estrecha amistad con Orlando Yorio, quien era un férreo defensor de la teología de la liberación. «Trabajábamos juntos en las villas miseria. Jorge [Bergoglio] estaba preocupado por nosotros y nos aconsejó varias veces que no regresáramos de noche solos al colegio jesuita, porque era peligroso. Todo el tiempo desaparecían personas, secuestradas por la Triple A».

El riesgo era de todos conocido: cualquiera que trabajara en los barrios marginales se hacía sospechoso de «actividades subversivas», es decir, de apoyar agrupaciones extremistas de izquierda, a los ojos del gobierno militar. Cuando el padre Carlos Mugica fue asesinado, el 11 de mayo de 1974, para Bergoglio fue evidente que los jesuitas Orlando Yorio y Francisco Jalics debían suspender su labor pastoral en el asentamiento marginal 1-11-14, en el barrio porteño de Bajo Flores, si no querían exponer sus vidas a graves peligros y sufrir la misma suerte que Mugica. Así, exhortó a ambos sacerdotes en repetidas ocasiones a abandonar su trabajo en la villa miseria, después de que ambos se mudaran a vivir cerca del lugar. Por razones de seguridad, Bergoglio les ofreció readmitirlos en la orden de la Compañía de Jesús. Ninguno de los dos accedió a la propuesta de Bergoglio ni aceptó su oferta de regresar al Colegio Máximo de San Miguel, recuerda Rodolfo Yorio, el hermano de Orlando.

Esta diferencia de opinión entre Bergoglio y los dos sacerdotes hizo que el primero explicara claramente a Yorio y Jalics que debían buscar un obispo que les diera protección, ya que no obstante sus repetidas

advertencias habían decidido continuar su actividad pastoral en la villa miseria. La orden de la Compañía de Jesús no los podría seguir apoyando. Más allá de ello, el provincial les hizo saber que no estaba de acuerdo con la motivación política de su trabajo. Temía que se vinculara a la orden con la teología de la liberación, que para el gobierno militar era una filosofía subversiva. El otrora dirigente estudiantil peronista Julio Bárbaro, que tuvo varias oportunidades de conversar con Bergoglio sobre el tema religión y política, explica: «Para Bergoglio no cabía duda de que, desde el punto de vista de la fe, la religión y la política debían mantenerse separadas».

Fue la máxima autoridad jesuita en aquel entonces, el padre Pedro Arrupe, superior general de la congregación en España, quien finalmente conminó a Yorio y a Jalics a elegir entre la orden de la Compañía de Jesús y «su proyecto» en la villa miseria. Pero ni Jalics ni Yorio pudieron encontrar un obispo que los recibiera, con lo cual dejaron de estar vinculados a una institución religiosa al amparo de la cual hubiesen podido manejarse.

Para el hermano de Orlando Yorio no cabe duda de que los informes que dio Bergoglio sobre ambos jesuitas marcaron la pauta para que ningún obispo quisiera recibirlos. Con ello, Bergoglio los habría dejado sin protección y a merced de la arbitrariedad de los militares, asegura Rodolfo Yorio. Aspira nerviosamente el humo de su cigarrillo y mira constantemente a su alrededor, observando a los peatones que circulan apurados. Entonces prosigue: «Para mí no cabe duda de que Bergoglio jugó un doble juego. Hacia afuera se las dio de protector con su advertencia, pero en realidad los traicionó». Rodolfo Yorio lleva años luchando por conocer la verdad, ya que hasta ahora no se sabe cuál fue la razón del secuestro de su hermano Orlando.

El domingo 23 de mayo de 1976, trescientos policías y efectivos militares fuertemente armados rodearon la vivienda donde residían los sacerdotes Francisco Jalics y Orlando Yorio, no lejos del asentamiento humano 1-11-14. Poco después, Bergoglio recibió una llamada informándole que los dos jesuitas habían sido secuestrados por la junta militar.

En el marco de la causa contra los crímenes en tiempos de la dictadura militar, la justicia argentina interrogó por primera vez al cardenal Jorge Mario Bergoglio en noviembre de 2010, en calidad de testigo. Con voz calmada y haciendo una cuidadosa selección de sus palabras, Bergoglio respondió las preguntas del abogado de la acusación, Luis Zamora, y del juez Germán Castelli. Aquí un extracto del acta judicial:

Abogado: ¿Cómo tomó conocimiento del secuestro?

Bergoglio: A las doce del mediodía me llamó una persona del barrio, que no conocía. Me dijo pasó esto. Que había habido una redada y habían llevado presos a los sacerdotes... a muchos laicos...

Abogado: ¿No le preguntó quién era, quién llamó?

Bergoglio: No. Frente a un *shock* así, lo menos que se le ocurre a uno es preguntar quién es usted.

Juez: Después de conocer la noticia, ¿qué hizo?

Bergoglio: Me empecé a mover, a hablar con sacerdotes que suponía que tenían acceso a policías. Nos movimos en seguida.

Juez: ¿Obtuvo alguna información diferente a la que le habían brindado en un primer momento?

Bergoglio: Me confirmaron lo que había pasado, y que no sabían dónde estaban. Después empezó a decirse que habían sido efectivos de la marina, a los dos o tres días.

Juez: ¿Trasladó la noticia? ¿La puso en conocimiento de la jerarquía eclesial?

Bergoglio: A todos los miembros de la Compañía de Jesús, inmediatamente. Y recurrí al arzobispado. Era un domingo, así que el lunes o martes. También a la nunciatura apostólica.

Juez: ¿Eso motivó alguna gestión diferente?

Bergoglio: Sí. De hecho me reuní dos veces con el comandante de la marina en ese momento, Massera. La primera vez me escuchó y me dijo que iba a averiguar. Yo le dije: «Mire, estos padres no tienen que ver con nada raro». Quedó en contestar. Como no contestó, al cabo de un par de meses pedí una segunda entrevista, mientras hacía otro tipo de gestiones. Era casi seguro que los tenían ellos.

La segunda entrevista con Massera fue muy fea. No llegó a los diez minutos. Él me dijo: «Bueno, mire, lo que pasa es que yo ya le dije a Tortolo [presidente del episcopado]. Yo le dije: “Mejor dirá a Monseñor Tortolo, ¿no es cierto?”. Y luego añadí: “Bueno, mire, Massera, yo quiero que aparezcan”, me levanté y me fui».

Monseñor Adolfo Servando Tortolo era arzobispo de la provincia de Entre Ríos y persona de extrema confianza del presidente de la República, el general Jorge Rafael Videla, durante la dictadura militar. En 1975, el papa Paulo VI nombró a Tortolo obispo castrense de Argentina. Falleció en 1998, a los 86 años de edad.

Cinco meses permanecieron secuestrados los dos jesuitas en manos de las fuerzas armadas. En un primer momento, en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA), el mayor centro de detención y tortura de la dictadura, y luego en una casa en las afueras de Buenos Aires. Durante los primeros cinco días, fueron torturados repetidamente. Se les mantuvo con los ojos vendados, pues no debían ver a sus torturadores. Ambos estuvieron engrillados y casi sin poder moverse. Para el abogado querellante, Luis Zamora, no cabe ninguna duda de que Jorge Mario Bergoglio tiene parte de la responsabilidad por la situación que sufrieron Yorio y Jalics. Sostiene que, con el pretexto de la desobediencia, Bergoglio les habría retirado la protección de la Iglesia a ambos padres, que no quisieron dejar su trabajo en el Bajo Flores, con lo cual habrían quedado librados a su propia suerte. Bergoglio siempre ha negado estas acusaciones de manera rotunda.

Dos veces fue a ver el joven provincial de la orden de los jesuitas, Bergoglio, al entonces presidente, Jorge Rafael Videla, para interceder por la liberación de ambos curas, Yorio y Jalics. La segunda visita se llevó a cabo bajo un pretexto. Para obtener acceso al domicilio privado del entonces dictador, Bergoglio se contactó con el capellán militar que oficiaba la misa regularmente en la residencia de Videla. Acordaron que el religioso fingiría una repentina enfermedad y propondría a Bergoglio como su remplazo para celebrar la misa. Y fue así que el provincial ofició

la misa en presencia de toda la familia Videla. Al final, Bergoglio pidió al general una entrevista privada, que aprovechó para interceder por los religiosos plagiados.

En octubre de 1976, al cabo de cinco meses, Jalics y Yorio fueron abandonados, desnudos e inconscientes, en un descampado en las afueras de Buenos Aires. La primera persona con quien Orlando Yorio tomó contacto en ese momento fue su superior, Bergoglio, relata su hermano Rodolfo. Bergoglio no quiso saber detalles sobre su paradero, según declaraciones de Rodolfo Yorio. En vez de ello, les dijo que permanecieran con sus familias y aguardaran instrucciones. Con ayuda de la nunciatura y del provincial de los jesuitas, Orlando Yorio y Francisco Jalics lograron finalmente salir del país. Mientras que Orlando pasó algún tiempo en Estados Unidos y luego se trasladó a Uruguay, donde falleció en 2010, Jalics partió con destino a Alemania, país donde reside hasta hoy.

Años después, Francisco Jalics y Jorge Mario Bergoglio se reencontraron en Buenos Aires. Hablaron de los hechos que tuvieron lugar durante la dictadura y celebraron juntos una misa en Buenos Aires. Después que Bergoglio fuera elegido papa y el pasado resurgiera para acecharlo, Jalics dio a conocer su posición respecto de lo sucedido, por medio de una carta publicada en la página inicial del portal web de la Compañía de Jesús. En ella, recapituló los hechos y aseguró estar reconciliado con los sucesos y considerar el asunto cerrado. Le deseó al nuevo papa la bendición de Dios en su pontificado.

Cerca de 30 000 personas fueron asesinadas durante la dictadura militar, según informaciones de las organizaciones de derechos humanos. La suerte de muchas de ellas nunca fue esclarecida. Tiempo después, la Conferencia Episcopal Argentina pidió disculpas públicamente por no haber hecho lo suficiente para defender los derechos humanos.

En 2007, un sacerdote fue sentenciado por primera vez a cadena perpetua por su implicación en violaciones de los derechos humanos: el capellán de la policía Christian von Wernich fue hallado culpable de participar en siete homicidios, 31 casos de tortura y 42 secuestros.

La conducta de Bergoglio durante la dictadura militar es cuestionada hasta hoy. Como superior de la Compañía de Jesús, Bergoglio era responsable de la protección de sus hermanos jesuitas. Una vez le confesó a su amigo Juan Carlos Scannone que le alegraba que ningún jesuita hubiera sido asesinado por la junta militar durante su gestión como provincial. Juan Carlos Scannone es enfático en afirmar que para él es un hecho que Bergoglio nunca se coludió con los militares. En el libro *El jesuita*, Jorge Mario Bergoglio refiere: «Hice lo que pude, con la edad que tenía y las pocas relaciones con las que contaba, para abogar por personas secuestradas. Con frecuencia me reprocho no haber hecho lo suficiente».

SOSPECHAS, CONDENAS Y RESPONSABILIDAD

Alicia Oliveira

«Una sola vez el cardenal Bergoglio me levantó la voz. No nos poníamos de acuerdo y ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer». Federico Wals es vocero de prensa del arzobispado de Buenos Aires. La relación de trabajo con su otrora jefe, Jorge Mario Bergoglio, era muy estrecha y rara vez tuvieron discrepancias. Esta vez, sin embargo, Federico Wals no compartía la opinión de su jefe. En 2010, las acusaciones contra el cardenal Bergoglio se acumulaban en los medios de prensa argentinos. Se le acusaba de colaborar con la junta militar entre 1976 y 1983. Cuando Federico Wals notó que el semblante del cardenal se ensombrecía cada vez más, le suplicó que rompiera su silencio. Pero Bergoglio opinaba diferente. Federico Wals recuerda el altercado y lo que le dijo a su jefe: «Si hay personas que pueden atestiguar que usted las ayudó en esa época, las apoyó o incluso les salvó la vida, ¿por qué no les pedimos que declaren a los medios? La respuesta de Bergoglio fue un rotundo no, que pronunció levantando la voz. No quería pedirle a nadie que declarara a su favor». Tras una breve pausa, Federico Wals continúa su relato: «Y nadie lo pudo convencer de lo contrario».

Una de estas personas que hubiera podido dar fe de la ayuda de Bergoglio es Alicia Oliveira. Conoce a Jorge Mario Bergoglio hace más de cuarenta años. Los presentó un amigo en común y trabaron una estrecha amistad. En 1973, Alicia Oliveira se convirtió en la primera jueza del fuero penal en Argentina.

Bergoglio intuyó en 1976, ante la escalada de la situación política previa al golpe militar, que se avecinaban tiempos difíciles para Argentina. Buscó a Alicia Oliveira y le manifestó sus inquietudes. No dudaba que ella corría peligro a causa de sus investigaciones judiciales. Oliveira se había vuelto una figura incómoda, dado que en varios casos había comprendido a la policía en sus indagaciones. El proceso se refería a la detención de menores de edad y la trata de personas.

Cuando los militares tomaron el poder en Argentina, en marzo de 1976, la joven jueza fue despedida de su cargo y se ordenó su captura. Sin embargo, unos días antes de que esto ocurriera, en atención al consejo de Bergoglio, pasó a la clandestinidad. Durante dos meses se refugió en casa de la entonces militante guerrillera Nilda Garré, quien se convertiría en ministra de Seguridad de Argentina años después (2010-2013).

En una entrevista con el diario *Clarín* argentino, Alicia Oliveira narra en marzo de 2013 que Bergoglio le envió por aquellas fechas un ramo de rosas a su escondite y le hizo saber que la apoyaría en esa hora difícil. Se reunían dos veces por semana. El entonces provincial le ofreció refugio en el Colegio Máximo de los jesuitas en San Miguel. Pero Oliveira rechazó la oferta y, según su relato, le contestó en tono de broma: «Prefiero que me agarren los militares antes que irme a vivir con los curas».

En aquella época, uno de sus hijos asistía al colegio jesuita de El Salvador, evoca Alicia Oliveira. Como era muy peligroso para ella abandonar por su cuenta su escondite, Bergoglio la iba a buscar personalmente con el auto y la llevaba al patio interior del colegio, donde se reunía con su hijo. Años después, Bergoglio bautizaría a uno de sus hijos y sería padrino de otro.

Era una época en la que reinaba una gran desconfianza. Pero Bergoglio y Oliveira se tenían una gran confianza mutua. Bergoglio le contaba a Oliveira sobre el trabajo sacerdotal en las villas. Le preocupaba que la opción pastoral por los pobres no le gustara a los militares y por seguridad ordenó cerrar una de las casas de los jesuitas en Buenos Aires que había caído en su mira. En esa casa habían encontrado refugio personas que huían de la dictadura militar de Uruguay. Bergoglio las cobijó en el Colegio Máximo de San Miguel, a una hora de distancia de Buenos Aires. La razón oficial fue que este colegio era una casa de retiro espiritual. Y, efectivamente, durante el régimen dictatorial el Colegio Máximo de San Miguel no fue intervenido ni una sola vez por los militares.

Alicia Oliveira ha declarado varias veces a los medios argentinos con relación al caso Orlando Yorio y Francisco Jalics: «Cuando ellos estaban ahí, él estaba muy preocupado, lo recuerdo. Bergoglio habló con todo el mundo, con Videla y Massera también. Él es un gran hombre, preocupado por la gente que sufre. Es una infamia que se diga que entregó a Yorio y Jalics. Al contrario: les dijo que se fueran, que era muy riesgoso».

Miguel La Civita y José Caravías

Miguel La Civita es sacerdote en una pequeña localidad de la provincia argentina de Santa Fe. Cuando las acusaciones contra Bergoglio arreciaron nuevamente tras su elección al papado, decidió contar a los medios su historia sobre el periodo de la dictadura militar.

La Civita era a la sazón novicio en la provincia de La Rioja. El obispo de La Rioja, Monseñor Enrique Angelelli, perdió la vida es un misterioso accidente automovilístico —un incidente que años más tarde sería calificado de atentado por la justicia—.

Monseñor Enrique Angelelli apoyaba la labor de los «sacerdotes para el tercer mundo», si bien nunca perteneció al movimiento. Tras la muerte de su obispo, los sacerdotes de la diócesis de La Rioja no se sentían seguros. Entonces, el provincial de los jesuitas, Bergoglio, se ofreció a cobijar en

el Colegio Máximo de San Miguel a Miguel La Civita y otros dos curas. El novicio culminó sus estudios de teología en él.

La Civita declaró a los medios que hubo otras personas que fueron cobijadas en el Colegio Máximo de San Miguel, y que a algunos se les preparó la documentación para facilitar su salida del país. En el libro *El jesuita*, Bergoglio cuenta que durante ese tiempo entregó a un joven, que era bastante parecido a él, su cédula de identidad y su *clergyman* para que pudiera abandonar el país por la frontera, a la altura de Puerto Iguazú, rumbo a Brasil.

José Caravías, un jesuita nacido en España, reside actualmente en Asunción, la capital de Paraguay. En una entrevista concedida a los medios en Paraguay hace poco narra cómo en 1972 huyó de la dictadura militar paraguaya con dirección a Argentina. En un primer momento trabajó en el norte de Argentina lado a lado con los campesinos, que luchaban por sus derechos. Amenazado de muerte en razón de su militancia política, Caravías fue a parar a Buenos Aires, donde colaboró con el trabajo de Francisco Jalics en las barriadas. Caravías refiere que Bergoglio se presentó un día para prevenirlos, a él y a Jalics, de la Triple A. Había indicios de que él y Jalics iban a ser detenidos. Mientras que Jalics optó por permanecer en Buenos Aires, Caravías no lo pensó mucho y huyó a España, explica a los periodistas. Manifiesta decididamente: «Gracias a Bergoglio estoy con vida y hoy estoy aquí hablando con usted».

Adolfo Pérez Esquivel

El argentino Adolfo Pérez Esquivel, escultor, activista por los derechos humanos y Premio Nobel de la Paz de 1980, es otra persona que defiende al papa Francisco de las acusaciones sobre su actuación durante la dictadura militar. «Hubo obispos que fueron cómplices de la dictadura, pero Bergoglio no», sostiene, para luego agregar: «De los aproximadamente ochenta obispos, hubo cuatro o cinco que estuvieron más en la avanzada por la defensa de los derechos humanos, pero muchos otros prestigiaron

una diplomacia silenciosa, de pedir por los desaparecidos y los presos. El provincial Bergoglio fue uno de ellos».

La posición oficial de la Iglesia Católica irritaba a los activistas por los derechos humanos como Pérez Esquivel. El argentino evoca los encuentros que sostuvo con el nuncio apostólico en Argentina en ese entonces, Monseñor Pio Laghi, para hablar de la difícil situación del país: «Yo me acuerdo de haber mantenido discusiones muy duras. [Una vez] Le reclamé que, como representante del papa en Argentina, tenía que evitar que se siguiera matando a la gente. El nuncio me preguntó qué quería que hiciera y me contó que la noche anterior los comandantes de las tres armas habían estado ahí, en ese mismo salón. Aseguró que les decía y les reclamaba por las violaciones de los derechos humanos, por los desaparecidos». Se enfrasca en sus pensamientos por un instante y luego prosigue su relato: «Finalmente, le pregunté al nuncio qué iba a hacer él personalmente. Se agitó y me preguntó: “¿Qué querés que haga? Yo no puedo hacer lo que los obispos argentinos no quieren hacer”».

El abanderado por la paz Adolfo Pérez Esquivel fue cofundador, en 1974, de la organización de derechos humanos Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) en Argentina. Ya antes del golpe militar, SERPAJ había caído en la mira de la Triple A debido a la protección que solía ofrecer a personas consideradas «subversivas» —entre ellas, simpatizantes de la teología de la liberación—.

Pocos días después del golpe militar, en marzo de 1976 —Pérez Esquivel se encontraba de visita en Ginebra unos días—, los militares irrumpieron en la sede de su organización y detuvieron a sus colaboradores. En ese momento se encontraba en el local su hijo de diecisiete años; también él fue capturado. Gracias a la protesta internacional, a los dos días todos fueron liberados, pero el peligro no había terminado. El entonces embajador de Austria, Peter Müller, albergó en su residencia durante dos semanas a los tres hijos de Pérez Esquivel (de diecisiete, once y nueve años) y se ocupó personalmente de que tomaran un vuelo con dirección a Europa sanos y salvos.

El 4 de abril de 1977, Pérez Esquivel, quien a pesar de todas las advertencias había seguido trabajando en Buenos Aires, fue arrestado e interrogado en un centro de tortura de la Seguridad Federal. Un mes después, fue trasladado al aeródromo militar. El activista por la paz recuerda haber estado sentado durante dos horas en un avión militar, encadenado y en pleno uso de sus facultades, sobrevolando el Río de la Plata. Luego vio que uno de los militares manipulaba una inyección. «Me iban a inyectar una droga para después tirarme al Río de la Plata». De pronto llegó por radio una orden: llevar al detenido Pérez Esquivel de regreso a la base aérea. «Tuve suerte», añade, y permanece un instante en silencio, como si pasara revista internamente a las escenas.

Una semana antes de la final del Mundial de Fútbol de Argentina 1978, Pérez Esquivel fue liberado. Había estado catorce meses preso sin sentencia en el penal de máxima seguridad de la ciudad de La Plata. En 1980 —el gobierno militar aún estaba en el poder en Argentina— Adolfo Pérez Esquivel recibió el Premio Nobel de la Paz. Dos días después de recibir la noticia del Nobel, él y su hijo sufrieron un atentado en Buenos Aires del que, sin embargo, ambos salieron ilesos.

En la oficina de Pérez Esquivel en San Telmo, el distrito turístico porteño del tango, unas fotos enmarcadas que cuelgan de las paredes, en las que se ve al Nobel junto al asesinado sacerdote Carlos Mugica y al obispo Enrique Angelelli, dan cuenta de los días en que protestaban juntos por los derechos humanos en tiempos de la dictadura militar. Pérez Esquivel mira las fotos y refiere: «Bergoglio nunca fue cómplice de la dictadura, como intentan mostrarlo algunos ahora. A diferencia de Mugica y Angelelli, Bergoglio mostró su solidaridad en silencio, con acciones. De alguna manera trabajó “clandestinamente” para ayudar a muchas personas que estaban en peligro. Bergoglio no era en ese entonces una personalidad importante en la Iglesia Católica argentina, y para nosotros como autoridad no era fácilmente reconocible».

El Premio Nobel de la Paz se pronuncia asimismo sobre el caso Orlando Yorio y Francisco Jalics: «A Bergoglio se le cuestiona porque

se dice que no hizo lo necesario para sacar de la prisión a dos sacerdotes. Ahora: estuvieron cinco meses y logró sacarlos de la cárcel —una señal de que, a diferencia de lo que dicen, sí hizo un montón—. Yo estuve dos años y dos meses y, por más que tuve apoyo de todo el mundo, de gobiernos, de iglesias y de organizaciones internacionales... no me pudieron sacar de la prisión. La fuerte intervención y solidaridad internacional salvó mi vida porque, de no ser por ella, me hubieran tirado del avión. Entonces, si los sacó en cinco meses, fue poco tiempo. Para mí no cabe duda: Bergoglio nunca estuvo vinculado con la junta militar».

Crítica y responsabilidad

«Todavía hay mucho que analizar en lo que concierne al rol de la Iglesia argentina durante la dictadura militar», sostiene el profesor de sociología argentino Fortunato Mallimaci. «Para que la sociedad argentina pueda hacer las paces con el pasado, hay que abrir los archivos. Hay que promover un diálogo abierto entre todas las partes involucradas, con atención especial a los informes de las víctimas. Y la Iglesia argentina tiene que asumir un papel activo en ello».

En una entrevista, el sociólogo critica la falta de cooperación del cardenal Jorge Mario Bergoglio en el esclarecimiento de los crímenes cometidos durante la dictadura. En el testimonio de cuatro horas que rindiera ante un tribunal de justicia en noviembre de 2010, Bergoglio habría evitado dar nombres y mencionar responsables, señala Mallimaci. Sus declaraciones se habrían mantenido vagas en todo momento, y en todo momento el cardenal se habría referido a la opinión general o vox pópuli. El mayor reproche que le hace el sociólogo a Bergoglio es no haber dado nunca respuestas concretas que pudieran haber llevado a la identificación de otros responsables.

Que Bergoglio a todas luces sabe más de lo que dice es un hecho, opina Mallimaci. Bergoglio era parte de la Iglesia Católica y, como provincial de la Compañía de Jesús, tenía una posición de liderazgo que le permitía

enterarse de lo que sucedía al interior de la institución. El sociólogo puntualiza: «Con su silencio, Bergoglio se hizo culpable. Que se haya convertido en papa me ha puesto muy triste». Fortunato Mallimaci exige a la Iglesia Católica y al papa Francisco que se abran los archivos de la



El cardenal Jorge Mario Bergoglio, antes de ser elegido papa, celebra la misa conmemorativa del año 2008. Fuente: Presidencia de la Nación Argentina.

Iglesia Católica en Argentina y en el Vaticano para finalmente saber toda la verdad sobre lo que sucedió en Argentina durante el régimen militar.

Las voces que critican la actuación de Jorge Mario Bergoglio durante la dictadura militar argentina y lo acusan de complicidad con la junta militar son numerosas. Entre ellas se cuentan la familia Yorio, la monja Norma Gorriarán, el defensor de los derechos humanos y padre de una hija desaparecida Emilio Mignone y el periodista argentino Horacio Verbitzky. Y sin embargo, pese a todas las denuncias, la justicia argentina nunca ha logrado presentar pruebas concluyentes que corroboren dichas imputaciones.

Para el cientista político Julio Bárbaro, la responsabilidad por lo ocurrido durante la dictadura militar reside en cualquiera que haya sido miembro activo de la sociedad argentina en ese momento. Hoy, el otrora dirigente estudiantil revolucionario dice lo siguiente: «La guerrilla fue un error de mi generación. La violencia pudo haber encontrado justificación durante la dictadura, pero fue un grave error su ejercicio en democracia». Bárbaro continúa: «La demencia represiva no otorga lucidez a la víctima».

La periodista Francesca Ambroghetti recuerda la entrevista sobre el tema que le hiciera al cardenal Jorge Mario Bergoglio junto con su colega, el periodista Sergio Rubín. «Fue el último tema sobre el cual hablamos con él. Y, para nuestra enorme sorpresa, se mostró muy abierto y comunicativo». Acto seguido, describe la respuesta de Bergoglio con respecto al golpe militar: «Estas fueron sus palabras: “El golpe de Estado de 1976 fue apoyado por casi todos, incluso la mayoría de los partidos políticos. Si no me equivoco, el único partido que enfrentó el golpe fue el Partido Comunista Revolucionario. Nadie, o muy pocos, sospechaban lo que sobrevendría. En eso hay que ser realistas, nadie debe lavarse las manos. Estoy esperando que los partidos políticos y otras corporaciones pidan perdón como lo hizo la Iglesia”».

LADO A LADO. LA LUCHA DIARIA CONTRA LA INJUSTICIA

«Simplemente no podía parar de llorar. En ese momento me di cuenta por primera vez de que nunca más vería a mi hija». Isabel Dovidensko estaba sentada en primera fila el 5 de junio de 2011, en una misa que oficiaba el cardenal Bergoglio para las víctimas de la violencia. La iglesia estaba repleta hasta el último asiento. Dos meses antes, el 17 de abril de 2011, Isabel había perdido a su hija de 31 años, Cecilia, en un robo armado. Dejó dos hijos pequeños. Ese día, Isabel no logró contener la emoción por la pérdida de su hija durante el servicio religioso. El cardenal Bergoglio, que pronunciaba su homilía a pocos metros de distancia, se percató de su dolor. Sin mediar aviso previo, y sin una explicación a los múltiples asistentes, el cardenal interrumpió su sermón. Lo que sucedió después conmueve a la mujer de 62 años aún hoy: «Al oírme llorar, interrumpió la misa, bajó del estrado, se sentó a mi lado y me abrazó. Me dijo unas palabras al oído que cambiaron todo, que me consolaron. Me dijo: “Dejala partir. Ella está al lado de Dios. Él te va a dar todo el calor que necesitás”». El recuerdo de esta escena hace que Isabel Dovidensko estalle en llanto nuevamente. Finalmente, sin embargo, asoma una sonrisa a su rostro. Afirma que Bergoglio le dio en un par de segundos más de lo que nadie le había dado jamás en toda su vida. «Estaba enojada con Dios por lo que había pasado y el padre Bergoglio me reconcilió —fue un milagro—».

A continuación se disculpa porque le faltan las palabras, pero agrega que el amor al prójimo que le dio el cardenal no puede describirse con palabras. El haberse reconciliado con Dios y tener la fortaleza para criar a sus nietos, dice, se lo debería exclusivamente al papa Francisco, el papa del pueblo.

Con un gesto de preocupación, Isabel cuenta que el mayor de sus dos nietos, que tiene siete años, quiere aprender a boxear para vengar la muerte de su madre cuando sea grande. Ni la Policía ni el Poder Judicial estarían haciendo ningún esfuerzo por esclarecer el crimen, a pesar de que habría cuatro testigos oculares, señala. La historia de Isabel no es en absoluto un caso aislado en Argentina. Todos los días los medios informan de asaltos a mano armada, que a menudo terminan en homicidio. Para muchas de estas víctimas y sus deudos nunca habrá justicia. Los asaltantes a menudo no son identificados y por lo tanto nunca rinden cuentas por sus actos.

La elección de Jorge Mario Bergoglio al pontificado desentierra el caso de la hija de Isabel Dovidensko. Esta es invitada a la televisión para hablar sobre su encuentro personal con Bergoglio. Por primera vez, la opinión pública se entera de su historia y la hace suya. Y entonces, dos años después del asesinato de su hija, el Poder Judicial finalmente se interesa por el caso y cita a los testigos para que rindan su manifestación. Si bien no existe ninguna certeza de que el crimen de la hija de Isabel Dovidensko algún día se resuelva, el abrazo y la solidaridad del cardenal Bergoglio en aquella misa de junio de 2011 le dieron algo a Isabel que le hace más soportable la pérdida.

* * *

«La troska de Dios» tiene veintiocho años y es una atea convencida, feminista y militante de la organización de derechos humanos La Alameda, creada en 2002. En un viejo café tradicional de Buenos Aires, Camila Montero describe cómo le pusieron ese apodo. Gustavo Vera, el fundador de La Alameda, estuvo presente en el primer encuentro entre Camila Montero y el cardenal Bergoglio. Él se la presentó como «la troska».

Poco después, un periodista argentino convirtió el sobrenombre en «la troska de Dios», en atención a que siempre luchaba por el bien. Camila Montero insiste en que, ya en este primer encuentro, en una conversación personal habría sentido que el cardenal Bergoglio era un ser humano extraordinario, dueño de una profunda espiritualidad. Lo dice a pesar de ser una atea convencida. Su espiritualidad, sus convicciones y acciones, hacían que pareciera estar en otro nivel, precisa. Sin embargo, él habría sido siempre uno de los que lucharon a su lado, hombro a hombro, por una misma causa, por los derechos de aquellos que carecen de voz en la sociedad argentina: los inmigrantes de Bolivia, Perú o Paraguay y las víctimas de la trata de personas, la esclavitud y la prostitución.

Setecientas personas respondieron el 1 de julio de 2008 a una convocatoria de La Alameda para asistir a una misa en la iglesia Nuestra Señora de los Inmigrantes en el distrito de La Boca, recuerda Camila Montero. Muchas eran víctimas de la prostitución, la trata de personas y la esclavitud. Esta misa, celebrada públicamente por el cardenal Bergoglio, era la última esperanza de la organización.

Las ventanas están enrejadas, el portón de hierro verde presenta varias hendiduras. Del intercomunicador emerge un parco «¿Quién es?». Nos identificamos y nos dejan pasar. Un trabajador de la organización La Alameda nos muestra el camino que nos llevará a la oficina del presidente, Gustavo Vera. Por medio de una empinada escalera se accede a un sótano. De las paredes cuelga un gran número de afiches, convocando en días pasados a protestas contra la trata de personas, la esclavitud o la prostitución. En las habitaciones sin ventanas huele a humedad; las luces de neón y el piso de piedra desnudo sugieren que no es un lugar acogedor; sin embargo, al menos es hoy un lugar seguro.

Gustavo Vera recuerda la época previa al servicio religioso de aquel 1 de julio de 2008. Tanto él como sus colegas ad honórem fueron víctimas de ataques violentos en la calle en repetidas ocasiones y recibieron amenazas de muerte. La sede de la organización fue blanco de sucesivos atentados. Los vidrios de las ventanas fueron quebrados a pedradas y las puertas,

desfiguradas con esvásticas. La causa de las agresiones eran las denuncias que había interpuesto La Alameda en varios casos contra las autoridades policiales de Buenos Aires. Según sus averiguaciones, había oficiales de la policía implicados en las redes de trata de personas y prostitución forzosa. Estas denuncias despertaron un creciente interés entre la población. Gustavo Vera relata con voz ronca: «Librábamos una guerra abierta contra la policía y recibimos innumerables amenazas telefónicas. Trataban de intimidarnos diciendo que nuestros cadáveres pronto acabarían en las aguas del Río de la Plata. Necesitábamos protección institucional, la misma que nos había sido negada por el gobierno».

Durante ese tiempo, el cardenal Bergoglio criticó en tres homilías seguidas la trata de personas, la prostitución y el trabajo esclavizante. Vera llegó a la conclusión de que La Alameda debía tocar a las puertas de la Iglesia Católica. Solicitaron una audiencia con el cardenal y al día siguiente recibieron una respuesta afirmativa. Gustavo Vera no había esperado una respuesta tan rápido. Afirma: «Para el cardenal nunca fue un problema que la mayoría de nuestros trabajadores no fueran seguidores de la Iglesia Católica. Muchos de nosotros se describirían como ateos, agnósticos y defensores de los derechos humanos de izquierda. Pero La Alameda y el cardenal luchaban por una causa común; para Bergoglio, eso era lo que contaba».

El máximo pastor de la Iglesia Católica argentina tomó partido abiertamente y se puso del lado de aquellos que se la jugaban por los derechos de los olvidados de la sociedad argentina y requerían protección. Sin embargo, le puso a Gustavo Vera una condición: quería conocer personalmente a las víctimas que hubieran sido auxiliadas por La Alameda. Y fue así como lo conoció Carina. Ella había sido forzada a prostituirse durante varios años. «Me escuchó y, cuando le dije que hacía tiempo que no iba a la iglesia, me contestó que eso no era malo, siempre y cuando llevara a Dios en el corazón». Una vez que logró escapar de la prostitución, Carina logró empezar una nueva vida con ayuda de La Alameda. Hoy trabaja como peluquera y vive con su hijo de catorce años.

Las palabras de Bergoglio en sus homilías fueron siempre cuidadosamente seleccionadas, incisivas e inequívocas. Condenaba a los responsables de la trata de personas, la explotación, el trabajo esclavizante y el abuso en Argentina. Las víctimas pertenecían mayoritariamente a los sectores bajos de la población:

Para muchos, nuestra ciudad es una picadora de carne, que los hace bolsa porque destroza sus vidas, les quiebra la voluntad y les quita la libertad. Hay esclavos que los fabrican estos señores que tienen en sus manos el manejo de la trata [de personas], de los talleres clandestinos, de la prostitución y los cartoneros. Estas verdaderas mafias sustentan sus redes en las coimas. Grandes mafias de señores muy elegantes, que quizá comen en restaurantes de Puerto Madero, pero su dinero está manchado con sangre, con la carne del hermano. Son los esclavizadores. En esta ciudad se hacen sacrificios humanos, se mata la dignidad de estos hombres y mujeres, de estos chicos y chicas sometidos a la trata, a la esclavitud. Esta ciudad está llena de hombres y mujeres, de chicos y chicas apaleados al borde del camino, apaleados por esta organización u organizaciones que los van corrompiendo, quitando la voluntad, destrozando incluso con la droga y después los dejan tirados al borde del camino. No podemos hacernos los distraídos.

Era la primera vez en su vida que Camila Montero asistía a un servicio religioso —aquel 12 de julio de 2010—. Las afiladas palabras del cardenal le causaron una profunda impresión. También otros trabajadores de La Alameda se sintieron conmovidos. La propia Montero no está de acuerdo con las políticas de la Iglesia Católica en muchos aspectos. Defiende con vehemencia, por ejemplo, la legalización del aborto en Argentina, dado que más de cien mujeres fallecen cada año como consecuencia del aborto ilegal clandestino. Y aunque el cardenal Bergoglio y Camila Montero no coincidieran en algunos aspectos, como el antes mencionado, en otros compartían una misma opinión y luchaban juntos, con un gran respeto mutuo, en aras de un fin común.

La «troska de Dios» admite que en un principio tenía una actitud prejuiciosa con respecto al cardenal Bergoglio. «Él era para mí el jefe de una Iglesia que a mi juicio defiende posiciones retrógradas en muchos temas. No había contado con que Bergoglio sería la excepción a la regla». Añade de inmediato: «Por sus convicciones, el papa Francisco debe ser ubicado más bien entre las filas conservadoras de la Iglesia Católica. Eso ya lo sé, y por eso no voy a esperar que un día se muestre conforme con el matrimonio homosexual o el aborto. Sin embargo, a mi entender la trata de personas es un problema incluso aún más urgente, y en ese sentido es excelente que tengamos un papa que haya enarbolado esa bandera».

En total, el cardenal Bergoglio celebró siete servicios religiosos con la finalidad de llamar la atención de la opinión pública sobre la problemática de la trata de personas. Estas misas a menudo se llevaron a cabo en lugares cargados de simbolismo, como la Plaza Constitución, frente a una de las estaciones de ferrocarril más grandes de Buenos Aires, un importante centro de gravedad de la prostitución. Algunas de las misas se oficiaron al aire libre, ya que las iglesias no contaban con espacio suficiente para la gran afluencia de personas. Los medios de comunicación cumplieron un rol primordial, refiere el fundador de La Alameda, Gustavo Vera. El cardenal solía rehuir las cámaras de televisión, pero también sabía utilizarlas cuando era necesario. Así, se dejó retratar junto a las víctimas, militantes o policías amenazados. En no pocos casos, estas fotos sirvieron para garantizar la integridad física de las personas amenazadas.

El papa Francisco continúa apoyando el trabajo de La Alameda hasta hoy. Gustavo Vera habla por teléfono al menos una vez al mes con el papa para informarle de las actividades de la organización.

Cuando en mayo de 2013 la represión histórica contra la etnia indígena toba qom llegó a un nuevo cénit de violencia en la provincia septentrional de Formosa, Gustavo Vera recurrió una vez más al papa Francisco. El pueblo qom se opone a la expansión del cultivo de la soja genéticamente manipulada, que los expulsa de su hábitat natural, del cual depende su supervivencia. Cuando Francisco recibió la carta de un

preocupado Vera, reaccionó sin perder tiempo. A las diez de la mañana del día siguiente sonó el teléfono en la oficina de La Alameda. Fue una llamada corta, recuerda Gustavo Vera. El papa le pidió dar a conocer en los medios de prensa argentinos su preocupación por el bienestar del pueblo qom. Agregó que rezaría para que el gobierno argentino prestara oídos a sus reivindicaciones de un territorio propio.

Proteger a las personas que han sido despojadas de su dignidad es uno de los objetivos centrales del papa hasta hoy. Así, a fines de mayo de 2013, en la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Inmigrantes e Itinerantes, se refirió a la trata de personas como «una vergüenza para nuestras sociedades, que se dicen civilizadas». Conminó a explotadores y clientes a realizar un serio examen de conciencia delante de sí mismos y delante de Dios. Agregó que en un mundo en el que se habla tanto de los derechos humanos, estos no les serían reconocidos a millones de hombres y mujeres de todos los continentes. Para la atención materna de la Iglesia nadie sería un extraño. Cuando la comunidad internacional tuviera que enfrentar los desafíos de las formas modernas de persecución, opresión y esclavitud, puntualizó, debería tener presente siempre que se trata de seres humanos.

Gustavo Vera no es católico y es tan poco cercano a la Iglesia Católica como su colega Camila Montero. Para él, el papa Francisco sigue siendo el «Jorge» que pelea a su lado contra la trata de personas. Mientras que antes de su elección al papado lo hacía sobre todo en Argentina, ahora su radio de acción se ha expandido considerablemente. «El poder del papa Francisco es actualmente bastante más significativo que el del cardenal Bergoglio», afirma Gustavo Vera esperanzado. «Su concepto del poder es tener el poder para servir, y no para ejercer autoridad».

En el libro *Sobre el cielo y la tierra*, una compilación de largas horas de intercambios entre Jorge Mario Bergoglio y su amigo judío Abraham Skorka, el papa relativiza el poder de la Iglesia:

Una cosa buena que le pasó a la Iglesia fue la pérdida de los Estados Pontificios, porque queda claro que el papa lo único que tiene es medio kilómetro cuadrado. Pero cuando el papado era rey temporal y rey espiritual, ahí se mezclaban las intrigas de corte y todo eso. Ahora también las hay, porque hay ambiciones en hombres de la Iglesia, hay —lamentablemente— pecado de carrerismo. Somos humanos y nos tentamos. Tenemos que estar muy alertas para cuidar la unción que recibimos porque es un regalo de Dios. Las argollas de poder, que existieron y existen en la Iglesia, se deben a nuestra condición humana. Pero, en ese momento, uno deja de ser el elegido para el servicio y se convierte en uno que elige vivir como quiere y se mezcla con la basura interior.

* * *

«No le tengas miedo a la muerte, porque esta llega en el momento en que tiene que llegar». Estas fueron las palabras del cardenal Bergoglio a Olga Cruz cuando la joven mujer recibió amenazas de muerte en repetidas ocasiones. La boliviana vive desde hace diez años en Buenos Aires y lucha junto a Gustavo Vera de La Alameda por la liberación de muchísimos de sus compatriotas de los talleres de costura enrejados en los que se ven forzados a trabajar en condiciones de seudo esclavitud. Olga Cruz también tuvo que trabajar hasta dieciséis horas diarias, sentada frente a una máquina de coser, en una habitación pegajosa, cosiendo prendas de vestir para marcas conocidas. Su centro de trabajo era al mismo tiempo el lugar donde dormían ella y sus hijos. Hoy sigue trabajando como costurera, pero en la cooperativa que fue creada hace diez años por La Alameda.

Olga Cruz estaba acostumbrada a abrirse paso sola en la vida. Confiar en alguien le resultaba difícil ya que, como inmigrante sin permiso de residencia, carecía de derechos en Argentina. No se le había ocurrido hablar con un representante de la Iglesia —hasta el día en que conoció al cardenal Bergoglio en una reunión en La Alameda—. El cardenal conversaba con los asistentes y los escuchaba atentamente. Muchos de ellos

compartían la misma suerte que Olga. «Él me dio con pocas palabras las fuerzas para continuar mi lucha contra la esclavitud y no rendirme, pese a las múltiples amenazas de muerte que recibía», manifiesta Olga. Y luego dice: «En aquel entonces habíamos tocado las puertas del gobierno para pedirles ayuda, pero hasta el día de hoy no nos han prestado atención. El cardenal, en cambio, se tomó el tiempo para estar con nosotros, se sumó a nuestra lucha y nos brindó con ello la protección que necesitábamos».

Cuando se supo que Bergoglio había sido elegido papa, Olga Cruz recibió la llamada de amigos. «¡Tus hijas fueron bautizadas por el papa!». Hasta el día de hoy se estremece al recordar ese día. Durante mucho tiempo había abrigado el deseo de bautizar a sus hijas, Daniela y Micaela. Sin embargo, debido a que no tenía en regla los documentos que se necesitaban, nunca se atrevió a acudir a una iglesia para empadronar a sus hijas. Y así, su deseo se quedó solo en eso hasta el día en que Olga Cruz, a instancias de Gustavo Vera, le preguntó al cardenal Bergoglio si bautizaría a sus hijas. «Va a ser un honor», fue su respuesta, y le preguntó a la madre si ya sabía dónde iba a ser la ceremonia. Y es así que Daniela y Micaela fueron bautizadas en el comedor de La Alameda. Antes de la ceremonia, Bergoglio preguntó quiénes eran los padrinos. Un tanto preocupada, Olga Cruz le contestó que ninguno de los cuatro padrinos era católico: tres eran ateos y una, judía. «Vos habés elegido a estas personas porque deseás confiarles a tus hijas. Eso es lo principal», le respondió el cardenal.

El día del bautizo, Bergoglio llegó en autobús, como siempre que asistía a La Alameda. Era un trayecto de 45 minutos, que el cardenal disfrutaba porque le permitía mimetizarse con la realidad del día a día porteño. De vez en cuando algún pasajero reconocía al hombre que viajaba en la última fila, enfundado en un abrigo negro e intentando pasar desapercibido. Le pedían una entrevista, un consejo, su bendición. Al poco tiempo de que se supiera que Bergoglio era el nuevo papa, en marzo de 2013, saltó a la palestra un número cada vez mayor de porteños que contaban ante cámaras, orgullosos, cómo había sido su encuentro personal con el papa

en el autobús, en el subterráneo o en la calle. Se había mostrado tan receptivo a sus inquietudes como a las de Olga Cruz.

Finalmente, llegó el día del bautizo de Daniela y Micaela en La Alameda. Mientras que para Olga Cruz había sido un problema reunir los papeles unas semanas antes para bautizar a sus hijas, ahora el cardenal había resuelto ese inconveniente, trayendo consigo personalmente las partidas de bautizo. Con esta acción, Bergoglio se mantuvo fiel a lo que había proclamado en *Sobre el cielo y la tierra*:

No podemos permanecer en un estilo clientelar que, pasivamente, espera que venga el cliente, el feligrés, sino que tenemos que tener estructuras para ir hacia donde nos necesitan, hacia donde está la gente, hacia quienes deseándolo no van a acercarse a estructuras y formas caducas, que no responden a sus expectativas ni a su sensibilidad. Tenemos que revisar la vida interna de la Iglesia, pasar de una Iglesia «reguladora de la fe» a otra «transmisora y facilitadora de la fe». Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Le pasa lo mismo que a una persona autorreferencial: se pone paranoica, autista. Es verdad, también, que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma.

* * *

«A él le tenía sin cuidado que fuéramos pobres y viviéramos en la villa. Él llevaba años viniendo a vernos, celebrando la misa y bautizando a muchos de nosotros». Viviane Medina tiene 35 años y es madre de siete hijos. Para ella, el arzobispo Jorge Mario Bergoglio siempre fue un importante interlocutor, que escuchaba en vez de juzgar. Viviane fue adicta a las drogas durante muchos años, pero ahora ha logrado liberarse de su adicción. A la madre soltera le duele que su hijo de diecinueve años haya caído víctima de la pasta básica de cocaína y que ella no pueda sacarlo de ese vicio.



Jorge Mario Bergoglio con Cristina Fernández de Kirchner, cuando todavía era cardenal.
Fuente: Presidencia de la Nación de Argentina.

Viviane Medina vive en uno de los asentamientos marginales denominados «villas», que se ubican en la periferia de la ciudad capital de Buenos Aires. La pobreza, las privaciones, la criminalidad, la violencia y la desprotección son el pan de cada día en estas villas, entre ellas la 1-11-14. El papa Francisco conoce este vecindario muy de cerca, ya que el joven Jorge Mario Bergoglio pasó su infancia en el barrio de Flores, a poca distancia de este asentamiento marginal. Y, cuando el papa Juan Pablo II lo nombró obispo auxiliar, en 1992, asumió la responsabilidad sobre la comuna de Flores y la villa adyacente, la 1-11-14.

Una ancha carretera de circulación rápida pasa junto a una zona de casas derruidas y viviendas improvisadas de latón. Bolsas de plástico se elevan del suelo y giran, impulsadas por un viento frío que las deposita en otro lugar. Parecen ser las únicas en escapar de este entorno sin problemas. Al borde de la calle yace un hombre joven, inmóvil, descalzo y ataviado con una camisa de manga corta y un delgado pantalón de deporte.

A pocos metros de su cuerpo doblado deambulan dos figuras con aspecto de zombis, ninguna de las cuales tendrá más de veinte años. Tienen la mirada vacía. Son víctimas de la pasta básica de cocaína, una droga que es un producto residual de la cocaína procesada, que se mezcla con una parte de veneno para ratas y una parte de astillas de vidrio para aumentar el volumen y se fuma en pequeñas pipas. El «viaje» cuesta un par de pesos y para acceder a ellos los adictos, con frecuencia desesperados, no solo se roban los zapatos de sus amigos para venderlos sino que también están dispuestos a comerciar con su propio cuerpo.

Tras un recorrido de más de una hora desde la catedral, en el centro de Buenos Aires, la línea 150 del metrobús se detiene en la parada de la villa 1-11-14. Si del bus se baja una persona que no encaja, llama la atención de inmediato y muy pronto se propaga la noticia: «¡Hay un forastero!». El padre Gustavo Carrara refiere que es peligroso andar sin compañía por las callejuelas estrechas de la villa. Él fue ordenado sacerdote por el arzobispo Bergoglio en 1998 y es párroco de la villa 1-11-4 desde hace cuatro años. El trayecto de la parada del metrobús hasta el centro barrial Hogar de Cristo no es precisamente un paseo. Si bajamos la mirada, veremos que no todas las viviendas cuentan con sistema de desagüe, y que el camión de basura pasa tan solo esporádicamente por estos pasajes. Si nos fijamos en las fachadas de las casas, nuestra mirada se detendrá en las ventanas y puertas enrejadas. De cuando en cuando, unos rostros curiosos asoman detrás de ellas. Si levantamos la mirada, veremos un entramado de cables negros de electricidad que empañan un límpido cielo azul.

El arzobispo de Buenos Aires nunca quiso que lo fueran a buscar a la parada del metrobús para escoltarlo hasta la seguridad del centro barrial, recuerda el padre Gustavo Carrara. Quería experimentar los mismos peligros que los pobladores. Quería ser uno de ellos, vivir su día a día en carne propia, de ser posible, para extraer lecciones. Con un andar calmado pero firme —siempre portando su cartapacio de cuero negro— recorría las tortuosas calles de la villa y hablaba con la gente. Muy pronto, el jefe

de la Iglesia Católica en Argentina se ganó el respeto incluso de aquellos que confiaban más en la religión del delito que en las creencias de la Iglesia Católica.

Desde hace un año, el centro barrial Hogar de Cristo de la villa 1-11-14 actúa como un centro de acogida para aquellos que buscan una salida de la violencia y la drogadicción. El padre Gustavo Carrara nos hace un recorrido por las habitaciones sencillas del local, donde se imparten talleres de carpintería y soldadura, entre otros oficios. También se pueden tomar cursos de computación, que son muy populares, sobre todo entre los más jóvenes. Pero también las madres solteras reciben apoyo y cuentan con un lugar seguro para que jueguen sus hijos. Viviane Medina, una de esas madres solteras, cuenta orgullosa que aquí terminó la primaria hace poco y que en pocos días concluirá la secundaria. Mientras que afuera, en las calles, cada cual tiene que ver por sí mismo y su supervivencia, al interior de estos muros es la unión entre las personas la que determina el éxito o el fracaso personal, acentúa.

El cardenal Bergoglio había dado facilidades hacía más de un año para la creación de centros barriales de orientación cristiana en los distritos marginales de Buenos Aires. Dichos centros, que son apoyados por la Iglesia Católica, se han convertido en un lugar de acogida para todos aquellos que se esfuerzan por sobrevivir en los márgenes de la sociedad. El padre Gustavo Carrara recuerda que en aquella época le pareció imposible reunir el dinero para comprar la casa que hoy alberga el centro barrial. Cuando finalmente aceptó que la tarea le quedaba grande, llamó por teléfono al cardenal Bergoglio para pedirle consejo, o bien un contacto que pudiera servirles. En menos de una semana, el cardenal había reunido 180 000 dólares para la compra de la casa. Un manejo expeditivo cuando se trata de tomar decisiones importantes ha sido siempre una característica del estilo de trabajo del cardenal.

En 1998, cuando Jorge Mario Bergoglio fue nombrado arzobispo, se hizo poner una línea telefónica directa para que los sacerdotes bajo su responsabilidad pudieran contactarlo en cualquier momento cuando

tuvieran un problema que resolver. El cardenal visitaba mínimamente dos veces al año las villas porteñas.

Un Jueves Santo, el último que el cardenal celebraría en Argentina, llegó a la villa 1-11-14. Bautizó a varias personas y realizó lavados de pies. Viviane Medina fue una de las pobladoras presentes cuyos pies lavó el cardenal. «Estaba tan nerviosa», sostiene. Y, visiblemente conmovida por el recuerdo, prosigue: «Nunca nadie me había lavado los pies; no pude contener el llanto de felicidad y de tristeza. No todo el mundo tiene la grandeza de ponerse de rodillas ante alguien y lavarle los pies. Fue un momento que nunca olvidaré». Con este gesto, el cardenal reafirmó con hechos una vez más su convicción de que hay que servir a los más desprotegidos de la sociedad: «Los pobres son el tesoro de la Iglesia y hay que cuidarlos. Si no tenemos esa visión, tendremos



Lavado de pies en la villa porteña 1-11-14, con el padre Gustavo Carrara. Foto del padre Gustavo Carrara.

una iglesia mediocre, tibia, sin fuerza. Nuestro verdadero poder debe ser el servicio. No se puede adorar a Dios si nuestro espíritu no contiene al necesitado».

Un año después, en marzo de 2013, el papa Francisco fue criticado por realizar el lavado de pies a dos mujeres en una cárcel romana. En Argentina, esta acción ya no provocó ningún escándalo: calzaba con la forma de ser de su otrora cardenal, que ahora era papa. Unos días después —el lunes de Pascua— sonó el teléfono del padre Gustavo Carrara. Era el papa Francisco, que siempre se identificaba como «Bergoglio». Quería preguntar por el centro de la villa 1-11-14.

Se trata de los gestos pequeños y sencillos que Bergoglio manifiesta como arzobispo, cardenal y papa, especialmente frente a aquellos que se esfuerzan por sobrevivir en los márgenes de la sociedad o se encuentran en los escalafones más bajos a nivel laboral. Son estos gestos los que sorprenden, conmueven y se nos quedan grabados en la memoria.

El padre Gustavo Carrara describe uno de los recuerdos más memorables que guarda del hoy papa Francisco: «Fue después de una homilía por Semana Santa en la década de los noventa. Yo todavía estaba en el seminario. Le expresé al arzobispo cuánto me habían gustado sus palabras. Para mi enorme sorpresa, extendió de repente el brazo para alcanzarme su homilía, escrita de puño y letra, y obsequiármela».

Carrara trabajó siempre muy a gusto con el cardenal: «Enfatizaba reiteradamente que los sacerdotes debíamos trabajar en equipo y apoyarnos mutuamente, que era importante mantener un diálogo fluido a fin de encontrar soluciones a nuestros problemas, con los que tenemos que lidiar a diario. Su presencia era la de un padre, pero nunca nos asfixiaba ni controlaba. Nos daba responsabilidades y confiaba».

Una vez, los «sacerdotes villeros» de Buenos Aires escribieron una carta. En ella abordaban la problemática de la droga, la necesidad de integrar estos barrios a las redes urbanas y la importancia de la cultura de los asentamientos marginales. Cuando le presentaron el texto escrito, el cardenal se limitó a realizar algunas correcciones de estilo, sin tocar

el contenido para nada. Un risueño Gustavo Carrara declara: «Al fin y al cabo, Bergoglio fue alguna vez profesor de literatura, y no podía dejar pasar una coma mal colocada».

Unas treinta personas esperan frente a la pequeña iglesia de la villa 1-11-14. Sigue soplando un viento gélido. Una madre le pide al padre Gustavo Carrara un par de pesos, para comprarle un archivador a su hija para la escuela. Al rato regresa con un archivador en un tono rosado brillante y se lo muestra al padre orgullosa, como si quisiera demostrarle lo bien que ha invertido el dinero. Un par de jóvenes intenta protegerse del viento parándose muy juntos y guareciéndose contra la pared del conjunto habitacional. Aguardan pacientemente para hablar con el padre Gustavo Carrara. Un patio de juegos en la parte delantera de la iglesia atrae a los más pequeños. Se cuelgan despreocupados de las barras de una armazón, compitiendo entre ellos y desafiando el frío, al mantener sus pequeños cuerpos en incesante movimiento. El padre está disponible para escuchar a todos, que confían en él, así como una vez confiaron en el cardenal, a quien consideraban uno de ellos. Fue el cardenal quien le brindó un hogar a través del centro barrial, afirma Viviane Medina. Y luego añade: «Me enseñó a mí y nos enseñó a todos, con el ejemplo, que siempre hay alguien que tiene menos que uno, a quien le va peor, a quien se puede ayudar. Incluso yo puedo ayudar a otras personas de la villa». Y es así que hoy busca, infatigable, conversar con los jóvenes de la villa para contarles su propia experiencia. Uno de sus objetivos es hacerles ver cómo sufren las madres y toda la familia cuando sus hijos caen en las fauces de la droga.

* * *



César Scicchitano, el «cura rockero», atendiendo con un activista de La Alameda una misa en la Plaza Constitución. Fuente: Asociación La Alameda.

La música es su pasión y la música los ha unido. Sucedió en mayo de 1992. Jorge Mario Bergoglio fue ordenado obispo y el padre César Scicchitano, que todavía estaba en el seminario, cantó la liturgia ese día. Pero su primer encuentro personal tuvo lugar recién al cabo de tres años, en 1995 —y no en las circunstancias más felices precisamente—.

César Scicchitano fue un apasionado de la música desde siempre. Escribió y compuso sus primeras canciones de niño. Una vez ordenado sacerdote, quiso seguir entregándose a esta pasión. Sin embargo, el género musical de su preferencia —el rock and roll— no era bien visto en la diócesis y se le sugirió no seguir componiendo ni tocando, a lo cual se negó rotundamente. Y así, el asunto llegó a manos del cardenal. El cura refiere hoy con una sonrisa pícaro: «Para mí era impensable vivir sin mi música rockera».

El entonces cardenal argentino Antonio Quarracino le encargó a Bergoglio ver el caso del joven cura rebelde. El padre César recuerda: «Le expliqué a Bergoglio que la música era para mí una vocación —igual que el sacerdocio—. Necesitaba un entorno que me permitiera ejercer ambas cosas, porque no estaba dispuesto a renunciar a la música metalera. Me respondió sucintamente que haría todos los esfuerzos para hablar con las personas indicadas a fin de encontrar una solución. Me aseguró que podía contar con su apoyo». A los pocos días, el padre César recibió una llamada informándole que había sido transferido a una nueva diócesis, donde podría seguir practicando su música rockera. En esta diócesis trabaja como vicario hasta hoy, desde hace dieciocho años.

Hoy, el padre César es conocido como «el cura rockero» en Argentina. En 2010 se dio a conocer en América Latina principalmente por su canción, «Yo quiero un papa latinoamericano». En aquel entonces nadie podía saber que tres años después su deseo musical de un papa latinoamericano se vería realizado.

El padre César informaba dos veces al año a su superior, Bergoglio, de las piezas que había escrito, compuesto y grabado. Entre tanto, ya ha sacado once discos compactos. Cuando el padre César le presentó al cardenal Bergoglio una foto para la tapa del último disco producido por su banda, El padre César y los pecadores, el cardenal solo dijo: «¡Uy, Dios mío!». En la foto se ve al padre César vestido con una boina y una chaqueta de cuero negra, debajo de la cual se distingue claramente el cuello blanco de la sotana.

Hace algunos años, el cardenal Bergoglio le pidió que compusiera un tema sobre las prostitutas desde la mirada de Jesús. El padre César rememora que el cardenal le explicó cuál era su misión como sacerdote: describir los temas sociales a través de su música y explicárselos a la gente. Y, como si quisiera demostrar sus habilidades musicales, el padre César empieza a cantar una estrofa de esa canción —una pieza musical en honor de las prostitutas, que bautizó como «Amor abandonado»—.

Guiñando un ojo a cada auto que pasa
Vestida de comercio y soledad
Parada en el umbral de cada esquina
Exhibe la sonrisa y el disfraz
Disfraz que le ha quitado la alegría
Y el maquillaje de la dignidad
Entre tantos cuerpos que desfilan
Ninguno se suma a tu ilusión.

El cura rockero escribió también un himno a la «Virgen desatanudos». Bergoglio conoció la imagen milagrosa de María, Desatadora de Nudos, en la iglesia de San Peter, un lugar de peregrinación en la ciudad alemana de Perlach, Augsburg, durante una visita como estudiante a los hermanos jesuitas de esa localidad en los años ochenta. Trajo a Latinoamérica una postal con la imagen de la Virgen. Una reproducción pintada por la artista plástica argentina Ana María Betta de Berti se encuentra desde el 8 de diciembre de 1996 en la parroquia San José del Talar, en Buenos Aires. Todos los años, más de 60 000 peregrinos de todos los rincones de Argentina llegan a la pequeña iglesia el 8 de diciembre —el día de la Virgen— para rendir tributo a María, la Virgen Desatanudos, nos cuenta el padre César.

«El papa sabe que la música es una forma emocional de llegar a las personas. Es posible que no sea el tipo de música que está contemplado al interior de las estructuras de la Iglesia, pero funciona. Y, al final, eso es lo que cuenta», recalca el rockero y sacerdote.

A diferencia de Jorge Mario Bergoglio, César Scicchitano no tuvo una educación católica desde la infancia. El cura de 49 años creció en el mismo barrio porteño que Bergoglio. Recién de adulto optó por el sacerdocio, para poder acompañar al prójimo en situaciones dolorosas desde un lugar mucho más cercano. Para esas fechas ya era músico: «Soy un músico que además es cura», dice. Su género es el rock, que tiene sus orígenes no en las élites de la sociedad sino en la clase trabajadora, extracción que

el padre César y Bergoglio comparten. El padre César subraya: «Gracias a Dios, el arzobispo Bergoglio no ha sido nunca una piedra en mi camino, porque sabía que con mi música llegaría a los que viven en los márgenes de la sociedad, a los que él también siempre quiso llegar. Mientras que otros trataban de ponerme trabas, él siempre me apoyó. Y con los demás, los de la Iglesia en Argentina que no valoran mi música, no tengo contacto, pero no me hago problemas». Y luego añade, risueño: «No a todo el mundo le puede gustar mi música». Se pone en posición nuevamente y canta una estrofa de la canción que se hizo conocida de la noche a la mañana en toda América Latina a partir del 13 de marzo de 2013: «Yo quiero un papa latinoamericano».

Yo quiero un papa latinoamericano,
abriendo puertas, ventanas y armarios,
que corra aire fresco, aire renovado.
Este lado del mundo tiene mucho para dar.

El padre César guarda hasta hoy un pequeño tesoro que le confió el cardenal Bergoglio una vez. Tras ser ordenado cardenal en Roma el 21 de febrero de 2001, Bergoglio regresó a Buenos Aires. Llamó por teléfono al padre César y le pidió que fuera a verlo, que tenía algo que darle. El padre César recuerda: «Estábamos sentados en una pequeña habitación cuando me entregó unos discos en una caja, explicando que, en vez de regalarle algo para los pobres, le habían dado una colección de discos y que me los quería regalar». Eran discos compactos de Stevie Wonder, Tony Bennett, Aretha Franklin y Edith Piaf. Y luego el cardenal le pidió al «cura rockero», que tiene su propio estudio de grabación en Buenos Aires, que le grabara los discos de Edith Piaf en un casete de audio, para poder escucharlos en una vieja casetera que tenía.

«El que hoy como cura pueda tocar música de rock, y la Iglesia Católica no condene mi música como una obra del diablo, se lo debo exclusivamente a nuestro papa actual», puntualiza el padre César.

AMISTAD Y DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Un católico, un judío y un protestante están sentados alrededor de una mesa en un iluminado estudio de televisión. Conversan ante cámaras de temas como la sexualidad, la trata de personas, la solidaridad y la violencia.

«Los tres mosqueteros» —así los bautizaron efectivamente una vez, revela el pastor protestante Marcelo Figueroa—. Desde 2010, es responsable del departamento de relaciones institucionales del canal de televisión del arzobispado de Buenos Aires. Y fue el católico quien le confió esta tarea en 2010: el arzobispo Jorge Mario Bergoglio. Conjuntamente con el rabino Abraham Skorka, concibieron la idea de realizar un ciclo de programas de televisión en el cual un católico, un protestante y un judío sostuvieran un diálogo interreligioso teniendo como epicentro el Antiguo y el Nuevo Testamento. Un principio que acordaron fue escuchar la posición del otro sin prejuicios y sin hacer juicios de valor.

Ese mismo año, en octubre de 2010, se transmitió el primer programa bajo el nombre de *Biblia, diálogo vigente*. El programa fue un evento sin precedentes en el influyente panorama televisivo argentino, que está plagado de noticieros sensacionalistas sobre crímenes y las víctimas de los mismos. Nadie había asumido jamás esta posición: «Mi verdad no es la única que tiene validez». A la fecha de esta publicación se habían transmitido 32 capítulos. Hay un capítulo adicional programado,



Jorge Mario Bergoglio y Abraham Skorka, rabino, escritor argentino y rector del Seminario Rabínico Latinoamericano en Buenos Aires. Foto de Abraham Skorka.

pero que no ha podido ser grabado aún debido a la ausencia del miembro católico de la ronda de conversaciones.

En el año 2010, cuando el jefe de la Iglesia Católica argentina le ofreció nada menos que a un protestante el cargo más alto en el canal de televisión de la Iglesia, en Buenos Aires muchos se preguntaron cuál era la razón. La respuesta es simple y la dio el propio Bergoglio. No quería utilizar los medios como un vehículo de difusión de su persona, como hacen en Argentina los políticos diariamente. Así, Canal 21, el canal de televisión del arzobispado, casi no emitía noticias sobre el trabajo del obispo. ¿La razón? Bergoglio prefería ubicarse detrás de cámaras y concentrarse en el trabajo lejos de los reflectores. No obstante, el diálogo interreligioso constituiría una excepción.

El protestante Marcelo Figueroa y el católico Jorge Mario Bergoglio se conocieron en 2003. Figueroa era director de la Sociedad Bíblica Argentina; Bergoglio, arzobispo, así como cardenal desde 2001. El jefe de la Iglesia Católica tuvo la idea de producir un programa de televisión sobre el trabajo de la Sociedad Bíblica. Figueroa recuerda: «Me invitó al programa. Él era el moderador y el periodista que me entrevistaría. Me quedé algo sorprendido por la forma en que vestía. Llevaba unos zapatos viejos, un pantalón negro y un saco sencillo. Y luego ese reloj barato, que se puede comprar en la calle en cualquier parte por cinco pesos —todavía lo usa hoy—. No parecía el jefe de la Iglesia Católica en Argentina, sino más bien el cura de una villa miseria». Pero Figueroa quedó impresionado por el conocimiento de Bergoglio: «Me sorprendió lo bien informado que estaba sobre el trabajo de la Sociedad Bíblica. Me impresionaron su forma de hablar y la precisión de sus afirmaciones. El secreto de Bergoglio estriba en escuchar atentamente a su interlocutor. Con eso consigue transmitir siempre la sensación de que el otro es más importante que él». El trato profesional se tornó en amistad.

Figueroa afirma que Bergoglio es un hombre que tiene un enorme sentido del humor y está siempre haciendo bromas. Recuerda una situación que provoca risas a los dos amigos aún hoy. Fue en la entrega de un premio

público para Figueroa, un acto que estuvo a cargo de Bergoglio y contó con la presencia de un gran número de ministros y miembros de la comunidad evangélica. Figueroa describe el incidente, sonriendo:

Quando llegó el momento en que debía agradecer al cardenal por el premio, no supe cuál era el protocolo correcto para dirigirme a él. ¿Debería llamarlo monseñor, su eminencia o señor cardenal? Siempre se me confundían los términos. Y entonces me limité a decir lo que sentía en ese momento: mi profundo agradecimiento al amado pastor de la Iglesia Católica, de un cordero de la comunidad evangélica. Esta frase causó malestar entre muchos de los presentes. Se me acusó por parte de la comunidad evangélica de haber destruido quinientos años de reforma con esta declaración. Pero yo solo quería hacer público el gran líder espiritual que veía en la persona de Bergoglio.

Figueroa hace hincapié en que Bergoglio no titubea nunca a la hora de elegir una ruta fuera de lo normal, siempre y cuando sirva a una causa justa. No teme tomar decisiones difíciles, indica. Las toma con celeridad y determinación, no sin antes haber escuchado muchas opiniones, agrega.

También el cardenal de Buenos Aires tuvo que soportar críticas de sus propias filas cuando, durante el servicio religioso conocido como tedeum por Fiestas Patrias en Argentina, el 25 de mayo de 2012, invitó al pastor protestante Marcelo Figueroa y al rabino judío Abraham Skorka a rezar una oración juntos, lado a lado, en la catedral de Buenos Aires. Algunos católicos enviaron cartas al cardenal, tildando esta acción de blasfemia.

En las iglesias se trata muchas veces de luchas de poder, ya que la gente se aferra a sus posiciones, prosigue con su explicación Marcelo Figueroa. Sin embargo, Bergoglio nunca habría conducido la Iglesia Católica en Argentina desde una posición de poder. Y esto lo habría manifestado en primer lugar a través de gestos muy claros. Así, por ejemplo, hacía unos años habría sido invitado por la Iglesia Metodista de Buenos Aires a las celebraciones por el día nacional de la Biblia. Los asientos para los invitados de honor estaban dispuestos de tal manera que había una fila para todos

los representantes de las distintas comunidades cristianas y, algo apartada y singularizada, una silla reservada para el cardenal. Sin embargo, cuando Bergoglio ingresó en la iglesia metodista, eligió sentarse en una de las sillas de la fila, cediendo con ello su lugar al representante de la Iglesia Metodista.

En la oficina de Abraham Skorka, el rector del Seminario Rabínico Latinoamericano de Buenos Aires, dos fotos cuidadosamente enmarcadas dan fe de la estrecha amistad entre Bergoglio y el tercer miembro de la serie televisiva interreligiosa. Skorka menciona las múltiples e intensas conversaciones que sostuvieron, tomando yerba mate. Reconoció lo mucho que echaba de menos esos encuentros con su amigo Bergoglio.

Ambos se conocieron un 25 de mayo de 1999 —el día nacional argentino—, en ocasión del servicio religioso conocido como tedeum en la catedral de Buenos Aires. Al término de la ceremonia, todos los invitados, entre ellos los representantes de otras colectividades religiosas, se pusieron en fila, como lo dictaba el protocolo, para felicitar al obispo de Buenos Aires por su homilía y saludar al nuncio apostólico. Quienes estuvieran en la fila recibían instrucciones estrictas de limitar las palabras que fueran a cruzar con el arzobispo y abstenerse de hacer mayores comentarios. Debía ser un saludo rápido, dado que al final de la cola esperaba el presidente argentino, Carlos Menem.

El rabino Abraham Skorka decidió no felicitar al arzobispo por su homilía sino citar y comentar un versículo que Bergoglio había usado. El obispo de Buenos Aires, a todas luces poco impresionado, miró a Skorka fijamente a los ojos y le espetó: «Creo que este año vamos a comer cazuela de gallina». Skorka retrucó con una respuesta afilada: «Esto es cizaña» —un insulto personal que tiene su origen en el mundo deportivo—. El nuncio, visiblemente irritado por la excesiva duración del intercambio y por el contenido del mismo, se sintió obligado a intervenir y reprendió a Skorka. Bergoglio zanjó la discusión explicando al nuncio: «Estamos hablando de fútbol».

¿Pero qué tenía que ver la sopa de gallina con el fútbol? Uno de los grandes equipos de fútbol argentinos, el River Plate, del que es hincha

Abraham Skorka, se encontraba ese año una vez más, al igual que en años anteriores, a punto de ganar el campeonato argentino de fútbol; pero justamente eso, solo a punto, rememora el rabino. Fue en ese contexto que los jugadores del River Plate pronto fueron bautizados con el apelativo de «gallinas» —demasiado débiles para ganar la copa—. Completamente distinta, por su parte, era la suerte del equipo de Bergoglio en aquella temporada futbolera de 1999. El Club Atlético San Lorenzo estaba en plena forma y ganaba un partido tras otro. Es por eso que muchos hinchas del San Lorenzo, como Bergoglio, esperaban con ansias la «cazuela de gallina» que habrían de comer —la derrota del River Plate—.

Un año antes, en 1998, Bergoglio había preguntado a los representantes de las distintas colectividades religiosas, igualmente en ocasión del tedeum por Fiestas Patrias, de qué equipo eran. Anotó cuidadosamente sus respuestas, según habría de comprobar Abraham Skorka un año después. Y así, el encuentro entre el cardenal y el rabino, un 25 de mayo de 1999 en la catedral de Buenos Aires, sería el comienzo de una larga amistad: «Yo entendí que detrás de ese chiste había una intención: el deseo de que habláramos claro, de que trabajáramos juntos, sin acartonamientos, mirando a los hechos».

El 20 de setiembre de 2004 un cardenal iba a dar por primera vez un discurso en una sinagoga en Argentina. Abraham Skorka había invitado a su amigo católico Bergoglio a celebrar, junto con la comunidad judía Benei Tikvá, fundada por judíos alemanes en 1939 en Buenos Aires, la ceremonia judía para recibir el año nuevo conocida como Rosh Hashaná. Ante una sorprendida colectividad, Abraham Skorka declaró lo siguiente: «Estamos los dos juntos, parados delante de ustedes, delante de Dios, tratando de empezar a hacer aquello que nos enseñaron nuestros sabios». Habló de reconciliación y de perdón. El cardenal Bergoglio respondió luego con las palabras adecuadas: «Como dijo mi hermano Abraham, estamos en la presencia de Dios, estamos delante de Él y con deseos de escuchar, de dejar que sus preguntas nos muevan por dentro, que nos hagan transparentes». Los mensajes de Bergoglio, así como las palabras

que escoge, se caracterizan por su simpleza y franqueza, pero al mismo tiempo también por su profundidad, evoca el rabino.

Otro hecho que causó un gran revuelo un año después, el 11 de octubre de 2012, fue la decisión de la Universidad Católica de Buenos Aires de otorgar un doctorado a un rabino. Esta distinción fue conferida a instancias del cardenal Bergoglio, quien entregó el título al rabino de Buenos Aires, Abraham Skorka, personalmente. Las críticas, sobre todo de las filas conservadoras de la Iglesia Católica, no se hicieron esperar y se vieron corroboradas cuando el rabino, en su discurso de agradecimiento, comparó a la Iglesia Católica con el nacionalsocialismo y calificó su antisemitismo expresamente como un producto de la teología católica. Un discurso que fue aplaudido sin objeciones por el rector Fernández, el cardenal Bergoglio, el nuncio presente en la ceremonia y el hoy arzobispo de Buenos Aires, Mario Poli. Por lo demás, era sabido que el rabino Skorka defendía la legalización del matrimonio homosexual en Argentina, el mismo que está permitido por ley desde julio de 2010 y contra el cual se había pronunciado con vehemencia el cardenal Bergoglio.

A la pregunta de si el rabino había visto a su amigo católico levantar la voz alguna vez, Skorka respondió: «Uno de los pocos momentos en que lo vi efusivo, exasperado, con mucha fuerza, fue durante nuestro programa de televisión con Marcelo Figueroa. Se hablaba de antisemitismo. Bergoglio manifestó, visiblemente irritado: “Antisemitismo es anticristianismo, y anticristianismo es antisemitismo”».

Y fue también Bergoglio quien pidió que Abraham Skorka escribiera el prólogo del libro *El jesuita*, que los periodistas argentinos Sergio Rubín y Francesca Ambrogetti publicaron sobre Jorge Mario Bergoglio en 2012, y que entre tanto ha sido traducido al alemán y otros idiomas. Cuando el rabino le preguntó a su amigo católico por qué lo había escogido a él para prologar el libro, este respondió simplemente: «Porque me salió del corazón».

Con el primer intercambio de palabras entre Skorka y Bergoglio después de aquel tedeum en mayo de 1999 se rompió el hielo entre ellos

y se inició un diálogo que aún perdura hasta hoy. El eje común de sus conversaciones fue en todo momento la Sagrada Escritura. El cardenal y el rabino se reunían periódicamente para conversar sobre temas teológicos y sociales, pero también políticos. Un día, decidieron poner por escrito sus conversaciones y publicarlas. Así, en 2010 apareció en Argentina el libro *Sobre el cielo y la tierra*. Quien hoy camina por la Avenida Corrientes de Buenos Aires, con las coloridas señales luminosas de los teatros y revistas de variedades que seducen al público, podrá curiosear en un gran número de librerías incluso a las dos de la mañana, después que terminan las funciones. La obra de Skorka y Bergoglio cambia de manos con especial frecuencia por encima de los mostradores desde el 13 de marzo de 2013, según confirman los libreros de la Avenida Corrientes, que la tienen en exhibición en sus vitrinas al lado de otros libros sobre el papa Francisco.

Una amistad adicional se entretejió entre el cardenal Bergoglio y el político musulmán Omar Abboud, un argentino de ascendencia siria cuyo abuelo, Ahmed Abboud, fue el primero en traducir el Corán del árabe al español en 1951. A iniciativa de Bergoglio, Omar Abboud, a la sazón secretario general del Centro Islámico de Buenos Aires, el rabino Daniel Goldman y el sacerdote católico Guillermo Marcó fundaron el Instituto de Diálogo Interreligioso en 2001, en plena época negra de la crisis económica argentina.

El diálogo interreligioso fue siempre una de las prioridades de Bergoglio, al igual que la lucha contra la pobreza y el impulso a la educación. Manifestó en repetidas ocasiones, ya sea en sus homilias o en presencia de sus amigos: «Para ser un buen católico, antes hay que ser un buen judío».

En marzo de 2003, cuando el estallido de la guerra de Irak dominaba las noticias internacionales, recuerda Abboud, la Iglesia Católica, junto con las colectividades islámica, judía y protestante, lanzaron una invitación a rezar por la paz. Instalaron frente a la Casa Rosada, en el centro de la Plaza de Mayo, una enorme tienda de campaña blanca con las palabras «shalom»,

«salam» y «paz» en letras de gran tamaño. Durante varios días, la tienda de campaña estuvo abierta para todos, y cualquiera podía entrar y rezar junto a sus correligionarios. Eran tiempos en que reinaba la desconfianza entre las distintas colectividades religiosas, y la confianza podía ser restablecida solo lentamente. La comunidad islámica en Argentina, que representa menos del uno por ciento de la población, habría estado a la defensiva en aquella época, recuerda Abboud.

En 2004, el arzobispo de Buenos Aires fue recibido en el Centro Islámico por su entonces presidente, Adel Made. Bergoglio escribió en el libro de visitas: «Doy gracias a Dios, el Misericordioso, por la hospitalidad fraterna, por el espíritu de patriotismo argentino que encontré y por el testimonio de compromiso con los valores históricos en nuestra patria». Cuando falleció Adel Made, en agosto de 2005, Bergoglio estuvo presente en las exequias. La comunidad islámica acogió a Bergoglio en sus filas como a un hermano, recuerda Omar Abboud: «Siempre tuvo gestos de amor al prójimo con nosotros, desde una gran humildad, y siempre con las palabras adecuadas en el momento adecuado».

Abboud señala que, desde entonces, la Iglesia Católica argentina se habría esforzado especialmente por invitar a la colectividad religiosa islámica a la mesa redonda para conversar sobre diversos temas. Esto no siempre habría fluido naturalmente en el pasado y habría sido interpretado como una señal de generosidad, agrega. La idea era que todas las colectividades religiosas fueran escuchadas por igual. Según Abboud, fue una decisión que provino de la más alta jerarquía de la Iglesia Católica: de Jorge Mario Bergoglio. Y luego dice: «Una vez agradecí delante de los medios la generosidad del cardenal y comenté que él era para mí una de las personas más ejemplares de Argentina. Un periodista recogió esta declaración y la publicó. Bergoglio me llamó al día siguiente y me dijo que no le agradaba que yo difundiera ese tipo de cosas sobre él».

También Omar Abboud es aficionado al fútbol. Pero los cuatro amigos tienen sus propios equipos. El fútbol sería la religión del pueblo, una religión en la que Bergoglio y sus «tres mosqueteros», a pesar del espíritu

de cuerpo que habrían forjado con el correr de los años, prefieren tomar caminos separados, apunta Abboud entre risas.

Jorge Mario Bergoglio es un fiel seguidor del Club San Lorenzo desde joven. Su padre jugaba básquetbol regularmente en el club y acostumbraba llevar al joven Jorge Mario. Abraham Skorka recuerda que de las paredes de la habitación que Bergoglio ocupaba como arzobispo colgaba una foto de 1908, en la que se veía al primer equipo de fútbol del Club San Lorenzo en compañía del padre Lorenzo Massa. En el barrio porteño de Almagro, un grupo de muchachos jugaba al fútbol regularmente en la calle; no tenían otro lugar. Entonces, en 1908, el sacerdote Lorenzo Massa les ofreció jugar en las instalaciones del Oratorio de San Antonio. Y ese fue el nacimiento del Club Atlético San Lorenzo de Almagro, que hoy lleva el nombre de San Lorenzo a secas y es uno de los clubes de fútbol más importantes de Argentina.

En 2008, el club invitó a su miembro más ilustre, el entonces cardenal Bergoglio, a ofrecer una misa por su aniversario. En su homilía, Bergoglio recordó que el San Lorenzo había nacido en el Oratorio bajo la protección de María Auxiliadora y pidió que nunca sacaran la estatua de la Virgen del club. Desde entonces, ella es la guardiana del San Lorenzo. Hoy, a su lado se encuentra un retrato del papa Francisco.

Para algunos fue un milagro; para otros, no podía ser de otra manera: cuando el 13 de marzo de 2013 Jorge Mario Bergoglio se convirtió en el primer papa latinoamericano, el número ganador de la quiniela nacional de Buenos Aires fue el 8235 —el número de socio de Jorge Mario Bergoglio en el Club San Lorenzo—.

El protestante Marcelo Figueroa recuerda el momento en que se dio a conocer el nombre del nuevo papa: «Los colegas estábamos reunidos frente al televisor. Cuando se pronunció el nombre Bergoglio, estallamos en gritos de euforia. ¡Era como si Argentina hubiese metido un gol en el mundial!».

Cuando la comunidad islámica argentina se enteró de que Bergoglio era el nuevo papa, recibieron la noticia con gran alegría y entusiasmo.

«El papa Francisco convocaría a muchos creyentes, no importa la religión que profesaran», manifiesta Abboud. Así, no solo las iglesias católicas experimentaron una gran afluencia de feligreses; también en la colectividad islámica argentina habría ahora una mayor motivación para participar activamente en el diálogo religioso. Esto se debería en gran medida a la integridad y humildad que Bergoglio habría proyectado en todo momento como persona en Buenos Aires, destaca Abboud, para citar luego un adagio de una profecía islámica: «Bebed de la sabiduría, no importa el envase en que se encuentre». Luego de una breve pausa, y visiblemente emocionado, añade: «Gracias a Jorge he mejorado mi fe en el islam».

Para sus amigos seguirá siendo siempre «Jorge». En los días inmediatamente posteriores a su elección, el papa Francisco tomó el teléfono y llamó a sus amigos en Argentina. Marcelo Figueroa recuerda la siguiente conversación, que reproduce literalmente:

Bergoglio: Hola Marcelo, habla Jorge.

Figueroa: ¿Qué Jorge?

Bergoglio: Bergoglio.

Figueroa: ¡Ah! ¿Cómo andás?

Bergoglio: Estoy aquí, en Roma.

Figueroa: ¿Y cómo andás?

Bergoglio: Bien. Imaginate, todo es un poco nuevo para mí y estoy tratando de aprender. Pero, ¿cómo andás vos?

Figueroa: Estoy bien; no ha habido grandes cambios en mi vida.

Bergoglio: Quería saberlo porque ahora viene tu cumpleaños y para el sábado no sé si podré llamarte. Te llamo para saludarte. Contame.

También Omar Abboud y Abraham Skorka recibieron una llamada de «Jorge» —el papa Francisco—. Skorka recuerda que Francisco habló, como siempre, tan solo lo necesario. Sus frases habrían sido cortas pero decidoras. «No quería hablar mucho rato, ya que llamaba del extranjero y era caro. Y al final me dijo: “Ayúdeme a no creérmela por ser ahora papa”».

Al final, el rabino concluye: «Jorge Mario se llamará ahora Francisco, pero Bergoglio sigue siendo Bergoglio».

Cuando el papa Francisco llamó a sus amigos Figueroa y Skorka a los pocos días de haber sido elegido papa, ambos le recordaron que aún tenían pendiente la grabación del último programa de la serie *Biblia, diálogo vigente*. Cuándo se hará esta grabación, señalan Figueroa y Skorka, es todavía incierto. Sin embargo, a la pregunta de ambos si recordaba cuál era el tema acordado, el papa Francisco responde en el acto: «Sí, la amistad».



Papa Francisco y patriarca Bartolomé I de Constantinopla en la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén. Fuente: Assembly of Catholic Ordinaries of the Holy Land, foto de Mark Neiman.

UN ABUELO SABIO

Dos papas en el Vaticano —un hecho sin precedentes en la historia—. Al investigar si alguna vez hubo dos papas al mismo tiempo en el pasado, tenemos que remontarnos a la Edad Media cuando, a fines del siglo catorce, durante el Gran Cisma de Oriente, tuvimos dos papas simultáneamente, en Roma y en Aviñón. Esta escisión, que se prolongó durante casi cuatro décadas, implicó masivos errores y tensiones, y no solo para la Iglesia.

A la hora en punto, conforme a lo anunciado, Benedicto XVI abandona el Palacio Apostólico. Son las cinco de la tarde del 28 de febrero de 2013. El helicóptero papal traslada al papa emérito a la residencia de verano de Castel Gandolfo. Es un lugar al que siempre le fue grato acudir; la gente lo ama y lo considera uno de ellos. Todo el pueblo está de pie, y los negocios se encuentran en plena efervescencia. Turistas y reporteros se atropellan entre sí por los mejores sitios; calles y pasajes están abarrotados. Su renuncia ciertamente tomó a todos por sorpresa.

«Los pontífices llevan viniendo cuatrocientos años», refiere la alcaldesa, Milva Monachesi. «Estamos acostumbrados a que haya audiencias y a que el ángelus dominical se transmita desde aquí. Pero nunca antes un papa saliente se había despedido de la humanidad desde este lugar».

Benedicto se asoma por primera vez al balcón central. Con palabras emocionadas, se despide de la gente, al son de sus gritos: «¡Benedetto, Benedetto!». Aparece solo brevemente. «Ustedes saben que

este es un día especial para mí», dice. «Estoy feliz de estar aquí con ustedes». Y por último: «A partir de ahora, seré un simple peregrino que inicia el último tramo de su viaje en esta tierra».

Poco después, a las ocho de la noche en punto, termina el pontificado del excardenal alemán de la curia, Joseph Ratzinger, otrora prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y brazo derecho de Juan Pablo II. Por primera vez en la historia, la Iglesia entra en un periodo de sede vacante —sin lugar a dudas un hecho histórico—. Las imágenes de la despedida muestran a un hombre en apariencia aliviado, pero visiblemente envejecido, que agradece a sus colaboradores en el Vaticano. Apoyado en un bastón, se asoma al balcón de Castel Gandolfo. Son imágenes que dan la vuelta al mundo. En Roma, la gente se agolpa en las calles y sigue al helicóptero con la mirada. Le hacen adiós y aplauden. La renuncia de Benedicto no solamente le granjea un gran respeto entre unas romanas y romanos en el pasado críticos, también reivindica la imagen de un papa estricto e inflexible a los ojos del mundo.

Escasamente dos semanas después saldría humo blanco de la chimenea de la Capilla Sixtina. Pero cuando parte Benedicto, todos —periodistas o no— se hacen la misma pregunta: ¿qué va a pasar cuando tengamos dos papas al mismo tiempo?

El papa Francisco encara el tema de manera muy natural. El día de su elección, se pronuncia desde el balcón central de la catedral de San Pedro frente a las cámaras de televisión del mundo entero. «Ante todo, quisiera rezar por nuestro obispo emérito, Benedicto XVI», dice muy al inicio de su discurso. «Oremos todos juntos por él, para que Dios lo bendiga y la Virgen lo proteja».

Sin embargo, antes de su primera aparición pública en el balcón central de la catedral de San Pedro, Francisco ha llamado por teléfono a su antecesor en la residencia papal de verano. Desde ahí, Benedicto XVI ha seguido los acontecimientos a lo largo de todo el cónclave. Incluyendo la presentación de su sucesor.

El teléfono seguirá siendo un medio de comunicación primordial entre los dos papas. «Sabemos que Francisco habla por teléfono bastante y con agrado», concede un sonriente Federico Lombardi en la entrevista. Pero afirma desconocer con qué frecuencia el uno o el otro descuelga el auricular. Solo cuando dan cuenta a la oficina de prensa del Vaticano es que la opinión pública toma conocimiento, añade. Como el día de la consagración del papado, la fiesta de San José de Nazaret. Francisco eligió para el inicio oficial de su mandato el día del santo patrón cuyo nombre lleva Joseph Ratzinger. En un coloquio «amplio y cordial», felicita a su predecesor por su santo y le expresa su gratitud por su servicio. También en esta ocasión, el papa emérito está sentado frente al televisor y sigue la ceremonia, al igual que cualquier televidente. Con intensa participación, dice el Vaticano, Benedicto habría seguido la celebración y habría asegurado «su continua cercanía en la oración» a su sucesor.

Jorge Mario Bergoglio —a quien, según el portavoz del Vaticano, Federico Lombardi, no le gustaría viajar y habría asistido al Vaticano solo muy ocasionalmente en el pasado— y Joseph Ratzinger se conocían muy poco. Tanto mayor era la curiosidad por saber si tendría lugar un encuentro entre ambos y, de ser así, cómo y cuándo.

Sin embargo, dicho encuentro no se hizo esperar. Exactamente diez días después de su elección, Francisco se traslada a Castel Gandolfo. Nuevamente se pone en movimiento el convoy mediático, que se apodera de la plaza central del pequeño poblado. Todas las cámaras están orientadas en dirección al famoso balcón de la residencia estival, aunque el Vaticano haya frenado las expectativas con anticipación y por lo tanto nadie crea realmente que ambos papas se mostrarán en público. Al fin y al cabo, Benedicto había anunciado que permanecería «escondido del mundo», prometiendo «obediencia» a su sucesor. Pero ninguno de nosotros quiere desaprovechar una oportunidad, por más pequeña que sea, y por lo demás en este caso se puede afirmar que se trata de un hecho inédito en la bimilenaria historia de la Iglesia.

Las imágenes de este emotivo encuentro, que no puede ser presenciado por periodistas y espectadores directamente, son propaladas horas después por el canal de televisión del Vaticano. Un Benedicto de aspecto frágil, la mano temblorosa apoyada en un bastón y enfundado en un anorak blanco, saluda en la pista de aterrizaje del helipuerto la presencia papal del huésped de Roma. Dos hombres vestidos de blanco. Un largo abrazo. Un firme apretón de manos. Un encuentro único en la historia.

Varios meses después, en el vuelo de regreso de la Jornada Mundial de la Juventud en Río a Roma, Francisco hablará también sobre su relación con Benedicto XVI. «La última vez que hubo dos papas, o tres papas, no se hablaban entre ellos. Estaban peleando a ver quién era el verdadero». La dimisión de Benedicto habría sido para él un ejemplo de grandeza, apunta Francisco. Y a la pregunta «¿Pero cómo puede ser esto, dos papas en el Vaticano?», responde: «Es como tener el abuelo en casa, pero un abuelo sabio. Cuando en una familia el abuelo está en la casa, es venerado, querido, escuchado».

El encuentro en Castel Gandolfo dura dos horas y media y se realiza a puertas cerradas. «Un momento de profunda y elevada comunión» —así lo resume Federico Lombardi más tarde—. Ambos se dirigen a la capilla a rezar. Benedicto intenta cederle a Francisco el sitio de honor, pero este lo rechaza. Ambos rezan arrodillados en el mismo banco. «Somos hermanos», precisa Francisco. El papa obsequia a su antecesor un icono de la Virgen de la Humildad, un evidente gesto de admiración por la humildad de Benedicto durante su pontificado, aduce Lombardi, y por su valor cuando el papado llegó a su fin.

Francisco volverá sobre el mismo tema reiteradamente. Por ejemplo, al recitar el ángelus el 30 de junio de 2013, cuando rinde tributo a la decisión de conciencia de su predecesor. «El papa Benedicto XVI nos dio este gran ejemplo cuando el Señor le hizo entender, en la oración, cuál era el paso que debía dar. Con gran sentido de discernimiento y valor, siguió su conciencia; esto es, la voluntad de Dios que hablaba a su corazón.

Y este ejemplo de nuestro padre nos hizo mucho bien a todos nosotros, como un ejemplo a seguir».

Ambos pasan 45 minutos juntos en la biblioteca de Castel Gandolfo, detrás de puertas cerradas, 45 minutos en torno a los cuales se tejen múltiples conjeturas. ¿Qué tienen que decirse los dos papas? ¿Cuántos temas privados y cuántos de trabajo se tocan en la conversación entre cuatro paredes? Nadie sabe la respuesta. Como telón de fondo, se habla de un expediente secreto de trescientas páginas que Benedicto querría entregar a su sucesor, un rumor que es desmentido más adelante. Sin embargo, incluso si no incluye un documento secreto, la lista de posibles temas es larga, como lo es también la lista de escándalos que habría que abordar. «De los *vatileaks*», declaró Francisco más de cuatro meses después, «de los *vatileaks* él me dijo todo con una simplicidad».

Luego de almorzar juntos en la residencia de verano, Francisco vuela de regreso al Vaticano.



Fieles siguen en Plaza de Mayo la Santa Misa en Roma. Fuente: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El siguiente encuentro se produce el 2 de mayo de 2013, cuando Benedicto regresa a Roma. El Vaticano prescinde de la cobertura televisiva —en aras de proteger la intimidad—. Esta vez es el papa quien recibe a su antecesor y reza con él en su alojamiento definitivo, el monasterio Mater Ecclesiam, en los jardines vaticanos. Benedicto se instala en la primera planta de la que solía ser la casa del jardinero del Vaticano, recientemente remozada, la misma que en 1992 fue transformada en un convento de monjas de claustro a pedido de Juan Pablo II. Hoy es el hogar del papa emérito Benedicto, quien dedicará su vida «a servir a la Iglesia con la oración», así como al estudio. El monasterio cuenta con una capilla y una biblioteca. Los rumores según los cuales Benedicto XVI podría permanecer en Castel Gandolfo quedan con ello definitivamente acallados. Y también la selección de la residencia de Francisco adquiere entre tanto carácter definitivo. Se quedará en la Casa Marta. El Palacio Apostólico abrirá sus puertas para audiencias y recepciones únicamente. Por primera vez en la historia, el Vaticano alberga ahora a un papa en actividad al mismo tiempo que a un papa renunciante. Apenas un corto paseo a pie media entre ambos. A más tardar a estas alturas cesan las especulaciones en torno a un posible «pontificado paralelo». Sin embargo, queda pendiente una pregunta: ¿trabajarán juntos?; y, de ser así, ¿cómo?

El propio Francisco se encarga de responder el «cómo» días después. Recuerda que «el 28 de febrero, cuando nos habló a los cardenales en su discurso de despedida, el papa Benedicto dijo: “Entre ustedes está el próximo papa y yo prometo obediencia”. Esto es grande; es un grande».

La pregunta de si trabajarán juntos o no se esclarece a fines de junio de 2013, con la publicación de la primera encíclica del nuevo pontificado, *Lumen Fidei*, en forma de catequesis «escrita a cuatro manos» por los dos papas. Benedicto ya había dedicado largas horas a trabajar en *La luz de la fe*; luego vino la dimisión y el manuscrito permaneció inconcluso. Pero no fue un ejercicio inútil, ya que su sucesor rescata la idea y la termina.

«Estas consideraciones sobre la fe —en línea con todo lo que el magisterio de la Iglesia ha declarado sobre esta virtud teológica—

pretenden sumarse a lo que el papa Benedicto XVI ha escrito en las cartas encíclicas sobre la caridad y la esperanza», escribe Francisco al inicio. «Él ya había completado prácticamente una primera redacción de esta carta encíclica sobre la fe. Se lo agradezco de corazón y, en la fraternidad de Cristo, asumo su precioso trabajo, añadiendo al texto algunas aportaciones». En verdad, no es un proceso inédito. También el propio Benedicto incorporó en su primera encíclica algunos apuntes de su predecesor, Juan Pablo II. Sin embargo, esta vez se trata de algo diferente, ya que por primera vez dos papas vivos redactan una encíclica juntos.

En consonancia con ello, la presentación del documento de noventa páginas es también novedosa. Esta vez no vemos las habituales imágenes televisivas de un papa tomando la pluma para estampar su firma en la última página. No, es evidente que esas cosas no son del agrado de Francisco. Esta vez, antes nuestros ojos desfilan imágenes de un tercer encuentro oficial entre los dos colegas en medio de los jardines vaticanos.

El motivo oficial del encuentro es la develación de una estatua de cinco metros dedicada al santo patrón de la Iglesia, el arcángel San Miguel. El papa en funciones y el papa emérito aparecen en la ceremonia lado a lado. «Benedicto es tan retraído», comenta el padre Lombardi, designado por aquel para fungir de vocero de prensa de la Santa Sede, «que hubo que sacarlo prácticamente a la fuerza de su retiro, pero una vez ahí estuvo muy contento de ser parte de un círculo más amplio». Muchos colaboradores del Vaticano aprovechan la oportunidad para saludarlo nuevamente. Benedicto luce más relajado que en Castel Gandolfo. «Después de los últimos meses de su pontificado, que supusieron un esfuerzo increíble para él y generaron profundas tensiones internas, ha recuperado fuerzas», acota Lombardi.

Francisco también alude al tema en sus declaraciones durante el vuelo que lo lleva de regreso a Roma después de la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro: «Yo le dije muchas veces: “Santidad, haga su vida, venga con nosotros”. Él vino para la inauguración de la estatua de San Miguel».

La encíclica *Lumen Fidei* —declara Francisco después del rezo del ángelus dominical frente a los creyentes que asisten a la plaza de San Pedro— puede ser un derrotero para todo aquel que esté intentando «ir a lo esencial de la fe cristiana, profundizar en ella y compararla con las problemáticas actuales». Puede ser útil, señala, para «quien está buscando a Dios y el sentido de la vida». El documento de principios sobre una virtud teologal postula que la fe no puede ser nunca algo privado, sino que está destinada a pronunciarse y convertirse en anuncio. Incide especialmente en el diálogo entre la razón y la fe, un tema de gran interés para el profesor de teología Ratzinger. Conclusión: el que tiene fe, no menoscaba su conocimiento; más bien lo engrandece. El sello de Francisco puede apreciarse en la encíclica más hacia el final. Es decir, cuando se habla de la aplicación concreta y práctica de la fe. La luz de la fe no nos aleja del mundo, reza *Lumen Fidei*, sino que enriquece la existencia humana en todas sus dimensiones. De ahí que la fe deba ponerse «al servicio concreto de la justicia, el derecho y la paz». La fe nos enseñaría a «encontrar el bien común, a respetar en mayor grado la naturaleza y a promover formas justas de gobierno».

La encíclica conjunta será un caso único y probablemente el último texto publicado de Benedicto XVI. La idea del papa Francisco de redactar un trabajo a cuatro manos permitió a Benedicto completar su trilogía sobre la fe, la esperanza y la caridad. Ahora su papel es el de un consejero, un «abuelo sabio» para su sucesor, casi diez años menor que él.

El «papa emérito» Benedicto XVI se mantiene entonces presente. Al menos es un hecho que lo está en las monedas del Vaticano. Incluso en el anverso de las euromonedas nacionales que fueron puestas en circulación el año 2013 aparece la imagen de Benedicto XVI.

TIENEN QUE SALIR A LA PERIFERIA

Pocos días antes del cónclave —en una de las congregaciones generales— el arzobispo de Buenos Aires pronuncia un discurso que causa una profunda impresión en muchos de los prelados electores. Incluso habría sido clave para que Bergoglio se convierta en favorito ya en la primera votación.

En su alocución, el cardenal de 76 años propugna un cambio de dirección radical. El argentino, que no es amigo de escribir sus discursos y prefiere hablar sin ayuda de un libreto, realiza un bosquejo claro e inequívoco de su idea de lo que debe ser la Iglesia. Con dureza, emite su opinión sobre las formas de vanidad eclesial y la autorreferencialidad de la Iglesia. Una Iglesia que no sale de sí misma caería en una suerte de «narcisismo teológico», advierte. Debería, por lo tanto, salir de la comodidad de sus aposentos.

La Iglesia debe salir de sí misma e ir a las periferias, no solo geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.

El discurso llega a manos de la opinión pública a través del arzobispo de La Habana, cardenal Jaime Ortega y Alamino. Este le había pedido un resumen a su colega. Al día siguiente, Bergoglio le entrega dos hojas escritas a mano. Ortega las reproduce a fines de marzo, con el consentimiento del papa, en la revista diocesana de su jurisdicción.



Visita del papa Francisco a Filipinas el 15 de enero de 2015. En la imagen aparece con el presidente filipino, Benigno Simeón Aquino III. Fuente: Malacañang Photo Bureau, foto de Robert Viñas.

El primer viaje de Francisco lo lleva a Lampedusa. La isla siciliana parece mandada a hacer para ejemplificar el mensaje central de su discurso: «salid a la periferia geográfica y existencial». Desde el punto de vista geológico, la isla de veinte kilómetros cuadrados, ubicada más al sur que Túnez, pertenece ya a la meseta continental africana. En los medios, sin embargo, «el paraíso tropical italiano» se mantiene presente hace años no por sus hermosas playas sino debido al drama de los refugiados, que se repite a diario. Lampedusa es el primer puerto de escala para los refugiados que inician su «travesía de la esperanza» en barcas a través del Mediterráneo en dirección a Europa, un viaje que a menudo deben pagar con la vida.

El primer semestre de 2011 fue particularmente dramático. Las revoluciones en el norte de África —empezando por el derrocamiento del dictador tunésino Zine El Abidine Ben Ali— produjeron grandes oleadas de migrantes. Al principio se trataba principalmente de tunésinos que huían de su país, en su mayor parte jóvenes varones, siempre con el objetivo en la mira de acceder a una vida mejor y más segura. Tras la firma de un acuerdo de repatriación con Túnez por el gobierno italiano de Silvio Berlusconi, empezó a llegar un número cada vez mayor de personas de Libia, sobre todo trabajadores extranjeros y refugiados, después de atravesar todo el continente africano. En la primavera boreal de 2011, según informaciones de la Organización Internacional para las Migraciones, emigraron tan solo de Libia 770 000 personas a los países vecinos. La mayoría se quedó en África, pero cientos de miles intentaron llegar a Europa. Y la puerta de ingreso al codiciado continente es Lampedusa, a solo 120 kilómetros de distancia de la costa tunecina.

En ese contexto, la pequeña isla fue virtualmente tomada por asalto. En cuestión de semanas —de acuerdo al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)— arribaron 40 000 embarcaciones de refugiados a una Lampedusa de apenas 5000 habitantes, que no cuenta con fuente de agua ni producción agrícola propias. Tanto el agua potable como los alimentos tienen que ser importados de tierra firme.

Esta dramática situación representó para los isleños un desafío extraordinario. Las tensiones se vieron exacerbadas por las numerosas tragedias que se desenvuelven en el mar. En intervalos regulares, las embarcaciones de goma y los botes pesqueros —en su mayoría sobrecargados de pasajeros y no aptos para navegar en el mar, y con frecuencia en un estado calamitoso— naufragaban. Lampedusa estuvo todos los días en las noticias internacionales y se sintió abandonada a su propia suerte, no solo por su país sino también por Europa. Sin embargo, ni bien se levantó el estado de excepción, un manto de silencio cayó sobre la isla. El drama continúa —pero ahora en silencio—.

En noviembre de 2012, la alcaldesa de Lampedusa y Linosa, elegida en mayo, dirigió un llamamiento desesperado a la Unión Europea. Giusi Nicolini, una ambientalista nacida en 1961, escribió lo siguiente:

Ya me han sido entregados veintiún cadáveres de personas que se ahogaron intentando llegar a Lampedusa. Es algo insoportable para mí, y una enorme carga de dolor para la isla. Tuvimos que pedir ayuda para que los alcaldes de la provincia dieran un entierro decente a los últimos once cuerpos, porque el municipio ya no tenía más lugares disponibles. Construiremos otros, pero pongo a todos una pregunta: ¿cuán grande tiene que ser el cementerio de mi isla? No logro entender cómo esta tragedia puede seguir siendo considerada algo normal. Cómo uno puede quitar de la vida cotidiana la idea, por ejemplo, de que once personas —entre ellas ocho mujeres muy jóvenes y dos niños de once y trece años— pueden morir todos juntos. Como el sábado pasado, durante un viaje que iba a ser para ellos el comienzo de una nueva vida. Fueron rescatadas 76 personas, pero eran 115. El número de los muertos es siempre mucho mayor que el número de cuerpos que el mar devuelve.

Se siente escandalizada por la insensibilidad, continúa la alcaldesa, que parece haber infectado a todos. «Estoy asombrada por el silencio de una Europa que acaba de recibir el Premio Nobel de la Paz, y que calla frente a una matanza que tiene los números de una guerra real». 20 000 personas

—estiman distintas organizaciones de derechos humanos— encontraron su última morada en el mar Mediterráneo en los últimos veinticinco años. El llamado de la alcaldesa se perdió en la bruma sin obtener respuesta.

El 19 de marzo de 2013, el día de la inauguración del papado de Francisco, también Stefano Nastasi redacta una carta. Pero el párroco de la isla no se la envía a los políticos, sino al flamante papa. La misiva es publicada en la página inicial de Fondazione Migrantes, una organización de la Conferencia Episcopal Italiana. En ella, don Stefano escribe sobre su isla, sobre los inmigrantes y sobre el mar Mediterráneo, que para muchos se habría convertido «no en un regazo, sino en un sepulcro». «Las lágrimas de los que logran ser rescatados hablan del calor y de la sal, del frío y del hambre». Hablan de «la añoranza que sienten por el terruño y de la búsqueda de una vida mejor para ellos y para sus hijos. Huyen de la persecución, que extingue la libertad». «Le extiendo una invitación», concluye su misiva el párroco. «El corazón del Mediterráneo lo espera».

El 1 de julio, la Casa Pontificia da a conocer el itinerario del primer viaje papal. Declara que sería el deseo expreso de Francisco realizar una visita a Lampedusa. Toda una sorpresa —no solo para los periodistas—. Cuán «en la periferia» se encuentra la isla se hace evidente de inmediato, incluso para la prensa. Los escasos vuelos se agotan al instante. Los asientos no se dan abasto para contener la arremetida mediática. Viajamos por lo tanto haciendo escala en Sicilia y luego a bordo de un hidroala hasta el extremo más meridional de Italia. El agitado mar permite intuir los horrores que experimentan los inmigrantes en sus chalupas.

Al llegar, todavía se ve gente echando una mano por todos lados. La sencilla cancha de fútbol es adaptada, algunas paredes son demolidas; al frente se erige un altar. Voluntarios pintan la desvencijada pared delante del altar de azul y blanco. Al término de la misa dominical en la iglesia de San Gerlando, el párroco pide a la multitud de feligreses que lleven pañuelos blancos al día siguiente, para recibir al papa. La idea es agitarlos para saludar a Francisco. La parroquia no ha mandado a hacer pendones ni banderolas, dado que Francisco les habría pedido que no compren nada,

que no incurran en costes. Incluso el «papamóvil» que se utiliza para la ocasión es prestado: un automóvil de campaña descapotable que ha visto mejores días y ha sido prestado por un milanés que veranea en Lampedusa desde hace muchos años.

La gente de la isla está extasiada. «Nunca antes un pontífice había pisado nuestra isla», nos dice una mujer, emocionada hasta las lágrimas. E incluso los turistas, que representan la mayor fuente de ingresos de la isla, estarían «entusiasmados de poder ver al papa». Los balcones de las casas lucen carteles improvisados. «Tú eres uno de nosotros», se lee en uno de ellos.

El arzobispo de Agrigent, Francesco Montenegro, comparte este entusiasmo. «En mayo estuve con los obispos sicilianos visitando a Francisco», nos cuenta. «Hablamos sobre Lampedusa. Nos escuchó con la mayor atención. Pero nunca imaginé que vendría tan pronto».



Las visitas del papa a zonas en situación crítica no son excepcionales. El 17 de enero de 2015, por ejemplo, Francisco acudió a la catedral de Palo (provincia de Leyte, Filipinas), donde dio bendiciones a los feligreses mientras se producía un tifón en el área. Fuente: Malacañang Photo Bureau, foto de Benhur Arcayan.

Cuando Francisco aterriza en Lampedusa al día siguiente, en la isla reina el estado de excepción. Para la misa en el estadio de fútbol se espera una afluencia de 5000 personas. El papa ha venido a honrar la memoria de los miles de refugiados que iniciaron su travesía a través del Mediterráneo en barcasas y no sobrevivieron al trayecto, y para agradecer a los isleños por la solidaridad desplegada durante todo el año. En una lancha de la guardia costera se dirige a una ubicación donde, en mayo de 2011, fueron rescatados del agua varios cadáveres. Ciento veinte barcos pesqueros escoltan al papa en su travesía. Los turistas que vacacionan en Lampedusa tampoco dejan pasar la oportunidad y se hacen a la mar.

La lancha se detiene frente a la Puerta de Europa —el monumento erigido por el artista italiano Mimmo Paladino—. La Porta de Paladino es el primer memorial en conmemorar a los miles de náufragos fallecidos, a los inmigrantes que no alcanzaron a poner un pie en Europa. Es una puerta en forma de arco, de aproximadamente cinco metros de altura, delante la cual se han depositado a modo de ofrenda diversos objetos: vasos, una sogas, zapatos, mascarillas mortuorias —todos ellos simbolizando sueños truncados—. Una mirada a través de la puerta nos conduce en dirección a Libia. En este lugar, frente a la costa árida y rocosa de la isla de Lampedusa, el papa Francisco arroja una corona de flores al mar y eleva una plegaria en silencio.

Una vez en tierra firme, Francisco se reúne con cincuenta náufragos que están recluidos en el centro de internamiento de la isla, procedentes de Somalia, Eritrea y otros estados africanos. La mayoría son musulmanes. Cuentan —lejos de los micrófonos de la televisión— de la guerra, la persecución, el hambre y los problemas que enfrentan después de llegar. «Oremos por aquellos que no están más aquí», invoca Francisco. Sostener un encuentro con los migrantes y conversar directamente con los afectados es lo más importante para él. El encuentro se lleva a cabo cerca del impresionante cementerio de embarcaciones de la isla. Una colección de embarcaciones rescatadas; pedazos de barcasas siniestradas con inscripciones en árabe; unos pocos efectos personales

de seres humanos que lo tuvieron que dejar todo. En este lugar concibió Mimmo Paladino la idea para su monumento. «El papa también es hijo de inmigrantes», nos dice Stefano Nastasi. «Abandonaron Italia para emigrar a la Argentina. Esta experiencia, que lo marcó profundamente, sin duda contribuye a que comprenda como ningún otro lo que acontece en el corazón de un emigrante».

La llegada de Francisco al estadio genera alborozo. Desde tempranas horas de la mañana, isleños y turistas esperan al invitado de Roma bajo un sol abrasador. Muchos no resisten el calor y pierden el conocimiento. Una y otra vez pasan a nuestro lado, de prisa, los equipos de rescatistas. Pero nadie quiere perderse este momento histórico de la visita del papa.

Francisco, el papa que llegó del lejano sur, no quiere tener políticos del norte a su lado. Y es que estos no habrían encontrado el camino hasta este lugar. Así, por ejemplo, el ministro del Interior, Angelino Alfano, quien invocando su origen siciliano hubiera estado feliz de aparecer en la foto junto al papa, recibe calabazas por respuesta. Francisco quiere estar rodeado exclusivamente de personas que estén viviendo la tragedia en el lugar de los hechos, como la burgomaestre de Lampedusa y de la minúscula isla vecina de Linosa.

El silencio se instala en el estadio luego del júbilo, cuando Francisco empieza su homilía y cuenta cómo él, el hombre que vino de la lejana Argentina, tomó su decisión de acudir a este lugar.

Inmigrantes muertos en el mar, desde esas barcas que en lugar de ser una vía de esperanza han sido una vía de muerte. Así es el título de los periódicos. Cuando hace algunas semanas he conocido esta noticia, que lamentablemente tantas veces se ha repetido, mi pensamiento ha vuelto a esto continuamente, como una espina en el corazón que causa sufrimiento. Y entonces he sentido que debía venir aquí hoy a rezar, pero también a despertar nuestras conciencias para que lo que ha sucedido no se repita, no se repita, por favor.

En la misa, todo evoca el motivo de la visita. Es una misa en nombre de la sencillez y la solidaridad. El altar, repleto de simbolismo, es obra del ebanista local Franco Tuccio, quien lo hizo con las maderas de colores de las barcas que llegan a la isla. También la cruz que sostiene Francisco en la mano durante el servicio religioso causa una curiosa sensación de sencillez y paganismo. Lo mismo sucede con el cáliz.

La homilía de Francisco gira en torno a las figuras de Caín y Abel, así como a la pregunta: ¿quién es responsable de toda la sangre derramada? Selecciona palabras fuertes y les recuerda a todos sus responsabilidades, incluyéndose a sí mismo.

La cultura del bienestar nos vuelve insensibles a los gritos de los demás; nos hace vivir en pompas de jabón, que son bellas, pero no son nada. Lleva a la indiferencia hacia los demás; es más, lleva a la globalización de la indiferencia. En este mundo de la globalización, hemos caído en la globalización de la indiferencia. Nos hemos habituado al sufrimiento del otro; ¡no nos concierne, no nos interesa, no es un asunto nuestro!

La indiferencia nos haría a todos «innominados, responsables sin nombre y sin rostro». Nuestra sociedad habría olvidado la experiencia del llanto. Nadie habría llorado a las personas que estaban en las barcas, a las madres, a los hijos fallecidos. Francisco exige solidaridad fraterna con quienes llegan en busca de asilo procedentes de África y Asia. Y lanza una crítica indirecta a la política de la Unión Europea para con los refugiados, así como a los gobiernos de los países de donde provienen los migrantes. «Padre, te pedimos perdón por aquellos que con sus decisiones a nivel mundial han creado situaciones que conducen a estos dramas». A los pobladores de la isla, en cambio, Francisco les agradece: «Ustedes son una pequeña realidad, ¡pero ofrecen un ejemplo de solidaridad!».

Esta solidaridad es puesta a prueba el día de la visita del papa. Temprano en la mañana, un grupo de refugiados llega en barcas y es apresado. Se trata esta vez de 166 personas, mujeres algunas de ellas.

Es parte de una oleada de refugiados que empezó en octubre de 1992, según nos explica el excomandante de los *carabinieri*, Elio Desiderio. «En ese entonces, fui informado por radio de que 71 tunecinos habían llegado y querían hablar conmigo. Me comunicaron que deseaban permanecer en Italia. Y uno de ellos me dijo algo que en aquel entonces me fue imposible entender. Dijo: “Ya va a ver usted: van a llegar muchos”».

Hasta el día de hoy no se vislumbra un final para el torrente de refugiados. La alcaldesa Giusi Nicolini es consciente de ello. Tanto más agradecida está por la visita del papa. «Para mí», declara, «significa el fin de una gran soledad. El mundo vuelve a dirigir la mirada hacia nosotros». Al mismo tiempo, exige una vez más un «cambio de la política de aislamiento y seguridad vigente, que es injusta y no sirve para nada. Las personas siguen llegando. De esta manera absurda, que se cobra tantas víctimas. Y, al final, nosotros somos culpables de estos cientos de miles de muertos, que nadie llora, nadie ve, sobre los que nadie quiere hablar».

Cada vez es más frecuente que también mujeres y niños emprendan la peligrosa travesía en dirección a Europa. Una joven somalí nos cuenta que estuvo viajando por espacio de casi un año. En el ínterin trabajó como semiesclava en hogares sudaneses y libios hasta que logró ahorrar el dinero suficiente para pagar el pasaje. Una historia impresionante, que sin embargo omite mencionar muchas cosas, sobre las cuales se pronuncia a menudo el director del centro de internamiento de la isla, Cono Galipo: la violencia sexual, la opresión y la miseria. «Hemos visto el sufrimiento de tantas personas. Por eso, los que se oponen a este fenómeno migratorio propio de la época deberían hablar con ellos; seguro que cambiarían de opinión».

El primer viaje pastoral del papa Francisco dura medio día. Sin embargo, la repercusión de esas pocas horas es inmensa. Para la exrepresentante de ACNUR y presidenta del parlamento italiano Laura Boldrini, la visita reviste una importancia extrema, ya que dirige la atención del mundo hacia los aproximadamente 45 millones de refugiados que hay en el mundo. Hasta la xenófoba Liga Norte le profesa respeto a Francisco, ya que,

según argumenta, estaría actuando «como un papa». Pero los himnos de alabanza más elogiosos los recibe Francisco de las filas de los partidos de izquierda. El exsecretario del partido Refundación Comunista, Fausto Bertinotti, está entusiasmado: «La salvación puede venir del papa Francisco». El jefe del partido de izquierda SEL, Nichi Vendola, declara: «Las palabras de Francisco son una luz para una humanidad que ha perdido el rumbo». Y el Partido Democrático italiano cuelga el texto completo de la homilía en su página inicial. Los anticlericalistas la van a tener difícil de aquí en más, observa asimismo el escritor Aldo Nove. El artista, nacido en 1967 y miembro del grupo Jóvenes Caníbales, escribe: «Tras el ataque frontal del papa contra el IOR, el Banco Vaticano, y después de su viaje a Lampedusa, como ateo solo puedo decir una cosa: el papa Francisco es un súper tipo».



Francisco es un papa popular, como lo demuestran los fieles argentinos reunidos en la Plaza de Mayo para verlo oficiar la Santa Misa en pantalla gigante. Fuente: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

SAN PEDRO NO TENÍA CUENTA BANCARIA

Faltan unas pocas horas para el cónclave. La última congregación general está en marcha. 152 cardenales con y sin derecho a voto debaten los desafíos de la Iglesia y en especial aquellos que deberá enfrentar el nuevo papa. El humo blanco se encuentra aún a una distancia imprecisa; detrás de los muros del Vaticano saltan chispas. Y es que los temas que se abordan son bastante fuertes, terrenales. «Los cardenales discuten con gran franqueza», se escucha decir una y otra vez por todas partes. Pero en este día en particular salen a relucir profundas divisiones. Los ánimos se enardecen en torno al controvertido Banco Vaticano.

El cardenal brasileño de la curia, João Braz de Aviz, había criticado al IOR y su administración. Y esto le habría granjeado las iras del poderoso secretario de Estado del Vaticano, Tarcisio Bertone, quien, en su calidad de presidente de la comisión cardenalicia para el Banco Vaticano, ejerce un papel clave en la institución. Sin embargo, también en las congregaciones anteriores el tema había salido a la luz varias veces. Muchos cardenales —sobre todo de otros continentes— tenían preguntas sobre los últimos escándalos que salieron en las noticias, y uno que otro manifestó asimismo una opinión absolutamente puntual. «El IOR no es una parte esencial del ministerio del Santo Padre como sucesor de San Pedro», expresó el arzobispo nigeriano de Abuja, John Onaiyekan,

en una entrevista con el canal de televisión italiano La 7. «El IOR no es sacramental, no es parte del dogma», agregó. La mayoría de los cardenales está de acuerdo en que el nuevo papa deberá privilegiar este tema.

En realidad, el banco se llama Instituto para las Obras de Religión (IOR). Fue fundado en su forma actual por decreto papal el 27 de junio de 1942. Por cierto, con la tarea de —según se lee en su página inicial, inaugurada recién a fines de julio de 2013— «servir a la Santa Sede y a sus clientes en todo el mundo». El IOR está radicado «exclusivamente en el territorio soberano del Estado Vaticano», más específicamente en la torre medieval que lleva el nombre de Nicolás V. No se tiene previsto abrir filiales extraterritoriales.

Sin embargo, los inicios del IOR se remontan al siglo diecinueve. Nació en 1887 con la creación de la Comisión de Cardenales para las Causas Pías por el papa León XIII. Su función consistía principalmente en administrar el recientemente creado fondo conocido como «los peniques de Pedro», el mismo que está formado —hasta la actualidad— por las donaciones que recolectan los católicos en todo el mundo para el Vaticano. Tras la unificación de Italia en 1870, y la consiguiente pérdida de los Estados Pontificios, dichos aportes constituyeron la principal fuente de ingresos del papa por espacio de décadas.

Recién en 1929 el instituto adquirió mayor peso con la firma de los Pactos de Letrán. Estos pactos entre el Reino de Italia y la Santa Sede pusieron fin a la denominada «cuestión romana» y establecieron con ello el estatus definitivo de la ciudad del Vaticano. Nació un nuevo Estado reconocido por el derecho internacional. A partir de entonces, los papas dejaron de ser «prisioneros en el Vaticano», como se definiera a sí mismo Pío IX en el siglo diecinueve. Había intentado por todos los medios —infructuosamente, al final— restablecer el poder del papa en el mundo. La creación del Estado de la Ciudad del Vaticano le reportó pagos compensatorios al papa por cuenta de los territorios pontificios confiscados. La Italia fascista del primer ministro Benito Mussolini abonó 1.75 mil millones de liras al Vaticano —una parte al contado y otra en bonos del Estado—

en compensación por la pérdida de los territorios papales casi sesenta años atrás. El nuevo Estado abarcaba ahora apenas 44 hectáreas, pero sus arcas estaban repletas.

La función del IOR ha sido modificada varias veces en el transcurso de la historia. No obstante, a más tardar a partir de 1942 dejó definitivamente de comprender únicamente la administración de «los peniques de Pedro». El IOR se convirtió de facto en un banco en toda regla, con personería jurídica propia. Estaba orientado a administrar los dineros depositados con miras a capitalizarlos y gozaba de una gran cantidad de privilegios extraordinarios. Por ejemplo, no presentaba balances ni rendía informes acerca de sus actividades. Para ello disponía de una exoneración de impuestos sobre los dividendos que le fue otorgada por el gobierno de Mussolini. El piadoso nombre de Instituto para las Obras de Religión se mantuvo, pero los contenidos eran de todo menos piadosos. Durante mucho tiempo, el banco, cuyo propietario es el papa, fue prácticamente un ente desconocido para un amplio sector de la población. Si bien hubo críticas a las operaciones bursátiles e inmobiliarias del banco —altamente riesgosas y éticamente cuestionables— en algunos casos puntuales, para todos los efectos prácticos el banco permaneció en el anonimato.

Todo esto cambiaría en la década de los años setenta. El IOR fue objeto de un titular tras otro. Y es que el nombramiento en 1971 del sacerdote estadounidense Paul Casimir Marcinkus al cargo de director del banco marcaría el inicio de una era tenebrosa. El exguardaespaldas del papa Paulo VI, que respondía al sobrenombre de «Gorila», manejó los hilos de uno de los escándalos más sonados que hubieran sacudido jamás al Vaticano. Se habló de operaciones financieras ilegales, lavado de dinero y corrupción, y hasta de presunción de homicidio —un material que haría palidecer a cualquier novela policial—. Marcinkus, sin embargo, que posteriormente fue designado arzobispo, nunca debió responder por sus actos. Una orden internacional de captura en su contra permaneció sin efecto. Marcinkus se amparó en la soberanía del Vaticano, así como en la inexistencia de un tratado de extradición.

No volvió a trasgredir los confines del Vaticano, evadiendo con ello la intervención policial.

Marcinkus permaneció en el cargo de director del IOR hasta 1989. Un año después, a los 68 años, renunció al cargo que ocupaba en la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano. El arzobispo regresó entonces a Estados Unidos para trabajar en Sun City como un «simple párroco», según declaraciones del Vaticano. Paul Casimir Marcinkus murió en 2006.

Durante su gestión como director del IOR, Marcinkus involucró al banco en una serie de institutos del mago de las finanzas Michele Sindona. El banquero de origen siciliano —alguna vez uno de los hombres más influyentes de Italia— blanqueó dinero de la mafia, en gran medida procedente del tráfico de heroína, montando una red internacional de lavado de dinero para tal fin. Sindona, óptimamente relacionado, realizó diversas transacciones comerciales para el Vaticano.

Marcinkus actuó en varios frentes y creó nuevas redes. Fue en ese contexto que entró en contacto con Roberto Calvi. Marcinkus cedió un porcentaje de las acciones de la Banca Cattolica del Veneto a favor del Banco Ambrosiano, que era dirigido por Calvi. Bajo el pontificado de Juan Pablo II, el arzobispo Marcinkus, hijo de padres lituanos, participó en el financiamiento de la política vaticana frente a los países del este. El IOR apoyó, junto con el Banco Ambrosiano, uno de los bancos católicos privados más importantes de Italia, al sindicato polaco Solidaridad, que se había formado en 1980 tras los levantamientos de Danzig.

En 1981, el Banco Ambrosiano de Milán —al igual que el imperio de Sindona antes que este— colapsó. La quiebra del banco, por un valor de casi dos mil millones de dólares, fue la más grande de la historia italiana. El IOR asumió aproximadamente la mitad de las acreencias, pese a haber negado toda responsabilidad inicialmente. Esta quiebra bancaria estuvo acompañada de una gran turbulencia política. Poco antes se había puesto al descubierto la logia masónica ilegal Propaganda Due, más conocida como P2. Esta red de conspiradores, formada por políticos, militares,

grandes empresarios, miembros de los servicios secretos y mafiosos, fue responsabilizada posteriormente de una serie de atentados terroristas. Incluso se le atribuye haber planeado un golpe de Estado.

Roberto Calvi había administrado el patrimonio financiero de la P2. Cuando estalló el terremoto político, el banquero buscó la protección del Vaticano. Pero fue en vano. Un año más tarde, en la madrugada del 18 de junio de 1982, Calvi fue encontrado muerto. Colgado. Su cuerpo inerte pendía del puente Blackfriars de Londres, el «puente de los frailes negros». En los bolsillos del difunto, que vestía elegantemente, la policía encontró cinco kilos de ladrillos y un pasaporte falso. La idea era que la muerte de Calvi pareciera un suicidio; sin embargo, «el banquero de Dios», como solía ser llamado, había sido asesinado. Su viuda, Clara, fallecida en Montreal en 2006, nunca se cansó de repetir: «mi marido no se quitó la vida; fue asesinado». El propio Calvi habría dicho una vez a su familia: «Si me pasa algo, cae el Vaticano».

La causa Calvi mantuvo ocupados a los tribunales durante más de veinte años. En 1998 se exhumó el cadáver. De acuerdo a los peritajes médicos forenses, el banquero fue ahorcado; su suicidio fue por lo tanto un montaje. Con la muerte de Calvi, el Vaticano cayó en la resaca de las indagaciones —como ocurriera pocos años atrás con relación al escándalo en torno a Michele Sindona, que falleció en 1986 en la prisión de máxima seguridad de Voghera a causa de un misterioso envenenamiento con cianuro. Según la fiscalía, Calvi también habría lavado inusitadas sumas de dinero— miles de millones procedentes del tráfico de cocaína, las ganancias obtenidas de negocios latinoamericanos. La caída del Banco Ambrosiano sacó a relucir las conexiones entre el mundo de las altas finanzas, el crimen organizado y la clase política; sin embargo, el caso nunca fue realmente esclarecido.

En el transcurso de las pesquisas relacionadas con Michele Sindona y Roberto Calvi, los investigadores tropezaron una y otra vez con el nombre del arzobispo Paul Casimir Marcinkus. Con sus conocimientos, este habría ayudado a transferir grandes sumas de dinero a través

del Banco Vaticano a empresas fachada en el extranjero. El círculo se estrechaba para el Vaticano. Al final, se vio forzado a pagar cuatrocientos millones de dólares, en calidad de aporte voluntario, a los acreedores del quebrado Banco Ambrosiano de Milán como un «reconocimiento de la implicación moral» en el colapso del banco, según declaró el Vaticano. La reputación del IOR quedó herida gravemente. Sin embargo, recién en 1990 el papa Juan Pablo II le procuró nuevos estatutos.

Las aguas se aquietan posteriormente con relación al banco. Sin embargo, el Vaticano no logra librarse del rumor de que sería uno de los últimos paraísos fiscales del mundo, ni de las murmuraciones de que estaría repetidamente implicado en manejos oscuros. Razón suficiente para que el papa Benedicto XVI tomara en 2009 el asunto en sus manos. «La dimensión ética no es algo exterior a los problemas económicos», lo cita su sucesor, Francisco, en 2013, «sino una dimensión interior y fundamental de la economía». Benedicto deseaba hacer tábula rasa y empezar nuevamente desde el principio. Intervino en la administración del banco y, en setiembre de 2009, designó al profesor de ética económica Ettore Gotti Tedeschi como presidente del IOR. Gotti Tedeschi, exresponsable del banco Santander de España en Italia, había colaborado ya con la encíclica social de Benedicto, *Caritas in veritate*, en calidad de asesor. Ahora, su misión era hacer más transparente el banco y poner en ejecución las nuevas normas sobre prevención del blanqueo de capitales, endurecidas desde la introducción del euro.

Pero el propio Gotti Tedeschi, que contaba con la confianza absoluta del papa, cayó en la mira de las fiscalías italianas. El Banco Vaticano había efectuado transferencias bancarias por un valor de veintitrés millones de euros a favor de una cuenta del banco italiano Credito Artigiano. Los verdaderos titulares de las transferencias permanecieron en el anonimato y no pudieron ser identificados. Una violación de las normas internacionales, sentencia el poder judicial italiano, que ordenó la confiscación preventiva del dinero. La consecuencia fue una investigación contra Gotti Tedeschi y el director general del Banco Vaticano, Paolo Cipriani.

Ambos fueron acusados de haber violado las normas sobre prevención del blanqueo de capitales. Pero el IOR había estado desde 2009 en la mira de los investigadores italianos.

Gotti Tedeschi tenía feroces adversarios en el Vaticano, trasciende posteriormente. A pesar de lo ocurrido, siguió adelante con su tarea de adecuar el sistema bancario a los nuevos lineamientos europeos.

El 30 de diciembre de 2010, Benedicto XVI publicó un motu proprio al respecto.

Por medio de una carta apostólica, *Sobre la prevención y la lucha contra las actividades ilegales en el campo financiero y monetario*, promulga una ley contra el lavado de dinero y la financiación del terrorismo. Para el lavado de dinero se establece una pena de doce años de prisión. Quince años es la pena acordada para delitos de terrorismo y actividades subversivas. Además, serán punibles los delitos de estafa a expensas del Estado del Vaticano y uso indebido de información reservada. Estos ilícitos serán sancionados con hasta seis años de prisión. Las distorsiones del mercado, la trata de personas, los delitos contra el medio ambiente y el manejo ilegal de residuos serán asimismo objeto de sanción. La ley no solo rige para el Estado Vaticano, sino también para todos los organismos de la Santa Sede, en la medida en que estén involucrados en manejos financieros.

El objetivo de la carta apostólica es que el Vaticano reúna las condiciones para ser incluido en la denominada «lista blanca» de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). En dicha lista figuran aquellos Estados que ya han implementado las normas internacionales.

Para verificar que esto funcione se constituye un organismo de supervisión: la Autoridad de Información Financiera, conocida como AIF. Esta instancia de control sobre todas las transacciones financieras había sido aprobada con anterioridad en virtud de un convenio suscrito con la Unión Europea. Se considera que la AIF representa un primer paso hacia la normalización del sistema financiero del Vaticano y del Banco Vaticano.

Oficialmente, el Banco administra los fondos de las congregaciones y federaciones católicas y, como tal, funciona como caja de ahorros y banca de inversión para las operaciones de inversión de la curia. Sin embargo, ni bien un dinero ingresa en una cuenta del IOR —se quejan los investigadores—, a los inspectores internacionales les sería imposible determinar su origen. La creación de la AIF está pensada para modificar esta situación. Cualquier intento de lavar dinero a través del IOR será atajado. Pero el papa Benedicto enfrenta una férrea oposición al interior de la curia.

El 1 de abril de 2011, las leyes del motu proprio entraron en vigencia. Representaron una dura prueba para el Vaticano y desataron feroces pugnas de poder internas. Más adelante, las claras normas establecidas por el papa Benedicto fueron suavizadas, y las finanzas del Estado del Vaticano pasaron nuevamente al fortalecido control de la Secretaría de Estado. A partir de entonces, la AIF pudo ejercer su función de control únicamente de manera restringida.

A principios de 2012, el cardenal Attilio Nicora, presidente de la Autoridad de Información Financiera, escribió un memorándum al papa y al cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado del Vaticano. El presidente de la AIF criticaba el enfriamiento de las medidas. Al poco tiempo, ni él ni sus colaboradores cercanos fueron ratificados en sus puestos. Igualmente, a principios de 2012, el secretario general de gobernación del Vaticano, el arzobispo Carlo Maria Viganó, realizó una denuncia pública. El 25 de enero, el programa *Los intocables* de la cadena de televisión italiana La 7 divulgó en exclusiva una carta del arzobispo. En ella, Viganó hacía graves acusaciones: el amiguismo y la corrupción estarían a la orden del día en la concesión de contratos públicos en el Vaticano.

Viganó le había escrito también al papa. En una carta fechada el 27 de marzo de 2011, Viganó denunciaba la «corrupción, prevaricación y mala gestión» en la administración vaticana. En una segunda carta dirigida a Benedicto XVI afirmaba que algunas inversiones financieras caían en manos de banqueros que estaban más preocupados por sus propios intereses. Cuando la carta fue publicada, Viganó, que fuera convocado

por Benedicto XVI en 2009 a la administración vaticana, ya había sido cambiado de puesto. En el otoño boreal de 2011, inició funciones como nuncio apostólico en Estados Unidos.

En la primavera boreal de 2012 se filtró a la luz pública un creciente número de documentos secretos del Vaticano. Fue la fecha de nacimiento de los *vatileaks*. Cobraron fuerza las especulaciones sobre un supuesto complot para asesinar a Benedicto. Se decía que el papa estaba aislado en su propia casa. En mayo de ese mismo año, el presidente del IOR, Ettore Gotti Tedeschi, fue destituido de facto de la noche a la mañana. El directorio le retiró su confianza; Gotti Tedeschi tomó su sombrero. Oficialmente, el directorio dijo estar «entristecido» por esta medida, pero que al mismo tiempo consideraba que era importante para mantener «la vitalidad del instituto». El presidente caído en desgracia se retiró a sus cuarteles de invierno. Frente a la agencia de noticias italiana Ansa declaró que callaba «por amor al papa». En caso contrario, «saldrían de mi boca palabras poco adecuadas».

Un año después, a fines de abril de 2013, emerge en los medios italianos una carta del especialista en ética en los negocios Gotti Tedeschi. Cuatro caras escritas a máquina, que había entregado a su secretaria con la siguiente advertencia: «Este memorándum debe salir de su archivo solo en caso de incidente». Únicamente tres personas, aparte del secretario privado del papa, Georg Ganswein, según reporta el diario *Corriere della Sera*, debían recibir sus apuntes en esa eventualidad. El memorándum de fecha 26 de marzo de 2012 fue entregado a la justicia italiana. Permite asomarse a los entretelones de una encarnizada batalla entre la alta jerarquía de la Iglesia por el control del Banco Vaticano. Gotti Tedeschi escribe sobre los graves intentos de intimidación y las dificultades que le habrían creado el cardenal Tarcisio Bertone y sus secuaces, por ejemplo, el director general del banco, Paolo Cipriani. Sobre su lucha contra el debilitamiento de las medidas antilavado de dinero. Sobre calumnias, encubrimiento y temor. «Temo por mi vida», es una frase del memorándum que cita el matutino *La Stampa*.

El 1 de enero de 2013 los habitantes del Vaticano se encuentran, sorprendidos, con cajeros automáticos vacíos. El sistema de cajeros automáticos del Vaticano ha dejado de expedir billetes. Pero no es una falla técnica, sino una intervención del banco emisor italiano. Este ordena atajar las transacciones efectuadas por el Deutsche Bank. ¿La explicación? El Vaticano, que no pertenece a la UE, no tendría «un sistema de supervisión adecuado» y carecería de «un sistema de intercambio de información para este fin». En otras palabras: solo el secretario de Estado cardenalicio y su círculo más cercano tienen acceso a la información financiera del Banco Vaticano.

Durante ocho largos meses, el consejo de superintendencia del banco permanece acéfalo. Recién tras el anuncio de la renuncia del papa Benedicto XVI se toma una decisión al respecto, a mediados de febrero de 2013. El nuevo presidente se llama Ernst von Freyberg. El caballero de la Orden de Malta alemán es presidente del astillero Blohm & Voss, de Hamburgo, que entre otras cosas fabrica barcos de guerra. La selección del financista tropieza con críticas individuales. No solo la cercanía a la industria armamentista exaspera a los críticos —sobre todo a los medios italianos—, sino que, además, aunque quien firma el nombramiento es Benedicto, von Freyberg es considerado por muchos como un hombre de Bertone.

Todo esto es tratado por los cardenales reunidos en Roma en las congregaciones generales en marzo de 2013. Las acusaciones de corrupción y mala gestión representan una pesada carga para la Iglesia. Preguntado por el IOR, el papa Francisco declara el 28 de julio de 2013: «El contenido de lo que había que hacer viene de las congregaciones generales que tuvimos los cardenales. Fueron cosas que pedimos al que iba a ser el nuevo papa. Yo pedí muchas cosas, pensando en otro».

En realidad —dice Francisco—, en un principio pensaba dedicarse a otros temas y tratar la parte económica «el año que viene». Sin embargo, la agenda habría cambiado debido a «circunstancias que ustedes conocen».

Tuvimos la reunión de la comisión de los quince cardenales que se ocupan de los aspectos económicos de la Santa Sede. Son de todas partes del mundo. Preparando la reunión, se vio la necesidad de hacer una comisión de referencia para toda la economía de la Santa Sede. Se tocó el problema económico fuera de agenda, pero estas cosas suceden en el oficio de gobierno. Uno va por aquí pero le patean un golazo de allá y lo tiene que atajar, ¿no es cierto? Es lo lindo de la vida.

Lo que Francisco declara aquí con una sonrisa lo ha puesto en práctica con mano férrea. Tras escuchar la opinión de muchos colaboradores, el 24 de junio de 2013, «en el primer año de mi pontificado», se publica un quirógrafo papal. El documento jurídico, que lleva la firma del papa, manifiesta su objetivo con todas sus letras: establecer una Comisión Referente sobre el Instituto para las Obras de Religión, con el fin de recoger «información precisa sobre la situación jurídica y las diversas actividades del Instituto a fin de permitir, en caso necesario, una mayor armonización del mismo con la misión universal de la Sede Apostólica».

Nueve parámetros guiarán el trabajo de la comisión, de acuerdo al diario vaticano *L'Osservatore Romano*. La comisión estará formada por «un mínimo de cinco miembros, entre ellos un presidente, que es el representante legal; un coordinador, que tiene poderes ordinarios de delegado y actúa en nombre y por cuenta de la comisión para la recopilación de los documentos, datos e informaciones necesarias; así como un secretario, que ayuda a los miembros y custodia los actos». Más allá de ello, la comisión dispone de los poderes y facultades necesarios para el desempeño de sus funciones: «El secreto de oficio y las otras eventuales restricciones establecidas por el sistema jurídico no inhiben o limitan el acceso de la comisión a los documentos, datos e informaciones, con sujeción a las normas que protegen la autonomía e independencia de las autoridades que desempeñan actividades de vigilancia y regulación del Instituto, que se mantendrán en vigor». La comisión informará al papa de sus actividades en el transcurso de su trabajo y «recurre a la cooperación voluntaria de los órganos del Instituto y de todo su personal.

Además, los superiores, miembros y funcionarios de los dicasterios de la Curia Romana y de los otros organismos relacionados con ella, así como del Estado de la Ciudad del Vaticano, cooperan igualmente con la comisión».

Un comunicado de la Secretaría de Estado revela los nombres de los comisionados: el cardenal Raffaele Farina, un salesiano, será presidente; Juan Ignazio Arrieta, obispo español del Opus Dei, coordinador; el obispo estadounidense Peter Brian Wells, secretario. El diplomático del Vaticano, Jean-Louis Tauran, y la profesora de derecho Mary Ann Glendon —exembajadora de Estados Unidos en la Santa Sede— integrarán la comisión en calidad de «miembros».

¿Pero cuáles son esas «circunstancias que ustedes conocen», que han llevado al papa a dar este aplaudido paso? En realidad, el *affaire* IOR nunca ha descansado. La justicia italiana nunca ha dejado de indagar ante las puertas del Vaticano, al margen de los reflectores mediáticos. Está sacando a la luz una serie de datos escandalosos. Casos de religiosos que actúan como testaferros. Cuentas bancarias que en realidad pertenecen a «laicos», como escribiera el cesado presidente del IOR, Gotti Tedeschi, en su carta. Un sistema complejo y con amplias ramificaciones que opera en secreto. Las pistas conducen a integrantes de la temida organización criminal Banda della Magliana, así como a la Cosa Nostra. El pasado, nunca cerrado, vuelve a proyectar su larga sombra.

El portal de Internet siciliano *Antimafia Duemila* lanza una petición. «Su Santidad, ¡rompa los lazos entre el Vaticano y la mafia!», es el tema central del llamado. Los autores citan extractos de una sentencia judicial del 7 de mayo de 2010: «Cosa Nostra utilizaba el Banco Ambrosiano y el IOR como intermediarios para operaciones de lavado de dinero gigantescas. El nuevo dato que ha surgido es que quienes las realizaban eran al menos Vito Ciancimino y Giuseppe Calò». O sea, un jefe de la mafia y un exalcalde mafioso.

Pero la preocupación principal de los especialistas antimafia se refiere al presente. Hay rumores que apuntarían al capo mafioso más importante, prófugo desde 1993: Matteo Messina Denaro, el número uno de la Cosa Nostra.

Está considerado uno de los narcotraficantes más peligrosos del mundo. Su dinero también podría haber transitado parcialmente por el Banco Vaticano a través de testaferros. Esta causa está siendo investigada por la fiscalía de Trapani.

Los fiscales italianos se convierten entonces en los mejores aliados de un papa que exige transparencia absoluta. Y que a todas luces toma distancia de su banco. El 24 de abril de 2013, Francisco sorprende con su homilía matutina en la parroquia de Santa Marta. Ante un grupo de empleados del Vaticano, manifiesta que cuando la Iglesia crea organizaciones «pierde su principal sustancia». Y luego dice algo que genera una gran inquietud entre los empleados del banco: «Pero están los del IOR... Disculpadme. Todo es necesario, las oficinas son necesarias... ¡bien! Todo es necesario ¡pero hasta cierto punto!». Muchos piensan que Francisco podría desaparecer completamente el Banco Vaticano.

A mayo de 2013, el IOR arroja una relación de 18 900 clientes y un saldo de 6.3 mil millones de euros para el ejercicio 2012. El presidente del IOR, von Freyberg, quiere mandar a revisar ahora todas esas cuentas. Un equipo internacional se encargará de aplicar los criterios de transparencia exigidos y de hacer posible su cumplimiento. Además, la Autoridad de Información Financiera vaticana, AIF, al mando de su nuevo presidente, el suizo Rene Brüllhart, presenta una memoria anual por primera vez.

Pero detrás de bastidores acechaba ya la próxima bomba. Y esta explota a fines de junio de 2013. «Alto prelado del Vaticano tomado preso», reza una noticia de último minuto divulgada por la agencia italiana Ansa la mañana del 28 de junio de 2013, la misma que da la vuelta al mundo a la velocidad del viento. En efecto, al parecer le llegó la hora al contador de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica, Nunzio Scarano. Este es considerado el cerebro detrás de un esquema novelesco: reingresar cuarenta millones de euros, posteriormente reducidos a veinte millones, de Suiza a Italia, en una operación que debía ser efectuada entre gallos y medianoche. Dinero negro, propiedad de una familia de armadores del sur de Italia con la que Scarano mantiene

un estrecho contacto. Como ayudantes, el funcionario del Vaticano había contratado a un exagente de los servicios secretos italianos y un intermediario financiero —informa el procurador de Roma, Nello Rossi, en conferencia de prensa—. Se alquiló un avión privado. La maniobra fracasó al final, sin embargo. No obstante, el exagente insistió en una recompensa, y Scarano le pagó a su cómplice 400 000 euros.

Los procuradores italianos le venían siguiendo la pista al prelado de Salerno ya desde su ciudad natal. Al parecer, el sacerdote estaba implicado en esa localidad en un escándalo adicional de lavado de dinero. Había recirculado cheques de 10 000 euros, motivo suficiente para que la policía le negara la solicitud de arresto domiciliario. Scarano, quien debido a su tren de vida se había hecho merecedor del apodo de «Monseñor 500», fue trasladado a la prisión romana de Regina Coeli y confrontado con los protocolos de escucha de los investigadores. El sacerdote, quien antes de tomar los votos había sido un ejecutivo bancario, habla en estas grabaciones con gran candidez de las posibilidades que entrañaría tener una cuenta en el IOR y de sus buenas relaciones con la plana mayor del Banco Vaticano. Es decir, había convertido al banco en una especie de sucursal *offshore*, gracias a sus amistades personales.

Desde su celda, Scarano acusa al secretario de Estado vaticano. El cardenal Tarcisio Bertone, escribe el prelado preso en un memorándum, habría saboteado sus gestiones para transparentar las operaciones del banco. La jueza de instrucción, Barbara Callari, califica a Scarano de «inescrupuloso», una persona «con amplias posibilidades financieras, que realiza sus negocios reiteradamente y de manera indecorosa».

El Vaticano puede reaccionar manifiestamente a tiempo en este caso gracias a una colaboración más estrecha con las autoridades italianas —desde la elección de Francisco—. Cuando el caso sale a la luz, se informa que «Monseñor Scarano fue suspendido de sus deberes hace más de un mes». Sus cuentas en el Banco Vaticano fueron congeladas.

Pero el remezón es profundo. Cuán profundo, queda demostrado a escasos tres días de la divulgación del arresto de Scarano. Las cabezas

del Banco Vaticano —el director, Paolo Cipriani, y el subdirector, Massimo Tulli, hombres de confianza del secretario de Estado— presentan juntas su renuncia. Un nuevo terremoto que sacude al Vaticano, pero también esta vez tiene repercusiones concretas. Y es que inmediatamente después la Autoridad de Información Financiera es admitida al grupo internacional contra el lavado de dinero Egmont. Pertenecen entre tanto a este grupo, fundado en 1995, más de 130 unidades de información financiera nacionales. Esta admisión demostraría «el reconocimiento de los esfuerzos sistemáticos del Vaticano en la identificación y lucha contra el blanqueo de capitales y la financiación del terrorismo», declara el director de la AIF, René Brühlhart.

Pero para Francisco no es suficiente. Ahora las medidas se suceden una tras otra. Nombra una comisión de expertos laicos responsable de reformar la estructura económica y administrativa de la Santa Sede. La comisión deberá plantear recomendaciones conducentes a redimensionar el inflado aparato administrativo, prevenir la corrupción y el nepotismo y aumentar la transparencia. Más allá de ello, Francisco presenta otro motu proprio —un documento personal del papa— endureciendo la ley para la prevención y lucha contra el «blanqueo de capitales, la financiación del terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva». Ratifica su respaldo a la AIF y amplía sus competencias. Con ello se cumplen los requisitos del comité de expertos contra el blanqueo de capitales y la financiación del terrorismo del Consejo de Europa, ahora conocido como Moneyval.

El papa Francisco incide reiteradamente en el tema del Vaticano y el mundo financiero. El 11 de junio de 2013, se refiere en su misa matutina —a propósito del evangelio del día— al tema de la gratuidad. La pobreza y la capacidad de alabar al Señor, dice, serían las dos señales principales de las obras de la Iglesia. Las palabras clave de la misión de Jesús serían por lo tanto: «Gratuitamente habéis recibido, ¡gratuitamente dadlo!». La predicación del evangelio nacería por ello de la gratuidad. «San Pedro no tenía una cuenta bancaria y, cuando tuvo que pagar impuestos,

el Señor lo envió al mar para pescar y encontrar la moneda dentro del pescado, para pagar». Y, cuando Felipe se encontró con el ministro de Economía de la reina Candace, no pensó «Ah, bien, hagamos una organización para sostener el evangelio». No hizo un negocio con él, sino que «le predicó, bautizó y se fue». «Esta gratuidad es nuestra riqueza». Y esta pobreza, prosigue, «nos salva —a la Iglesia— de convertirnos en organizadores, en empresarios».

El IOR tiene que cambiar, entonces. ¿Pero cómo? Uno de los asesores papales más cercanos, el cardenal hondureño Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, sostiene en una entrevista con la cadena de televisión italiana RAI1: «Todo Estado tiene derecho a tener un banco. ¿Por qué no el Vaticano? Pero tiene que ser de otra manera. Sería muy buena idea hacer



Barack Obama, presidente de los EE.UU., saluda al papa Francisco en su visita al Vaticano el 27 de marzo de 2014. Fuente: Casa Blanca, foto de Pete Souza.

del IOR un banco ético, que sea transparente y reúna todos los criterios de un banco, y no de una fundación».

¿Y qué opina el papa? Este responde a una pregunta sobre el futuro del IOR: «No sé cómo terminará el IOR. Algunos dicen que tal vez es mejor que sea un banco, otros que es mejor que sea un fondo de ayuda, otros dicen que hay que cerrarlo... Confío en el trabajo de las personas del IOR que están trabajando con esto. También de la comisión. Debemos encontrar lo mejor. Pero las características del IOR —sea un banco, un fondo o lo que sea— deben ser transparencia y honestidad».

UN JOVEN QUE NO PROTESTA, NO ME AGRADA

El primer viaje de Francisco al extranjero es heredado: la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, del 23 al 28 de julio de 2013. Estaba agendado en las actividades oficiales del flamante pontífice. Desde que el papa Juan Pablo II creara la Jornada Mundial de la Juventud en 1986, todos los papas participan en este encuentro internacional. Benedicto XVI dio a conocer la nueva sede en Madrid, en ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud 2011: Río de Janeiro.

No habrá sido por elección propia, pero es organizado maravillosamente, como por una mano invisible. La primera visita pontifical al extranjero lleva al papa sudamericano de regreso a su propio continente. Río de Janeiro se preparó para esta visita con meses de anticipación, pero el cambio en el trono de San Pedro había avivado extraordinariamente el interés. La víspera de la llegada del papa, la ciudad rebosa de jóvenes de todo el mundo. En Copacabana, la célebre playa carioca, artistas locales escenifican una pequeña competencia. ¿Quién crea la escultura de arena más bonita? Peregrinos, turistas y nosotros, los periodistas, recogemos primeras impresiones: esculturas de arena de papas flanqueados por los símbolos emblemáticos de la ciudad, desde al Pan de Azúcar hasta una chica de Ipanema asoleándose en la playa. Por consideración al alto dignatario de Roma, sin embargo, se habría cubierto a la bella con una faldita de arena, nos confía con un guiño su creador, Biera Dos Santos.



Embarque del papa Francisco en la Base Aérea de Galeão, en Brasil, con rumbo a San José de los Campos (2013). Fuente: Ministerio de Defensa de Brasil.

No quería ahuyentar a los creyentes con un trasero desnudo, añade; después de todo, él vive de donaciones voluntarias. Sin embargo, la gente que viene a pasear aquí este día no tendría una mente tan estrecha. Recompensa la fantasía y la destreza manual del escultor en dinero contante y sonante.

Se espera una afluencia de hasta dos millones de personas, reportan los diarios brasileños. «Él nos trae mucha paz y libertad. Y eso es lo que necesitamos», nos dice una joven brasileña, que evalúa en ese momento un puesto con *souvenirs* del papa. Un muchacho que ha viajado con su familia

desde el norte del país habla de «una esperanza para el pueblo brasileño», señalando en dirección a un nutrido grupo de policías municipales que hacen su ronda en ese momento a lo largo del malecón. «Tenemos 24 000 efectivos en total en servicio», explica con orgullo uno de ellos. Pero no desea dar su nombre. «La visita del papa demostrará al mundo que Brasil tiene la capacidad para acometer grandes eventos de esta naturaleza», responde a mis preguntas en materia de seguridad.

Una tensa calma impera en Río. Y es que apenas unas semanas atrás se produjeron aquí —y en otras cien ciudades del país— protestas multitudinarias. Cientos de miles de jóvenes manifestantes se volcaron a las calles de Río, elevando su voz de protesta contra la corrupción, la violencia policial, la ineficiente gestión económica y una política educativa deficiente. Las protestas sociales, en su mayoría pacíficas, terminaron repetidamente en disputas callejeras. La policía aprovechó la presencia de pequeños grupos violentistas para reaccionar con dureza. Atacaron brutalmente a los manifestantes. ¿El resultado? Cientos de heridos. A mediados de junio, los enfrentamientos callejeros, que más parecían una guerra civil, se cobraron su primera víctima mortal.

Nos dirigimos a Lapa, el otrora «Montmartre» carioca, un polo de atracción para artistas e intelectuales desde el siglo diecinueve. También aquí se han anunciado marchas para este día. Los artistas quieren aprovechar la inminente visita del papa para llamar la atención sobre la represión violenta de las protestas de junio. Sentados y en silencio —muy al estilo de un grupo de yoga— se presentan en un primer momento músicos, actores, pintores y escritores. Luego se desplazan por las calles del distrito, haciendo música. Sus reivindicaciones democráticas se pueden leer en transparencias: no a la corrupción, más democracia. Con pequeñas dramatizaciones, ilustran lo que pasó aquí, en Lapa: los policías arremeten a palos contra manifestantes no violentos. «Apostamos por el arte en vez de la brutalidad. Queremos tomar las calles por medios pacíficos —como contrapunto de la violencia de las fuerzas del orden—», nos explica Marco Galinha bajo la mirada severa de los custodios del orden,



Llegada del papa Francisco a la Base Aérea do Galeão en Brasil (2013). Lo recibió la presidenta brasileña Dilma Rousseff. Fuente: PR, foto de Roberto Stuckert Filho.

que han tomado posición rápidamente junto a nosotros. Marco es actor y dirige un pequeño teatro. Al final de la actuación, levanta el megáfono y exclama: «Invito al papa a venir aquí, a Lapa. El papa tiene un poco nuestra mentalidad. Porque es argentino y en consecuencia un vecino. Eso solo puede ser bueno para nosotros».

Muy pronto, Francisco se encuentra camino a Río. Antes de partir, el devoto de la Virgen María se dirige una vez más a la basílica de Santa Maria Maggiore. Frente a la estatua de la Virgen, reza por un buen resultado para su periplo. A los feligreses presentes les pide que oren por él.

En el avión que lo lleva de Roma a Brasil, Francisco prescinde de las «conferencias de prensa en el aire» que inauguró Juan Pablo II. Prefiere dar un discurso breve y reflexionar sobre los desafíos de nuestro tiempo: «Este primer viaje es para encontrar a los jóvenes, a los que quiero encontrar no aislados, sino en medio del tejido social. En sociedad, ya que cuando aislamos a los jóvenes les hacemos una injusticia pues les quitamos la pertenencia». La crisis mundial estaría haciendo mucho daño, especialmente a los jóvenes, añade. «Leí la semana pasada sobre cuántos jóvenes están sin trabajo y creo que corremos el riesgo de crear una generación que nunca ha trabajado. El trabajo es la dignidad de la persona, que es el poder ganarse el pan de cada día». Al mismo tiempo, Francisco critica la «cultura del desecho», que «hace a un lado a los ancianos». Es necesario acabar con esta cultura, manifiesta. Si bien los jóvenes «son el futuro de un pueblo», los ancianos «tienen la sabiduría de la vida, la historia de la familia y de la patria». «Hay que hacer un esfuerzo para llegar a todos, a la sociedad, y este es el sentido de mi visita: llevar a los jóvenes a la sociedad». Jóvenes y ancianos juntos por un mundo mejor —el hilo conductor de los próximos días se hace evidente—.

La llegada de Francisco a Río equivale a una entrada triunfal. Multitudes enfebrecidas flanquean el largo trayecto del aeropuerto al centro de la ciudad. La elección del vehículo papal genera desconcierto: no es una carroza de lujo ni un automóvil blindado, sino un modesto auto pequeño. Francisco se decidió por un Fiat Idea gris plata,

un producto del país. El modelo se fabrica desde 2010 en la planta brasileña de Fiat Betim. Por primera vez en la historia, un papa utiliza un auto pequeño en una visita pastoral. Francisco, que se hace transportar en el Vaticano en un Ford Focus usado, impuso su voluntad. Nada de pompa. Nada de vidrios de seguridad. Simplemente les resta importancia a los reparos del país anfitrión.

Pero el papa no imaginó cuánto trabajo les iba a dar a las fuerzas de seguridad. Las tomas aéreas de la transmisión en vivo en Brasil muestran imágenes increíbles. El pequeño auto de placa SCV1 es detenido, cercado y avasallado una y otra vez por multitudes entusiasmadas. Racimos de gente corren detrás del papa. Se producen accidentes y surge el caos —una pesadilla para las fuerzas de seguridad—. Todos quieren ver al papa de cerca, tocarlo o darle algo. Los más diversos objetos son arrojados al interior del vehículo por la ventana abierta. Estas escenas que se repetirán los días siguientes. El responsable de los viajes del papa, Alberto Gasbarri, dará a conocer un listado de los objetos al volver a Roma: «camisetas, sombreros, chalinas, pelotas, flores, mitras, fotografías, cartas, dibujos, rosarios y hasta un anillo de obispo». Si en el último caso se trata de un obsequio de un peregrino o pertenece a uno de los obispos presentes, es algo para lo que el vocero del Vaticano, Federico Lombardi, no tiene una respuesta. Pero una cosa es cierta: el único que a todas luces no tiene miedo en este tumulto es Francisco.

También el discurso oficial del papa en el Palacio de Guanabara, la sede del gobierno, es emotivo. «No tengo oro ni plata, pero traigo conmigo lo más valioso que se me ha dado: Jesucristo», proclama Francisco en la ceremonia de bienvenida en presencia de la presidenta, Dilma Rousseff. Habría aprendido que, para acceder al pueblo brasileño, «hay que entrar por el portal de su inmenso corazón. Permítanme, pues, que llame suavemente a esa puerta».

Ha sido un primer milagro: un argentino conquista Brasil, informan los titulares de los diarios y repiten las personas de a pie luego. La proverbial rivalidad entre los dos países vecinos estaría superada, comenta el papa

entre risas: «Lo hemos negociado bien: el papa es argentino, y Dios es brasileño».

Mientras Francisco es recibido por el Brasil oficial, los jóvenes de Río vuelven a tomar las calles. Exigen otra vez menos corrupción, más democracia y más justicia social. Oficialmente, cerca del 19% de los jóvenes está desempleado en Brasil. Esta estadística, sin embargo, comprendería solamente a una parte de la población y, por lo tanto, no tendría un gran valor informativo, opinan los especialistas.

El punto de encuentro de los manifestantes es la plaza Largo do Machado, fácilmente accesible gracias a una importante estación de metro. Desde aquí, marcharán en dirección a Palacio de Gobierno. En la plaza nos encontramos con un grupo de escolares y universitarios. Tienen entre dieciocho y veintidós años. Están vestidos de blanco, llevan una máscara de gas amarrada al cuello, y en la mochila medicamentos y vendas para primeros auxilios —una autonombra brigada de samaritanos—. No es la primera manifestación, refieren, y ya les ha tocado ayudar varias veces. Siempre que alguien resulta herido intervienen, ya que la policía no tiene reparos en utilizar gas lacrimógeno y rociarles agua desde camiones rompemanifestaciones. También los numerosos disparos con escopetas de perdigones se cobran múltiples heridos. «La mayoría de nosotros protesta contra el gobierno», dice Felipe. «Las protestas de hoy no son contra el papa. Pero estamos aprovechando la visita para realizar nuestra acción. Simplemente porque hoy todos los políticos del país están aquí reunidos». Tampoco su amigo João Lucas, un poco más joven, está aquí por el papa. Indica que los que protestan contra la visita del papa serían una pequeñísima minoría. «Y lo hacen por el gasto», puntualiza. «A mí tampoco me parece bien gastar dinero del erario en esto. Pero por otro lado una visita atrae a muchos turistas. Y eso a su vez genera ingresos».

En Laranjeira, uno de los distritos más antiguos de la ciudad, nos reunimos con una persona que por su profesión estudia los movimientos de protesta: la profesora universitaria de 33 años de edad Michelle Sales.

El punto de encuentro sugerido por la científica comunicacional es uno de los múltiples cafés literarios que existen en la ciudad, un local —mitad librería, mitad café— que es lugar de tertulia para mucha gente partidaria de las reformas. Michelle Sales lleva años estudiando al Movimiento Pase Libre, que vio la luz oficialmente en 2005, en ocasión del Foro Social Mundial en la ciudad de Porto Alegre, al sur de Brasil. «Sus reclamos son: desprivatizar el transporte, mejorar el tráfico urbano y reducir el precio de los pasajes».

Estas reivindicaciones, que llevaron a la gente a las calles por primera vez en 2004, mantienen aún hoy su vigencia. Serían imprescindibles en un país con diferencias sociales tan marcadas y distancias tan grandes como Brasil, argumenta Michelle Sales. Pero no solo la configuración de los precios de las empresas de transporte habría avivado el mal humor de la gente; además, sentirían que están siendo deliberadamente tergiversados, afirma la profesora universitaria. En lugar de analizar las causas, los manifestantes habrían sido políticamente instrumentalizados y mostrados como extremistas. «La gente volvía a sus casas después de las manifestaciones y veía por televisión las innumerables mentiras que se difundían sobre ella. Leía estas calumnias al día siguiente en el periódico. Es por eso que las protestas arreciaron y las manifestaciones crecieron. La indignación tiene dos grandes causas: la violencia policial y la manipulación mediática».

«No es una procesión; es una manifestación», se oye la consigna de los participantes de la protesta que pasan delante del café. Una consigna que escucharemos en adelante con frecuencia. Hace tiempo que dejaron de reclamar exclusivamente por el sistema de transporte. También el sistema educativo y las fallas de la democracia están en cuestionamiento. La joven docente universitaria habla rápidamente y con pasión, pero modera el tono de voz cada cierto tiempo, escudriñando alrededor de la habitación. Le pregunto si tiene miedo. «Sí», responde al instante: dos de sus colegas habrían desaparecido. «Arrestados», agrega sigilosamente. El papa habría

venido a un país difícil, nos dice: económicamente en auge, socialmente un polvorín y controlado por una todopoderosa policía.

En el mismo tenor se había expresado unos días antes el arzobispo de Sao Paulo. El cardenal Odilo Pedro Scherer respaldó las protestas sociales en su país en varias entrevistas, y sus palabras fueron citadas por Radio Vaticano, entre otros medios. Siempre y cuando las manifestaciones «sean pacíficas», especifica el cardenal, considerado desde tiempo atrás papable. «Es bueno que los jóvenes salgan a las calles. De esa manera demuestran que se interesan por los problemas que suceden en la vida diaria, y no solamente en el mundo digital». El arzobispo de la mayor ciudad de Brasil habla de «problemas estructurales», una riqueza nacional que permanece «muy concentrada», un sistema de justicia «inactivo» y un «problema de violencia».

Muchos manifestantes sienten temor. Temor de algunos grupos violentistas dispersos que se han plegado a sus protestas. Temor de la policía y sus reacciones arbitrarias. En ese contexto, en 2011 surgió el colectivo Midia Ninjas, una plataforma de jóvenes de diferentes disciplinas que fue creada como una alternativa a los medios tradicionales. Y es que, según aducen, se encontrarían en manos de un reducido grupo conformado por tres imperios mediáticos a nivel nacional. La estrategia de los «ninjas mediáticos» es la siguiente: se mezclan entre los participantes de las protestas premunidos de celulares y pequeños transmisores. Con las cámaras de sus celulares, transmiten los acontecimientos en vivo por Internet. Documentando las cosas de esta manera, crean una suerte de sistema de control y protección, y material de respaldo, por si fuera necesario.

Los «ninjas mediáticos» tienen una estructura descentralizada. La base de su trabajo son las redes sociales. Es por eso que las protestas apuntan también a las gestiones del gobierno para cobrar por los servicios de Internet en el futuro. «Algunos grupos podrían afrontar ese costo; pero la mayoría, no. Si tomaran esta medida, el acceso a Internet sería bastante difícil para muchas personas. Sería un desastre», explica Michelle Sales.



El papa durante el segundo día (24 de julio) de la Jornada Mundial por la Juventud 2013 celebrada en Brasil, en el momento de su llegada a la Basílica de Aparecida. Fuente: Agência Brasil, foto de Marcelo Camargo.

La visita del papa Francisco a Río empieza en realidad fuera de la ciudad, en Aparecida, a 265 kilómetros de distancia y, según el Vaticano, el mayor lugar de peregrinaje del mundo. Pese a la persistente lluvia, los fieles toleran largas horas de espera con tal de ver al papa. Este hará hincapié posteriormente en lo importante que fue esta visita para él a un nivel personal. Hubiera preferido rezar privadamente ante

la virgen patrona de Brasil, confiesa; ante la pequeña imagen de la virgen, que fue rescatada de un río por tres pescadores en 1717 y desde entonces atrae a peregrinos de todo el mundo. Once millones de personas visitaron en 2012 a Nuestra Señora de Aparecida, en torno a la cual se tejen muchas leyendas.

Francisco reza frente a su imagen y le pide —como antes a la Virgen en Roma— por el éxito de la Jornada Mundial de la Juventud. Señala «tres actitudes sencillas» a los fieles presentes: «mantener la esperanza, dejarse sorprender por Dios y vivir con alegría».

Pero Aparecida conlleva para Francisco asimismo recuerdos muy personales. Aquí, el entonces arzobispo de Buenos Aires participó en 2007 en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. El documento que fue publicado al término de esta publicitada cita estableció el curso para la Iglesia Católica en América Latina. El cardenal Jorge Mario Bergoglio tuvo un papel protagónico en el proceso de elaboración de este documento de principios, que prioriza una opción por los pobres.

También como papa en Roma, Francisco hace hincapié una y otra vez en el compromiso por los pobres. «Si se rompe una computadora, es una tragedia; pero la pobreza, los necesitados, los dramas de tantas personas, acaban por entrar en la normalidad», lamenta Francisco el 5 de junio de 2013 ante la multitud reunida en la Plaza de San Pedro. Deplora la «cultura del descarte», que haría que el ser humano esté en peligro. «Si una noche de invierno, por ejemplo, muere una persona, eso no es noticia. Si en tantas partes del mundo hay niños que no tienen qué comer, eso no es noticia. ¡No puede ser así! Al contrario, una bajada de diez puntos en las bolsas de algunas ciudades constituye una tragedia. Alguien que muere no es una noticia, pero si bajan diez puntos las bolsas, ¡es una tragedia!».

Ante una delegación de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), denuncia el hambre en el mundo dos semanas después, calificándolo de «un verdadero escándalo».

Un escándalo innecesario, que sería fruto de la ambición por el dinero de unos pocos. El papa Francisco invoca por lo tanto a la comunidad internacional a dar vigor a la acción y a mantener las promesas ofrecidas. «Tampoco se puede seguir aduciendo como coartada la crisis global actual, de la que, por otro lado, no se podrá salir completamente hasta que no se consideren las situaciones y condiciones de vida a la luz de la dimensión de la persona humana y de su dignidad».

La opción por los pobres y marginados define asimismo gran parte de la visita de Francisco a Brasil. Ni bien regresa de Aparecida, acude esa misma tarde al hospital San Francisco de Asís en Río de Janeiro, como primer destino de su apretada agenda. El hospital, fundado en 1995 y dirigido por una comunidad franciscana laica, tiene unas quinientas camas. Es conocido sobre todo como un centro de recuperación para adictos al alcohol y las drogas. Francisco bendice una nueva sección. Frente al hospital, una multitud aguarda nuevamente largas horas bajo la lluvia. Expacientes, familiares, amigos e incluso una pareja de recién casados espera para ver al papa. Muchos gritan a voz en cuello: «¡Viva el papa!». Otros lloran en silencio, conmovidos.

Al interior del hospital, Francisco bendice la nueva sección y ora con los pacientes en la capilla. Algunos de ellos narran sus historias de vida en representación de los demás. El calvario que viven los adictos, sus historias de fracaso y esperanza. Un muchacho joven, Elías, abraza entre lágrimas al papa al concluir su breve relato, y este lo toma entre sus brazos. Francisco lo exhorta —al igual que al resto de los enfermos— a no darse por vencido. «¡No se dejen robar la esperanza!», les implora. «Puedes levantarte, puedes remontar —te costará, pero puedes conseguirlo si de verdad lo quieres—». Esta fuerza de voluntad sería la condición indispensable para romper el círculo de la drogadicción. «Tú eres el protagonista de la subida. Nadie puede subir por ti», dice Francisco, quien recuerda en su discurso a San Francisco cuando abrazó a un leproso: «Tendamos la mano a quien se encuentra en dificultad, al que ha caído en el abismo de la dependencia, tal vez sin saber cómo».



El papa Francisco participa de la inauguración del Centro de Atención a Dependientes Químicos del Hospital San Francisco, en Río de Janeiro, Brasil (25 de julio de 2013). Fuente: Agência Brasil, foto de Tomaz Silva.

Francisco pide comprensión y compasión para los drogadictos y firmeza contra «los mercaderes de la muerte, que siguen la lógica del poder y el dinero a toda costa». «La plaga del narcotráfico, que favorece la violencia y siembra dolor y muerte, requiere un acto de valor de toda la sociedad». Rechaza la liberalización del consumo de drogas, que se estaría discutiendo en varias partes de América Latina y sería un método equivocado. Subraya la necesidad de afrontar los problemas que están en la base del consumo de drogas «promoviendo una mayor justicia».

Las drogas, la violencia, la falta de justicia —son el día a día en las incontables favelas de Río de Janeiro—. Durante los preparativos para su viaje, el papa, con gran sentido de la realidad, insistió en visitar una favela. A sabiendas de que, dondequiera que fuera, los reflectores de la prensa internacional verterían sus luces sobre el tema.

Cerca de un tercio de la población de Río de Janeiro sigue viviendo en asentamientos urbano-marginales o favelas. Unas treinta favelas, sobre todo cerca del centro, se consideran entre tanto *pacificadas*, lo cual quiere decir que ya no están bajo el control de los jefes del tráfico de drogas sino de la policía y los militares. Desde 2011 las autoridades municipales intentan reconquistar las favelas palmo a palmo. Un proyecto de miles de millones de dólares, diseñado también como limpieza de imagen de cara a los grandes acontecimientos, como el Campeonato Mundial de Fútbol de 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016.

Una de estas favelas pacificadas es Varginha, que se encuentra bajo el control de la policía desde 2013. Los lugareños solían referirse a la zona como «la franja de Gaza carioca», nos relata un taxista local: «Antes había mucho tráfico de drogas y enfrentamientos armados entre la policía y los traficantes. Pero luego la favela fue pacificada. Eso ya no existe ahora». Eso es particularmente cierto este día. Cuando Francisco llega a la favela a la hora en punto, las once de la mañana, lo esperan no solo 6000 personas sino también casi 1000 efectivos de seguridad. Pero tampoco en Varginha el papa les facilita la vida a sus guardaespaldas. Abandona el automóvil y se mezcla de inmediato con la multitud extasiada. En callejuelas y techos, donde algunos se aseguran un mejor lugar para ver al papa, reina un ambiente popular festivo. Alguien le pone a Francisco un colorido collar de flores de papel alrededor del cuello. El papa se detiene delante de una iglesia evangélica y ora con los creyentes. Trata de estrechar todas las manos que puede, que se estiran a su paso por donde va.

Francisco realiza una breve escala frente a una vivienda sencilla. Su dueño, Manoel José da Penha, vive aquí desde hace 38 años. Nunca imaginó que «recibiría alguna vez una visita tan importante». Están todos aquí

—desde los abuelos hasta un bebé de dos semanas de nacido—. La familia fue notificada con veinticuatro horas de anticipación. Cuando el papa realmente se apareció, refiere la esposa de Manoels, María Lúcia, el alborozo fue indescriptible. La enorme excitación se apaciguó, sin embargo, ante la presencia efectiva del papa, «porque Francisco irradia calma y serenidad. Era uno más de nosotros, pero por desdicha no hubo tiempo ni para invitarle un *cafezinho*».

En el campo de fútbol aguardan a Francisco los pobladores de Varginha, entre tanto estrechamente apretados bajo sus paraguas. A un lado del cuadrilátero cuelga una enorme transparencia con la imagen del arzobispo salvadoreño Óscar Romero, un defensor de la teología de la liberación y opositor del régimen militar que fue asesinado en 1980. Es decir, de igual a igual con el «papa de los pobres». Aquí —en el estrado que ha sido levantado en el campo de fútbol— Francisco demuestra una vez más su talento para hablar con la gente en su propio idioma. Selecciona las palabras adecuadas y el estilo correcto para los habitantes de la favela. Pero no intenta maquillar la realidad, sino todo lo contrario. Francisco habla del derecho a la seguridad y la educación y sobre solidaridad. Una palabra a menudo «olvidada u omitida porque es incómoda». Por primera vez, el papa se refiere indirectamente a las protestas en el país y exhorta a los jóvenes a no dejarse abatir. «Ustedes tienen una especial sensibilidad ante la injusticia, pero a menudo se sienten defraudados por los casos de corrupción, por las personas que, en lugar de buscar el bien común, persiguen su propio interés. A ustedes y a todos les repito: nunca se desanimen, no pierdan la confianza. La realidad puede cambiar, el hombre puede cambiar». El papa, quien en su calidad de obispo atendía las villas miseria de Buenos Aires, demuestra también aquí que sabe de lo que habla. Francisco deja en claro que mira detrás de bambalinas, que no se deja deslumbrar por las acciones de fachada. «Ningún esfuerzo de pacificación será duradero, ni habrá armonía y felicidad para una sociedad que ignora, que margina y abandona en la periferia una parte de sí misma». Los pobladores de las favelas necesitarían

por lo tanto como primera prioridad justicia social. Afirma que el hambre y la pobreza deben ser combatidos. «La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza».

Existen cientos de favelas, en su mayoría unidades relativamente pequeñas con varios miles de habitantes, que aún no han sido pacificadas en Río de Janeiro. Zonas proscritas para la mayoría de la población, ni qué decir de los turistas. Como Costa Barros, al norte de Río —una favela que contrasta absolutamente con los sectores elegantes y bajo todo punto de vista seguros de la zona sur de la ciudad—. Aquí no hay nada pintoresco, como en las favelas más antiguas, cuyas coloridas viviendas cuelgan de las laderas de empinadas montañas cerca de la costa. Aquí, la pobreza y la miseria muestran su rostro más descarnado. La vía de ingreso al distrito se encuentra de hecho bloqueada. Dos bloques de piedra flanquean la entrada a la izquierda y a la derecha. Detrás de ellos hay tres hombres sentados. Uno sostiene bastante visiblemente un fusil en la mano.

Nuestro boleto de entrada se llama Viva Río, una organización no gubernamental constituida en 1993 con el objeto de combatir la creciente ola de violencia urbana. En 1993, trescientos niños de la calle fueron asesinados solo en Río de Janeiro durante los primeros seis meses del año. En julio de ese mismo año se llevó a cabo la masacre de la Candelaria: ocho niños de la calle fueron ejecutados por escuadrones de la muerte delante de la iglesia del mismo nombre. Sin embargo, las huellas conducían a la policía militar. Esta perpetró poco después una nueva masacre: en represalia por la muerte de cuatro colegas, policías militares tomaron por asalto una favela y asesinaron a veinticuatro personas aleatoriamente. A fines de ese año se fundó la ONG Viva Río. Una de sus campañas más conocidas se denomina «Río, desármate». Según los organizadores, el 90% de las armas disponibles en Brasil son de procedencia ilegal. Se instalaron centros de recolección de armas en toda la ciudad. En 2001 se destruyeron cien mil armas de fuego recolectadas, en una acción oficial realizada conjuntamente con la administración municipal.

En Costa Barros falta mucho para llegar a ese punto. La zona se encuentra virtualmente en manos de bandas de narcotraficantes fuertemente armados. Jefes del narcotráfico rivales deciden el día a día y también quién entra y quién sale de su territorio. Se trata de un asentamiento urbano-marginal donde más de la quinta parte de la población carece de agua corriente y servicios higiénicos.

Aquí, la ONG trabaja con el único centro de salud del distrito. Podemos filmar solo dentro del local. En la parte exterior hay dos tramos cortos de calles donde se nos permite filmar un par de minutos. Solo tomas genéricas, porque los primeros planos están prohibidos. Los hombres que circulan montados en sus motonetas portan pistolas a vista y paciencia de todo el mundo. Vigilan que ningún miembro de los emporios de la droga sea retratado. Aquí se comercia crack, la droga con el mayor potencial para crear adicción psíquica. «El Estado está ausente de esta zona», nos dice el trabajador del proyecto, Eleonardo Zandanel. «En una favela no pacificada como esta no hay policía, no hay fuerzas del orden público». Tanto mayor sería la importancia del centro de salud pública, la única estructura comunitaria de la favela que es aceptada con gratitud por la gente. Primeros auxilios y prevención son las principales actividades. Las heridas de bala tratadas no ingresan en las estadísticas oficiales; si lo hicieran, el centro de salud sería boicoteado. Durante nuestra visita nos llama la atención la gran cantidad de gestantes. «La tasa de nacimientos en la favela es alta», indica Bruno Barcellus, uno de los pocos médicos que trabajan en la zona. «Las madres son en su mayoría muy jóvenes; los padres, ausentes», añade. «El VIH y el SIDA están muy difundidos; la promiscuidad es muy grande».

Viva Río trabaja aquí, al amparo del centro de salud, con los jóvenes de la favela. «La pregunta es cómo ofrecerles una alternativa, mostrarles otras perspectivas, rescatarlos de la calle», nos ilustra Fernando Matas. El psicólogo profesional también es de Costa Barros y conoce perfectamente su distrito. Sabe cuán importante es que los jóvenes moderen su nivel de agresividad y desarrollen una autoestima saludable.

Desde hace algunos años, el jefe del proyecto ofrece clases de *muay thai*, un arte marcial asiático. Incluso muchachas jóvenes acuden a los entrenamientos, como Diana Morais: «Me han servido de estímulo para luchar. Así salgo de la calle. Y eso es bueno», indica la joven de quince años —que ya ha ganado nueve competencias— mientras levanta un par de pesados neumáticos para fortalecer los músculos de los hombros. Los jóvenes luchadores de Costa Barros entrenan esforzadamente, corrobora el entrenador, Francisco d’Branco. Está orgulloso de que sus protegidos participen regularmente en los campeonatos nacionales. «Un paso para mantenerlos alejados de las drogas». También se ofrecen clases de música y *capoeira*, una especie de arte/baile marcial típico brasileño. «Nuestro objetivo es», refiere Fernando Matas, «hacer de la gente de la favela ciudadanos emancipados. Solo así podrán transformar la sociedad. Aquí tenemos la tasa de violencia más alta de todo Río de Janeiro. Es indispensable mejorar la imagen del distrito».

Menos violencia significaría asimismo menos presos. Las cárceles brasileñas figuran entre las más congestionadas del mundo, según nos informa Vera Lúcia Alves de Oliveira. Las estadísticas de diciembre de 2012 dan cuenta de que hay 550 000 presos purgando condena a nivel nacional. Alrededor de 200 000 se encuentran detenidos de manera «provisional». Están a la espera de una sentencia. Vera Lúcia Alves de Oliveira tiene su oficina en la gigantesca catedral de la ciudad, cuya arquitectura evoca un templo maya. Trabaja desde hace muchos años en la Pastoral Carcelaria de Brasil, fundada en 1988. La Pastoral Carcelaria menciona como su tarea más importante, paralelamente a la proclamación del evangelio, la denuncia de las numerosas violaciones de los derechos humanos en las cárceles del país. Es considerada por lo tanto un importante interlocutor para aquellos que no confían en las cifras oficiales. Alves de Oliveira ocupa actualmente el cargo de subcoordinadora de la Pastoral Carcelaria de Río de Janeiro. El país estaría ejecutando una política de limpieza, lamenta. Encierro en vez de prevención social, sería la divisa. Añade que esta política no se cuidaría de excluir a los adolescentes,

que en su mayoría serían tratados como infractores adultos. Los delitos asociados a las drogas serían sancionados con penas particularmente severas, añade. Sin embargo, existirían serias carencias en el abordaje de las causas y en el trato de los menores de edad, comenta la responsable de la asistencia espiritual de los presos.

Los infractores juveniles han merecido una atención especial por parte de Jorge Mario Bergoglio desde siempre. Su elección al pontificado no ha cambiado nada en este aspecto —todo lo contrario—. El Jueves Santo, poco después de la inauguración de su papado, Francisco se dirige al correccional de menores de Casal del Marmo en Roma para el lavado de pies tradicional y celebra con 49 internos la primera misa de su pontificado en conmemoración de la última cena de Jesús con los apóstoles. Participan 38 varones y once mujeres en el servicio religioso en la pequeña capilla del centro de detención. «Lavar los pies quiere decir que estoy a tu servicio. Y como sacerdote y como obispo, debo estar a vuestro servicio», dice Francisco en su discurso. «Es un deber que me viene del corazón: me gusta hacerlo».

Acto seguido, doce jóvenes —en recuerdo de los doce apóstoles— participan en el lavado de pies. Proceden de distintos países y profesan distintas religiones. Una de las dos muchachas presentes es musulmana. Francisco se arrodilla delante de todos y cada uno; les lava los pies, se los seca y los besa.

Al día siguiente, el Vaticano se ve obligado a defender al papa de los ataques de grupos ultraconservadores. Se habla de la trasgresión de un tabú, del quiebre de una tradición y del derecho canónico. ¿El motivo de la indignación? Francisco habría incluido a dos mujeres en un rito que estaría reservado para los hombres. El portavoz del Vaticano, Federico Lombardi, rechaza toda crítica de inmediato. Aclara que el lavado de pies obedecería a «razones pastorales». Y punto.

También en Río es importante para Francisco tener un encuentro con jóvenes infractores. Se reúne con ocho de ellos —dos muchachas y seis varones— en el Palacio Arzobispal de la ciudad. Existen muy pocas fotos

de este encuentro —tampoco hay muchas del lavado de pies en Casal del Marmo— por una cuestión de respeto al derecho a la privacidad. La Jornada Mundial de la Juventud debería incorporar la realidad de todos los jóvenes, cita Federico Lombardi más tarde al papa, quien ha calificado el encuentro de «emotivo y muy conmovedor». El vocero del papa describe la atmósfera entre Francisco y los jóvenes como distendida, franca y abierta. Informa que la interna más joven habría cantado una canción compuesta por ella misma y que un joven habría leído una carta en voz alta. Entre todos le entregan a Francisco un regalo colectivo: un rosario artesanal de grandes dimensiones. En las cuentas individuales están grabados los nombres de los niños de la calle que fueron ultimados por la policía militar frente a la iglesia de la Candelaria en 1993. Francisco y los jóvenes hablan sobre drogas y violencia. «Candelaria nunca más», pide Francisco. Nunca más en la vida debe suceder algo semejante. Nunca más violencia —rezan juntos el papa y los jóvenes infractores—.

Francisco incide reiteradamente en el aspecto social. En el histórico Teatro Municipal carioca, ante un público formado por representantes de la clase dirigente brasileña, les habla de su responsabilidad social. Pronuncia un alegato a favor de una «visión humanista de la economía» y de una política «que logre cada vez más y mejor la participación de las personas, evite el elitismo y erradique la pobreza».

A los políticos y participantes de la Jornada Mundial de la Juventud les pide encarecidamente «diálogo, diálogo, diálogo». Entre las generaciones, entre personas con posiciones distintas, entre los diferentes sectores de la sociedad. Los jóvenes de 178 países reciben las palabras del papa con entusiasmo. «Francisco quiere una juventud activa», se siente reafirmada una joven católica china. Se remite a la palabras que dirigió Francisco en Río a sus jóvenes compatriotas, y que entre tanto han dado la vuelta al mundo. Más de 5000 argentinos encontraron un sitio en la catedral de la ciudad, 30 000 les siguieron al encuentro bajo la lluvia, fuera del protocolo, en la parte exterior.

«Ustedes tienen que hacerse valer», anima Francisco a los jóvenes luego de su visita a la favela: «Quisiera decir una cosa. ¿Qué es lo que espero como consecuencia de la Jornada de la Juventud? ¡Espero lío!». Pide perdón a los obispos profilácticamente por el radicalismo de sus palabras. «Quiero lío en las diócesis», invoca a los jóvenes. «Quiero que la Iglesia salga a la calle. Los jóvenes tienen que salir a luchar por los valores». Francisco manifiesta su rechazo a la «comodidad», a una Iglesia «clericalista y encerrada en sí misma», al «culto al dios dinero», a raíz de lo cual estaríamos viviendo una exclusión de los ancianos y de los jóvenes. «La fe en Jesucristo no es broma. Es un escándalo que Dios haya venido a hacerse uno de nosotros. Es un escándalo que haya muerto en la cruz. La cruz sigue siendo escándalo. Pero es el único camino seguro: el de la encarnación de Jesús».

A la misa de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud, en la legendaria Copacabana, asisten 3.7 millones de personas. El mensaje de Francisco es: «Vayan, sin miedo, para servir». Un alegato final contra la violencia, el odio y la intolerancia, que resuena varios kilómetros en el popular bulevar carioca. «Llevar el evangelio es llevar la fuerza de Dios para destruir y demoler las barreras del egoísmo, la intolerancia y el odio; para edificar un mundo nuevo».

Los jóvenes de todo el mundo se apoderan de la célebre playa carioca desde la víspera. Cargando tiendas de campaña, colchones inflables y bolsas de dormir, se adelantan para pasar la noche al aire libre, una imagen contundente incluso para los cariocas, habituados como están a los eventos de grandes proporciones. En circunstancias normales, acampar está estrictamente prohibido en la emblemática bahía de la ciudad, pero una autorización especial de la oficina del alcalde hace posible lo imposible.

En la vigilia de oración, Francisco se refiere nuevamente a las protestas sociales de la semana anterior: «Yo sigo las noticias del mundo y veo que tantos jóvenes, en muchas partes del mundo, han salido por las calles para expresar el deseo de una civilización más justa y fraterna.

Por favor, ¡no dejen que otros sean los protagonistas de los cambios! Sigamos superando la apatía y ofreciendo una respuesta cristiana a las inquietudes sociales y políticas. ¡Ustedes son los que tienen el futuro!».

La noche de la misa de clausura, el papa Francisco emprende su viaje de regreso. Su primer recorrido en Roma lo lleva nuevamente a la Basílica de Santa Maria Maggiore, una escala en la ruta del aeropuerto al Vaticano. Francisco reza en silencio ante la imagen de la Virgen Salus Populi Romani. Deposita un balón de fútbol y una camiseta a modo de ofrendas en el altar. Regalos de jóvenes a un papa apasionado por el fútbol.



Un feligrés abraza espontáneamente al papa Francisco durante la Jornada Mundial de la Juventud 2013 realizada en Brasil. Fuente: Agência Brasil, foto de Tomaz Silva.

La visita de Francisco a Brasil pasará a la historia del papado como un viaje programático. La visita no decidida por él termina como empezó: con multitudinarias manifestaciones de júbilo. Dondequiera que vaya, conquista los corazones de la gente. No importa si son católicos o no. «Ni siquiera por la visita de Mick Jagger hubo tal griterío», sonríe satisfecho un espectador furtivo, ya no tan joven, en la ceremonia de inauguración. Francisco se mostró radiante, gracioso y en plena forma a pesar de la apretada agenda. Pero la estadía de Francisco tiene consecuencias que van mucho más allá de la Jornada Mundial de la Juventud. El abogado de los pobres, el papa social, el «revolucionario de blanco», «Francisco Superestrella» rezan los titulares de los medios de todo el mundo. Y también: «Misión cumplida».

Una cosa es segura: Francisco trajo aire fresco al país católico más grande del mundo, que desde hace unos años registra una sustancial pérdida de creyentes. E infundió valor en la población. Valor para definir el futuro con energía y confianza. «Un joven que no protesta, no me agrada», declaró en una entrevista con la cadena brasileña Globo-TV, la primera entrevista televisiva de su pontificado. Añadió que los sueños y las utopías serían importantes. Advirtió que se estaría viviendo una «feroz idolatría del dinero» y que a menudo se desatenderían los problemas sociales. Calificó la situación de «alarmante». Es por eso que privilegiaría una agenda social: «No tiene sentido hablar de teología si no ayudamos al prójimo». Fiel a la divisa de San Francisco, cuyo nombre tomó prestado: Predicad el evangelio en todo momento —y, si fuese necesario, también con las palabras—.

SEAN PASTORES CON OLOR A OVEJA

La renuncia de Benedicto XVI no fue una decisión precipitada. Después de haber examinado reiteradamente su conciencia —según dice en su declaración— habría llegado a la conclusión de que ya no tendría fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. «Para gobernar la barca de San Pedro, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado».

Un acto sin precedentes, pero que supone una pesada hipoteca para su sucesor: se habla de un colosal retraso en las reformas pendientes en el Vaticano; de una curia atravesada por las intrigas; de una decisión equivocada de Benedicto, quien nombró a su colaborador de muchos años en la Congregación para la Fe, Tarcisio Bertone, al cargo de secretario de Estado vaticano, poniendo el puesto diplomático más alto en manos de un no diplomático. Las consecuencias incluyeron feroces pugnas de poder internas. El fantasma de los *vatileaks* volvió a aparecer. Las disputas por el poder y la falta de controles sobre una burocracia vaticana al mismo tiempo anquilosada configuraban un coctel altamente explosivo.

El clamor por una reforma de la curia romana —el aparato administrativo del Vaticano, cuya estructura actual se debe a una decisión tomada en 1988 por el papa Juan Pablo II— subió de tono.

El reclamo no era nuevo; sin embargo, en las semanas posteriores a la dimisión de Benedicto las voces críticas aumentaron de tal manera que no podían seguir siendo ignoradas.

Los cardenales de la Iglesia universal no eran los únicos en quejarse de un tutelaje de Roma y la ineficiencia administrativa del Vaticano. También los cardenales de la curia protestaban y exigían un estilo de gobierno más colegial y una mejor comunicación. Hasta para los responsables de las instituciones de la curia habría sido difícil acceder al papa. Con frecuencia habrían tenido que esperar semanas para una cita con Benedicto XVI.

«Demasiadas veces se proyecta más hacia el exterior una imagen de contraposiciones y ambiciones», manifestó críticamente el cardenal sudafricano Wilfrid Fox Napier en la antesala del cónclave. El arzobispo de Durban agregó que la curia se preocuparía más de esas cosas «que del servicio a los fieles». De manera similar se expresó el arzobispo de Viena, cardenal Christoph Schonborn, quien una semana antes de la elección papal puso como ejemplo de renovación de la Iglesia a San Francisco de Asís. «La curia debe servir al papa, no puede remplazarlo».

El cardenal emérito de la curia, Walter Kasper, incluso manifiesta abiertamente que la curia requiere «transformaciones revolucionarias». Como elector papal más antiguo y poseedor de información privilegiada, Kasper, otrora «ministro ecuménico» del Vaticano y en el pasado obispo de Rotemburgo-Stuttgart, contaba con el conocimiento suficiente como para no inhibirse de mencionar las irregularidades curiales por su nombre.

La reforma de la curia romana se convirtió para los prelados electores en un requisito fundamental del futuro pontífice.

El papa Francisco relata lo siguiente en julio de 2013, en su entrevista con la cadena de televisión brasileña Globo: «En las congregaciones generales hemos tenido una semana para hablar claramente de los problemas, para ver cuál es la realidad y así trazar el perfil del nuevo papa». También se habría hablado de ciertas reformas necesarias. «Y se pidió que el nuevo papa tratase de hacer una comisión de “outsiders” para estudiar los problemas de organización de la curia romana».

Un mes después de ser elegido, Francisco ha puesto en práctica este pedido. El 13 de abril de 2013 constituye un consejo cardenalicio encargado de estudiar la reforma de la curia romana. Ocho purpurados de todos los continentes deberán elaborar propuestas conducentes a una revisión de la jefatura de la Iglesia Católica. Además, el consejo deberá asesorar al papa en el gobierno de la Iglesia universal, una tarea sensible y laboriosa en la que nada deberá hacerse precipitadamente. Francisco otorga a su grupo de asesores internacionales el plazo suficiente para formarse una opinión fundamentada.

Para presidir el colegiado, recluta a uno de los cardenales de perfil más alto de la Iglesia universal: Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga. Como coordinador del flamante consejo, el arzobispo hondureño tiene un papel clave. Encarna a la perfección una de las preocupaciones centrales del papa: el compromiso con los pobres y los marginados. Pero Maradiaga no es conocido por su compromiso social únicamente —es presidente de Caritas Internacional desde 2007—; además, el salesiano de la escuela de Don Bosco tiene una reputación de manejar con tacto los asuntos políticos de la Iglesia y poseer talento organizativo y habilidades diplomáticas. Más allá de ello, se considera que Maradiaga, quien aparte de Teología y Filosofía estudió Música y Ciencias Naturales y se formó como psicoterapeuta en Innsbruck, mantiene una postura abierta frente a la reforma de la Iglesia.

América Latina se encuentra representada dos veces en el consejo. El cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, arzobispo emérito de Santiago, presidió el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) entre 2003 y 2007 y es un conocedor de la macrorregión que aloja a cerca de un tercio de la población católica en el mundo. También Sean Patrick O'Malley destaca por su larga experiencia en el liderazgo de instituciones y por una mirada crítica frente a la curia. Considerado asimismo como uno de los papables, es un gestor de crisis sobresaliente. Como arzobispo de Boston, fue elegido al consejo para aportar una perspectiva norteamericana. O'Malley fue uno de los prelados comisionados por el papa para investigar



El 16 de agosto de 2014, el papa Francisco bendice a un niño durante su visita pastoral a Corea del Sur. En aquella visita se dio la beatificación de Paul Jung Yi-Chung y 123 compañeros suyos conocidos como los «mártires coreanos», quienes sufrieron la persecución religiosa contra la Iglesia Católica llevada a cabo en el siglo diecinueve. Fuente: Servicio de Información y Cultura Coreano, Ministerio de Cultura, Deporte y Turismo.

los escándalos de pederastia en Irlanda, razón por la cual el fraile capuchino es considerado un experto en prevención y esclarecimiento de incidentes de abuso sexual. Ya en la inauguración de su mandato, en 2003 en Boston, pidió perdón a las víctimas de abusos sexuales. Posteriormente, vendió el palacio arzobispal para contribuir a las reparaciones por un total de 85 millones de dólares a las víctimas de pederastia de su diócesis. También el presidente de la Comisión Episcopal de la Unión Europea (COMECE), el cardenal Reinhard Marx, tuvo un papel descollante como investigador en 2010. El arzobispo de Múnich y Frisinga es conocido, además, por sus buenos contactos internacionales.

La fuerte presencia del tema de los abusos sexuales incluso en el precónclave quedó demostrada en el solo hecho de que el cardenal escocés, Keith O'Brien, no participara en la elección papal, como estaba previsto. Las acusaciones al arzobispo de pertenecer al círculo de perpetradores explicarían su alejamiento de la Capilla Sixtina.

Asia se encuentra representada en el nuevo consejo por la figura del arzobispo de Mumbai/Bombay, el cardenal Oswald Gracias, quien es también secretario general de la Federación de Conferencias Episcopales Asiáticas, mientras que el continente africano, por la de monseñor Laurent Monsengwo Pasinya. El políticamente curtido arzobispo de la capital congoleña, Kinshasa, es uno de los hombres de la Iglesia más conocidos de África y dominaría catorce idiomas. En representación de Australia integra el consejo el arzobispo de Sídney, George Pell. Este prestó servicio en la Congregación para la Fe entre 1990 y 2000. El único representante del Vaticano es el cardenal Giuseppe Bertello, un diplomático con largos años de experiencia en una serie de Estados africanos. En Ruanda, Bertello fue testigo presencial del genocidio durante la devastadora guerra civil y participó en las negociaciones de paz.

Todas las sugerencias que planteen los cardenales, o los asesores designados por estos, irán a parar al escritorio del secretario del consejo, el obispo de Albano, Marcello Semeraro. Sobre los contenidos no se revelará nada hasta la primera gran reunión. Y es que todo lo tratado

en las reuniones previas al cónclave podría ser objeto de reforma, afirma el coordinador del consejo, el cardenal Maradiaga. Y eso incluiría también al Instituto para las Obras de Religión, que tantas veces habría concitado la atención de la prensa internacional por sospechas de lavado de dinero.

Sin embargo, las expectativas de un cambio muy rápido son amortiguadas por el propio Francisco. «La reforma de la curia es algo muy serio», declara a pocos días de instalado el consejo. «Creo que vamos a tener que hacer dos o tres reuniones más hasta que se note la reforma». Los temas tratados no serían solo los escándalos suscitados por los *vatileaks*, «que todo el mundo conoce»; la Iglesia tendría que reformarse constantemente; sino, se quedaría atrás. «Así, la Iglesia es dinámica y responde a las cosas». Según Francisco, hay cosas que servían para el siglo pasado y que ahora tienen que reacomodarse.



La presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner toma mate con el papa Francisco. Fuente: Presidencia de la Nación de Argentina.

¿Pero en qué consistiría la reforma? Para el padre Eberhard von Gemmingen, jesuita como el papa, la Iglesia debería pensar en descentralizarse. «Demasiadas cosas pasan por los escritorios romanos; eso no era así en los siglos pasados», invita a considerar el director de muchos años de la redacción en alemán de Radio Vaticano. «Las iglesias locales tienen que adquirir mucho más peso en el nombramiento de los obispos. Los sínodos de los obispos y las conferencias episcopales también. Es decir, necesitamos más subsidiariedad en la Iglesia; más delegación hacia abajo, hacia los obispos».

Pero la reducción del desbordado centralismo rige no solo para las estructuras, también es un tema de mentalidad. Es por eso que, de acuerdo al padre von Gemmingen, debería procederse con mucho más cuidado a la hora de seleccionar al personal del Vaticano. «Está bien enviar a los sacerdotes jóvenes a Roma, pero a más tardar en diez años deberían retornar a sus diócesis de origen». La experiencia pastoral sería importante para saber dónde le aprieta el zapato a la gente, opinan otros expertos en temas curiales entrevistados, que se pronuncian decididamente en contra del «estilo cortesano» que reinaría en el Vaticano hasta ahora. La curia debería ser una especie de servicio no solamente para el papa, sino también para los obispos.

No hay duda de que, tras la debacle de los *vatileaks*, especialmente la comunicación al interior de la curia necesita ser mejorada. Una medida en esa dirección consistiría en restablecer las reuniones periódicas entre los jefes de los dicasterios —los «ministerios» del vaticano—, así como los necesarios intercambios informales. Para los partidarios de la reforma, en un lugar preponderante de la agenda de prioridades se encontraría la demanda de mayor transparencia, especialmente en las finanzas. Algunos se plantean «una especie de tribunal de cuentas» para el Vaticano. En cualquier caso se requieren acciones, especialmente desde el llamado del papa Francisco a estrechar la colaboración entre el Consejo de Cardenales y el IOR.

También en la todopoderosa secretaría de Estado de la Santa Sede se requiere un cambio. Aquí, las demandas de transformar el superdicasterio en una suerte de entidad de coordinación resuenan cada vez más fuerte. Si esto se diera, el secretario de Estado ya no sería gobernador, sino moderador de la curia. Muchos temas, un reclamo: restaurar la credibilidad de la Iglesia y de la curia.

De ahí que el anunciado nombramiento del nuevo secretario de Estado sea esperado con cierta impaciencia por las diócesis. Los rumores de que Francisco podría designar al titular de este cargo, el más importante del Vaticano, antes del verano boreal, no se han concretado. Se está tomando su tiempo. Quizás esto se deba en parte a que el papa, a quien le gusta tomar muchas decisiones por su cuenta, no tuvo la mejor de las suertes con otro nombramiento.

Justamente la designación el 15 de junio de 2013 del puesto de prelado del Banco Vaticano, vacante desde 2011, acarrió titulares negativos. Monseñor Battista Ricca, nacido en 1956, diplomático de carrera y desde hacía algún tiempo director de la residencia de Santa Marta, donde Francisco decidió alojarse, se había ganado la confianza del papa. Francisco se habría enterado muy tarde, escribe el periodista Sandro Magister en la revista *l'Espresso*, de «la escandalosa conducta» del monseñor. El periodista se remite sobre todo a los episodios ocurridos en 2000 y 2001 en Uruguay. En ese país, Ricca, quien habría vivido su homosexualidad abiertamente y habría estado involucrado en una golpiza en un local gay, prestaba servicio en la nunciatura de Montevideo. Al entonces nuncio, Janusz Bolonek, la situación se le habría tornado insoportable y habría informado de ello a las autoridades vaticanas. Aunque el diplomático habría sido transferido, escribe el semanario, ninguno de los numerosos antecedentes habría ingresado al expediente personal de Ricca en Roma. Francisco habría sido deliberadamente engañado en este caso, sugieren los vaticanistas.

En el vuelo que lo lleva de regreso de la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro a Roma, el papa Francisco, interpelado con relación al «caso Ricca» por los periodistas que lo acompañan en el avión, responde:

«Lo de monseñor Ricca: he hecho lo que el derecho canónico manda hacer, que es la *investigatio* previa. Y en esta *investigatio* no hay nada de lo que le acusan, no hemos encontrado nada de eso».

A la pregunta sobre un supuesto «lobby gay» en el Vaticano, que Francisco había mencionado en un encuentro con religiosos latinoamericanos unas semanas antes —una frase emitida en privado que fue publicada por el portal de Internet chileno *Reflexión y Liberación*—, el papa se pronuncia contra cualquier forma de *lobby*:

Lobbys —*lobby* de avaros, *lobby* de políticos, *lobby* de los masones, tantos *lobby*—, ningún *lobby* es bueno... Si una persona es gay y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarla? No se debe marginar a estas personas por eso, deben ser integradas en la sociedad. El problema no es tener esta tendencia. El problema es hacer el *lobby* de esta tendencia.

Francisco, que en esta ocasión se somete abiertamente y sin filtros a una sesión de preguntas y respuestas, deja pasar en total cinco meses y medio de su pontificado. Recién entonces toma la que probablemente será su decisión personal más importante y designa a un nuevo secretario de Estado. Su elección recae sobre el arzobispo Pietro Parolin, un embajador del Vaticano de apenas 58 años. Con esta medida, el papa retoma la antigua costumbre de elegir a un diplomático para el desempeño de este cargo. Francisco acepta al mismo tiempo la renuncia de Tarcisio Bertone. «La revolución ha empezado», escribe el diario italiano *La Repubblica*, en alusión a la controvertida gestión de Bertone. Su presidencia comportó graves contratiempos para el Vaticano en repetidas ocasiones. Tanto en el caso del negador del holocausto Richard Williamson como en lo que se refiere al escándalo de los *vatileaks*. Su excesiva cercanía a la clase política italiana y su interés en temas periféricos, como la satanización del éxito comercial de Dan Brown y *El código Da Vinci*, terminan de redondear el perfil del poderoso secretario de Estado Bertone, uno de los protagonistas centrales de las encarnizadas pugnas de poder. Todo esto habría llegado a su fin ahora.

«La lucha por el poder en la Iglesia no es algo de estos días», indica Francisco el 21 de mayo de 2013, en una de sus misas matutinas. «Pero la lucha por el poder en la Iglesia no debe existir. Porque el poder real es el poder del servicio». A los miembros de la academia diplomática vaticana les pide «vigilar para estar libres de ambiciones o miras personales», que tanto daño le podrían procurar a la Iglesia. «Y este estar libres de ambiciones o miras personales, para mí, es importante, es importante. El carrerismo es una lepra, una lepra. Por favor: ¡nada de carrerismo!».

El arzobispo Parolin es un personaje virtualmente desconocido para la opinión pública. Sin embargo, el italiano del norte, de Schiavon, cerca de Vicenza, figura entre los diplomáticos más hábiles del Vaticano. Su primera misión lo llevó en 1986, a los 31 años de edad, a una estada de tres años en Nigeria, para pasar de ahí a México. De vuelta en Roma —eran los años posteriores a la caída del régimen soviético, geopolíticamente muy intensos, incluso para el Vaticano— se labró un nombre como experto en política internacional.

En 2002, Pietro Parolin fue nombrado viceministro de Relaciones Exteriores del Vaticano y ejerció durante siete años una gran influencia en la política exterior vaticana. Su área de competencia abarcó las difíciles relaciones de la Santa Sede con Vietnam y la República Popular China. Pero Parolin también dirigió las complicadas negociaciones diplomáticas con Israel. En el año 2003, Juan Pablo II lo incorporó en su círculo más íntimo de asesores, en reconocimiento de sus gestiones para evitar una nueva guerra con Irak. En 2009, los pasos de Parolin lo llevaron nuevamente a América Latina, esta vez como embajador del Vaticano en Venezuela. El sobresaliente diplomático logró una mejora sustancial en la relación entre el presidente Hugo Chávez y la Iglesia Católica Romana, no exenta de dificultades.

Con la designación de Pietro Parolin se avizoran nuevos aires en el Vaticano. El arzobispo, quien cuando fue nombrado aún se desempeñaba como nuncio apostólico en Caracas, atrajo las miradas sobre sí muy rápidamente. En una entrevista concedida al diario venezolano



Carlos Lozano de la Torre, gobernador del Estado de Aguascalientes, México, rinde respetos al papa Francisco en su visita al Vaticano. Fuente: Gobierno de Aguascalientes.

El Universal, sus declaraciones acerca del celibato causaron un revuelo. «El celibato no es un dogma de la Iglesia y se puede discutir porque es una tradición eclesial». El secretario de Estado vaticano designado aludió a la escasez del clero que existiría en muchas partes y advirtió que había que tener «apertura a los signos de los tiempos». La Iglesia requeriría reformas pero orientadas a los principios fundacionales del cristianismo, desarrolló la idea Parolin un mes antes de asumir su nuevo cargo oficialmente. Sus declaraciones fueron interpretadas como una cauta apertura de la Iglesia oficial, que hasta entonces se había mostrado inflexible en torno a este tema.

A nivel personal, el secretario de Estado más joven en décadas, que cuenta con una buena red de relaciones en el Vaticano, es considerado una persona modesta, amable y con poca ambición de poder. Sin embargo, aún está por verse si sus competencias al frente de un superministerio

se mantendrán como hasta ahora. Y es que los planes de reforma incluirían también un posible recorte del poder de la figura del secretario de Estado. El propio nuevo hombre participará entonces en la reforma del aparato de poder.

Oficialmente, el arzobispo Pietro Parolin inició su mandato el 15 de octubre de 2013. Sin embargo, el nuevo álter ego del papa cumple una recargada agenda desde mucho antes, y no solo porque la Santa Sede mantiene relaciones diplomáticas con 180 países.

Y es que el papa, que quiere cristianos que se comprometan, no solo enarbola las banderas de la lucha contra la pobreza y la corrupción. También está comprometido con la paz mundial y, a fines del verano boreal de 2013 asumió una clara posición con relación al conflicto en Siria. En esto, Francisco tiene grandes modelos que imitar. «¡Nunca más la guerra!», exclama frente a los fieles congregados en la Plaza de San Pedro tras las amenazas de Estados Unidos de emprender una intervención armada. «¡Nunca más la guerra!» —como antes lo hicieran Paulo VI en 1965, en su célebre llamamiento a la ONU, y Juan Pablo II en 2003, en su alegato contra la guerra de Irak—. Ambos rechazaron la guerra como método de resolución de controversias. «Vivo angustiado por los dramáticos desarrollos que se presentan», admite el papa Francisco:

Con toda mi fuerza, pido a las partes en conflicto que escuchen la voz de su propia conciencia, que no se cierren en sus propios intereses. Con la misma fuerza exhorto también a la comunidad internacional a hacer todo esfuerzo para promover, sin ulterior demora, iniciativas claras por la paz en esa nación, basadas en el diálogo y en la negociación, por el bien de la entera población siria. ¡Guerra llama guerra, violencia llama violencia!

El papa, como político defensor de la paz, tiene una perspectiva global. La condena a un ataque estadounidense se manifestará en una vigilia de oración internacional. Y así, Francisco convoca a una jornada mundial de ayuno y oración por la paz el 7 de setiembre de 2013. Esa misma tarde,

los creyentes se reúnen «en oración y en espíritu de penitencia», y no solo en Roma. Desde Washington hasta Sídney, desde Bagdad hasta Manila, millones de seres humanos de distintas confesiones oran por la paz mundial. En Siria se dan cita musulmanes, cristianos y judíos en la Gran Mezquita de Damasco con la finalidad de rezar juntos. El propio Francisco hace un llamado a la reconciliación, el perdón y el diálogo: «Quisiera pedir al Señor esta noche que nosotros los cristianos y los hermanos y hermanas de las otras religiones, todos los hombres y mujeres de buena voluntad, gritasen con fuerza: ¡La violencia y la guerra nunca son el camino para la paz!».

Francisco denuncia públicamente asimismo la venta internacional de armas en el ángelus dominical. Seguir el ejemplo de Jesucristo significaría «decir no a la violencia en todas sus formas, a la proliferación de las armas y a su comercio ilegal». Lamenta que, con todas las guerras que existen, siempre permanezca la duda de si se trata verdaderamente de «una guerra comercial para vender armas en el comercio ilegal».

Exhorta a su propia Iglesia a ser más solidaria: «Los conventos vacíos no sirven a la Iglesia para transformarlos en hoteles; los conventos vacíos son para los refugiados».

Pero el papa apuesta en sus gestiones no solo por la oración. Para prevenir una intervención militar, envía a sus emisarios diplomáticos en misión de paz. Y en el nuevo secretario de Estado tiene a un verdadero experto.

«Sean pastores con olor a oveja», pidió Francisco a los sacerdotes presentes en la misa crismal de Jueves Santo en la catedral de San Pedro. Salgan «a las periferias, donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, donde hay cautivos de tantos malos patrones». Salgan al encuentro del pueblo.

Declaraciones como esta han hecho de Francisco una de las personalidades más queridas en un plazo de tiempo muy corto. Su discurso directo le imprime un estilo inconfundible. El papa que en la isla de Lampedusa habla de la cultura del bienestar, la misma que

nos haría vivir «en pompas de jabón, que son bonitas pero no son nada»; el papa que desea cristianos «con algo de locura sana», que se atrevan a dar fastidio a las cosas que son demasiado tranquilas, habla directamente al corazón de muchas personas. Afirmaciones como su advertencia de que la «Iglesia no debe ser una niñera», con creyentes pasivos que esperan que los cuiden, y su rechazo a la falta de humor —algunos cristianos tendrían cara de «pepinillos en vinagre»— dan la vuelta al mundo. Como ningún otro antes que él, el papa latinoamericano está presente en los medios alrededor del globo terrestre.

La revista *Vanity Fair* elige a «Francisco, el Papa Coraje» como el hombre del año en su edición italiana ya en julio de 2013. «Elegido anticipadamente», dice en la portada. Su visita a los refugiados de Lampedusa impulsó a la redacción a tomar esa decisión. En sus páginas interiores, el magazín recopila los testimonios de personajes de relieve mundial: el cantante de ópera Andrea Bocelli, a quien «ya desde el *buonasera*» del flamante papa se le habrían «caído las lágrimas», y Elton John. La estrella del pop británico escribe: «Los no católicos como yo le profesamos respeto a su humildad. Francisco es un milagro de humildad en la era de la vanidad». La escritora italiana Dacia Maraini se declara entusiasmada por la «valiente decisión de llamarse Francisco». También las mujeres esperarían mucho de él, escribe. «Y es que Dios es también mujer». Todo el mundo esperaría algo de este papa, añade la escritora, que también describe lo que le dijo un taxista: «Esperemos que no lo maten. Es demasiado corajudo».

Una frase que escucho yo también una y otra vez por todo el Vaticano en el transcurso de mis investigaciones. Los habitantes de Roma sienten temor por el papa que quiere «una Iglesia pobre para los pobres» y que se ha trazado como objetivo la paz mundial y la preservación de la creación. A Francisco no parecen preocuparle estas inquietudes. Mira hacia adelante con total positivismo. La Iglesia, subraya una y otra vez, debe salir de la comodidad de su encierro.

COMENTARIO FINAL DE LAS AUTORAS

ESTHER-MARIE MERZ

«¡Somos papa!», resuena en la radio del taxi que me lleva a la catedral de Buenos Aires en la Plaza de Mayo —el lugar donde los argentinos se reúnen siempre que hay algo que celebrar o contra lo cual protestar—.

Casi indiferente ante la inesperada noticia, el taxista se prende un cigarrillo —un par de segundos transcurren en silencio—. Pero de pronto toma conciencia de la noticia que acaba de oír. En plena marcha del auto se vuelve hacia mí y pregunta, fuera de sí: «¿Somos papa?!». Sin darme tiempo para confirmarle la noticia y felicitarlo, repite esta frase dos y hasta tres veces. Y luego sube el volumen de la radio al máximo, como si quisiera trasladarse por esa vía directamente a la Plaza de San Pedro en el Vaticano, para vivir más de cerca los acontecimientos.

Una vez llegados a la catedral, el regocijo de los argentinos no tiene límites. La gente celebra y canta. Las fotografías de Jorge Mario Bergoglio compiten con las banderas argentinas que se venden a quien quiera sumarse con orgullo nacional al alborozo. Se trata de un momento conmovedor e histórico, incluso para una observadora extranjera como yo, que se dispone a recoger primeras impresiones del entusiasmo argentino por encargo de la radio austríaca.



Uno de los buses que realizan los «Papatours» en la ciudad de Buenos Aires. Foto de Esther-Marie Merz.

En los casi nueve años que viví en Argentina como corresponsal libre para Sudamérica, las noticias que provenían de la casa de gobierno en la Plaza de Mayo con frecuencia opacaban las que se recibían del arzobispado de Buenos Aires. El cardenal Jorge Mario Bergoglio evitaba a la prensa y no concedía entrevistas. De ahí que su trabajo diario muchas veces pasara desapercibido y no suscitara comentarios de nuestra parte, es decir, de los corresponsales extranjeros —hasta el 13 de marzo de 2013—. Es como si de pronto cada argentino tuviera una anécdota que contar sobre Jorge Mario Bergoglio, y los periodistas agradecen cada historia sobre la vida del nuevo papa. Ha nacido la *papamania* en Argentina. Desde el canillita y el vendedor de almendras, pasando por el peluquero y el empleado

de la óptica, hasta el político, todos conocen al papa —sin lugar a dudas un papa que, ya cuando era arzobispo y cardenal, enfrentó siempre los desafíos del día a día argentino lado a lado con el pueblo—.

Cuando la editorial me pidió escribir sobre la vida del papa Francisco en Argentina, mi primera reacción fue: ¿cómo puedo escribir sobre alguien a quien nunca he conocido personalmente y que se caracteriza sobre todo por ser una persona cercana al pueblo?

Salí tras las huellas de un ser humano que en un primer momento me resultaba ajeno y despertaba en mí el deseo de averiguar más sobre él, para entenderlo mejor. ¿Quién es Jorge Mario Bergoglio? Me reuní con algunos de sus amigos, compañeros de ruta, hermanos en la fe, mentores, críticos, admiradores, periodistas y políticos —y me reuní con el canillita y el vendedor de almendras—. Tras una gran cantidad de entrevistas, empecé a percibir cómo, gracias a la generosidad de mis interlocutores, me familiarizaba cada vez más con la vida de Jorge Mario Bergoglio.

Lamentablemente, a la reiterada pregunta de mis interlocutores, «¿Ya tuvo la oportunidad de conocerlo?», me vi forzada a responder siempre que no. Quizás fue el deseo de responder que sí a esta omnipresente pregunta lo que me llevó a soñar con un encuentro personal con el papa Francisco una noche. En el sueño, Francisco contestaba personalmente mis preguntas y tomábamos mate juntos —creo que era en el Vaticano—. Este sueño reafirmó mi deseo de conocer al papa Francisco personalmente. Sin estas impresiones personales, el libro hubiera quedado inconcluso para mí.

En julio de 2013 pude vivir finalmente al papa Francisco de cerca en la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro. Lo sentí tal y como lo habían descrito reiteradamente mis múltiples interlocutores en Buenos Aires. En su recorrido por las calles de Copacabana, en medio de una multitud enloquecida, con una sonrisa radiante y en un papamóvil abierto, no escatimé esfuerzos para demostrar su cercanía —una cercanía que sin duda forma parte de la cultura argentina y encanta a mucha gente en el mundo entero—. El papa Francisco con el pueblo, lado a lado.

Un sentido gracias a Jorge Elías, Silvina Márquez, Antje Merz, Alberto Moschini y Sabine Golzo de Moschini.

Mi agradecimiento especial a todas las personas que entrevisté en Buenos Aires, San Miguel e Ituzaingó. Sin su generosidad, que los llevó a compartir las historias personales que los unen a Jorge Mario Bergoglio conmigo, este libro no hubiera sido posible.

MATHILDE SCHWABENEDER

Cuando me mudé a Roma por segunda vez en el año 2007, para asumir el puesto de corresponsal extranjera en Italia, el interés de los medios en el Vaticano había amainado. El enorme espectáculo mediático que acompañó siempre el pontificado de Juan Pablo II pertenecía al pasado, como lo hacía también el gran interés que caracterizó el primer año del papado de Benedicto. En mis propios reportajes, Italia ocupaba el primer plano. El hermoso país acaparaba los titulares diariamente. ¿Y el Vaticano? Solo sus grandes escándalos.

El anuncio de la dimisión de Benedicto XVI —que en un primer momento pareció un descabezamiento— habría de modificar esta situación radicalmente. La elección de Jorge Mario Bergoglio catapultó nuevamente la figura del papa a la palestra mediática mundial. Desde entonces, la vida en el Vaticano, en donde está ubicada nuestra oficina, ha sufrido también una transformación radical. La zona ha sido literalmente tomada por asalto por peregrinos de todo el mundo. No siempre para beneplácito de los habitantes de la ciudad, quienes a menudo a duras penas logran desplazarse en el día a día debido a las multitudes, pero con seguridad para satisfacción de los comerciantes y dueños de restaurantes. Roma se ha puesto nuevamente «de moda» y se ha internacionalizado. Todos quieren venir «a conocer al papa».

Para los periodistas, el papa Francisco es una fuente de material casi cotidiana. Es incansable y se muestra activo a todas horas. Tan activo que uno inevitablemente se pregunta de dónde saca este señor de 78 años

esa energía indomable, de la que somos testigos a diario frente a nuestras viviendas. Su vocero de prensa, el padre Federico Lombardi, comentó en Río de Janeiro entre risas: «Nos alegramos de que el viaje no sea más largo; de lo contrario, estaríamos todos muertos». El papa Francisco se exige mucho, tanto a sí mismo como a los demás, pero lo hace con ligereza sureña y claridad jesuítica.

Por eso, a nosotros, los periodistas, no nos faltará trabajo.

AGRADECIMIENTO

Quisiera expresar mi sincero agradecimiento al portavoz del Vaticano y/o del papa, el padre Federico Lombardi, SJ, por las detalladas conversaciones sobre el trasfondo de los distintos temas, así como, muy especialmente, al obispo don Erwin Kräutler por sus palabras personales de aliento y sus enriquecedoras reflexiones acerca del papa Francisco.

Mi agradecimiento también a todos los entrevistados y entrevistadas con quienes me reuní en el contexto de los reportajes y entrevistas, sin los cuales no hubiera sido posible este trabajo.

BREVE BIOGRAFÍA DEL PAPA FRANCISCO

17.12.1936

Nacimiento de Jorge Mario Bergoglio como hijo mayor de Mario Giuseppe Bergoglio y Regina María Sívori en Buenos Aires, Argentina.

1950-1954

Formación como perito químico.

11.03.1958

Ingreso a la Compañía de Jesús.

1960

Inicio del noviciado en el colegio jesuita San Alberto Hurtado, de Santiago de Chile.

1963

Culminación de sus estudios de Filosofía en el colegio jesuita San José de San Miguel, en la provincia de Buenos Aires.

1964-1965

Docente de Literatura y Psicología en el secundario del Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, Argentina.

1966-1967

Docente de Literatura y Psicología en el Colegio de El Salvador de Buenos Aires.

1967-1970

Estudios de Teología en el Colegio Máximo San José de la Compañía de Jesús en San Miguel, obteniendo su licenciatura.

13.12.1969

Recepción del sacramento del sacerdocio en Buenos Aires.

1970-1971

Tercera probación en Alcalá de Henares, España.

22.04.1973

Consagración sacerdotal al tomar los votos en Buenos Aires.

1972-1973

Responsable de la educación de los novicios en Villa Barilari, de San Miguel; profesor de la Facultad de Teología; consultor de la provincia y rector del Colegio Máximo San Miguel.

31.07.1973

Provincial de la Compañía de Jesús en Argentina.

1980-1986

Profesor de Teología y rector del Colegio Máximo San José de San Miguel; párroco de la iglesia Patriarca San José en la diócesis de San Miguel.

Marzo de 1986

Viaje de estudios a Alemania para concluir su tesis doctoral.

1986

Director espiritual y confesor de la Iglesia de la Compañía de Jesús de Córdoba, Argentina.

20.05.1992

Nombramiento como obispo auxiliar de Buenos Aires por el papa Juan Pablo II.

27.06.1992

Consagración como obispo.

03.06.1997

Nombramiento como arzobispo coauditor de Buenos Aires.

28.02.1998

Nombramiento como arzobispo de Buenos Aires tras la muerte del cardenal Quarracino.

Octubre de 2001

Relator General de la Décima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos en el Vaticano.

2005-2011

Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina.

21.02.2001

Nombramiento como cardenal por el papa Juan Pablo II.

13.03.2013

Elección al papado; selección del nombre Francisco.

BIBLIOGRAFÍA

ENTREVISTAS

Abboud, Omar: representante del Centro Islámico de Argentina, amigo personal del papa Francisco, Buenos Aires, 26 de abril de 2013.

Ambrogetti, Francesca: periodista y escritora, Buenos Aires, 7 de mayo de 2013.

Bárbaro, Julio: político y escritor, Buenos Aires, 15 de mayo de 2013.

Bergoglio, María Elena: hermana del papa Francisco, Ituzaingó, 11 de julio de 2013.

Carara, Gustavo: sacerdote de la villa porteña 1-11-14, 15 de mayo de 2013.

Cruz, Olga: costurera boliviana, colaboradora de la organización de derechos humanos La Alameda, Buenos Aires, 13 de mayo de 2013

Dovidensko, Isabel: católica practicante, Buenos Aires, 14 de mayo de 2013.

Figuerola, Marcelo: vocero de prensa de la cadena de televisión del arzobispado de Buenos Aires A21, amigo evangelista del papa Francisco, Buenos Aires, 18 de abril de 2013.

Mallimaci, Fortunato: sociólogo y colaborador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Buenos Aires, 13 de mayo de 2013.

- Medina, Viviane: pobladora de la villa 1-11-14, Buenos Aires, 15 de mayo de 2013.
- Montero, Camila: defensora de los derechos humanos de la organización La Alameda, Buenos Aires, 3 de mayo de 2013.
- Pérez Esquivel, Adolfo: Premio Nobel de la Paz y defensor de los derechos humanos, Buenos Aires, 1 de julio de 2013.
- Luro de Podestá, Clelia: amiga personal del papa Francisco y viuda del exobispo de Avellaneda, Jerónimo Podestá, Buenos Aires, 30 de abril de 2013.
- Portillo, Hugo: poblador de la villa 1-11-14, Buenos Aires, 15 de mayo de 2013.
- Rausch, Mario: sacerdote jesuita, alumno y amigo del papa Francisco, San Miguel, 29 de abril de 2013.
- Saracini, Carlos: sacerdote de la parroquia de la Santa Cruz, Buenos Aires, 25 de abril de 2013.
- Scannone, Juan Carlos: jesuita y profesor de filosofía, maestro y amigo del papa Francisco, San Miguel, 29 de abril de 2013.
- Scicchitano-Tagle, César: sacerdote y músico, Buenos Aires, 16 de mayo de 2013.
- Skorka, Abraham: amigo judío del papa Francisco, Buenos Aires, 19 de abril de 2013.
- Vera, Gustavo: titular de la organización La Alameda, Buenos Aires, 13 de mayo de 2013.
- Wals, Federico: exvocero de prensa de Jorge Mario Bergoglio, Buenos Aires, 3 de mayo de 2013.
- Yorio, Rodolfo: hermano del fallecido sacerdote jesuita Orlando Yorio, Buenos Aires, 14 de marzo de 2013.
- Zamora, Luis: abogado, Buenos Aires, 14 de marzo de 2013.

PUBLICACIONES

- Ambrogetti, Francesca & Sergio Rubín (2010). *El Jesuita*. Buenos Aires: Vergara.
- Ambrogetti, Francesca & Sergio Rubín (2013). *Papst Francisco - Mein Leben, mein Weg. El Jesuita: Die Gespräche mit Jorge Mario Bergoglio*. Friburgo: Herder Verlag.
- Bárbaro, Julio (2013). *1973 - El regreso del General*. Buenos Aires: Vergara.
- Bergoglio, Jorge & Abraham Skorka (2010). *Sobre el cielo y la tierra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bergoglio, Jorge & Abraham Skorka (2013). *Über Himmel und Erde: Jorge Bergoglio im Gespräch mit dem Rabbiner Abraham Skorka*. Múnich: Riemann Verlag.
- Fo, Dario; Gianroberto Casaleggio & Beppe Grillo (2013). *Il grillo canta sempre al tramonto*. Milán: Edizioni Chiarelettere.
- Francisco (2013). *Lumen Fidei. Encíclica*. Milán: Edizioni San Paolo.
- Gaut Vel Hartman, Sergio (2013). *Francisco, Recen por mí*. Buenos Aires: Andrómeda.
- Ghio, José María (2007). *La Iglesia Católica en la política argentina*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Himitian, Evangelina (2013). *Francisco*. Buenos Aires: Aguilar.
- Podestá, Clelia Luro (2013). *Las cartas de Clelia y Jerónimo Podestá*. Buenos Aires: Hombre Nuevo.
- Vedia, Mariano de (2013). *Francisco, el papa del pueblo*. Buenos Aires: Planeta.

DIARIOS Y REVISTAS

- Alconada Mon, Hugo (2013). Soy Bergoglio, cura: vida íntima y obra del papa que llegó del fin del mundo. *La Nación*, (17), marzo.
- Badenes, Daniel & Lucas Miguel (2007). Genocida de hábito. *Puentes, Comisión Provincial por la Memoria*, 7 (22), diciembre.

Mallimaci, Fortunato (2007). La condena a la catolización y militarización del Estado. *Puentes, Comisión Provincial por la Memoria*, 7(22), diciembre.

Francesco, Papa Coraggio. *Vanity Fair*, (28), Milán, 17 de julio de 2013.

Francisco, uno de nosotros. Hacia una Iglesia pobre. *Vida Nueva, edición histórica*, 1(23), Buenos Aires, 24 de marzo de 2013.

SITIOS WEB

Radio Vatikan: http://de.radiovaticana.va/news/2013/07/23/ankunft_in_rio:_papst_Francisco_klopft_%E2%80%9Esanft_an_die_t%C3%BCr_brasiliens%E2%80%9C/ted-712531

Abuelas de Plaza de Mayo: <http://www.abuelas.org.ar/material/documentos/BERGOGLIO2.pdf>

Clarín. Suplemento especial - El papa del fin del mundo: <http://contenidos2.clarin.com/edicion-electronica/20130317/index.html#/1/zoomed>

La Nación: <http://www.lanacion.com.ar/1565400-el-metodo-bergoglio-para-gobernar>

La Santa Sede - Francesco: <http://w2.vatican.va/content/vatican/it.html>

Comunità Ebraica di Roma: <http://www.romaebraica.it>

Jesuiten in Deutschland: <http://www.jesuiten.org/home.html>

Comune di Lampedusa e Linosa: <http://www.comune.lampedusaelinosa.ag.it>

Fondazione Migrante: <http://www.migrantes.it/>

Istituto per le Opere di Religione: <http://www.ior.va/>

L'Osservatore Romano: <http://www.osservatoreromano.va/>

Viva Rio: <http://vivario.org.br/>

Red Globo: <http://redeglobo.globo.com/>

Reflexión y Liberación: <http://www.reflexionyliberacion.cl/>

